

ANÁLISIS INSTITUCIONAL: DIÁLOGOS ENTRE FRANCIA Y BRASIL

Minerva Gómez Plata
Norma del Río
Valeria Falleti
Estela Scheinvar
Coordinadoras



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

ANÁLISIS INSTITUCIONAL: DIÁLOGOS ENTRE FRANCIA Y BRASIL

Primera edición, 2022

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960

Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.
Edificio A, 3er piso. Teléfono 55.5483.7060
pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig>
<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>

Los textos presentados en este volumen fueron revisados y dictaminados
a partir del sistema doble ciego por la División de Ciencias Sociales y Humanidades,
de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

ISBN: 978-607-28-2409-6 (Digital)
ISBN: 978-607-28-2408-9 (Impreso)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ANÁLISIS INSTITUCIONAL:
DIÁLOGOS ENTRE FRANCIA Y BRASIL

Minerva Gómez Plata
Norma del Río
Valeria Falletti
Estela Scheinvar
Coordinadoras





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Rector general, José Antonio de los Reyes Heredia
Secretaria general, Norma Rondero López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO
Rector de Unidad, Francisco Javier Soria López
Secretaria de Unidad, Angélica Buendía Espinosa

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
Directora, Dolly Espínola Frausto
Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández
Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL
Jerónimo Luis Repoll (presidente)
Gabriela Dutrénit Bielous
Álvaro Fernando López Lara

Asesor del Consejo Editorial: Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL
Araceli Soní Soto (presidente)
Aleida Azamar Alonso / María del Pilar Berrios Navarro / Joel Flores Rentería
Alfonso León Pérez / Abigail Rodríguez Nava /
Araceli Margarita Reyna Ruiz / Gonzalo Varela Petito

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez
Diseño de portada: Logos Editores / Claudia Pacheco

Ficha técnica

Traducción de Georganne Weller (excepto los textos de Roberta Romagnoli, Estela Scheinvar, Heliana Barros Conde Rodrigues y Vera Lucia Batista de Souza)
Revisión técnica de la traducción de los textos: Estela Scheinvar
Revisión de la lengua española: Norma del Río, Minerva Gómez Plata y Valeria Falletti

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

<i>Minerva Gómez Plata, Norma del Río, Valeria Falletti y Estela Scheinvar</i>	9
--	---

PRÓLOGO

<i>Roberto Manero</i>	13
---------------------------------	----

1. Análisis institucional: revisión conceptual y sutilezas de la investigación-intervención en Brasil <i>André Rossi Eduardo Passos.</i>	27
2. El análisis institucional y la profesionalización del psicólogo <i>Heliana de Barros Conde Rodrigues Vera Lucia Batista de Souza.</i>	53
3. Notas acerca del concepto de implicación y su uso en la investigación-intervención institucionalista <i>Roberta Carvalho Romagnoli</i>	71
4. La investigación-intervención en psicología: los usos del diario de campo <i>María Livia do Nascimento Flávia Cristina Silveira Lemos</i>	89

5. Procesos productivos contemporáneos y transformación social: algunas consideraciones <i>Marcia Cavalcanti Raposo Lopes</i> <i>Luiz Antonio Saléh Amado</i>	105
6. Una mirada hacia la escuela con lentes institucionalistas <i>Estela Scheinvar</i>	123
7. Líneas, rayas y garabatos. Consideraciones sobre el presente <i>Katia Aguiar</i> <i>Vanessa Fonseca</i> <i>Raphaella Daros</i>	137

PRESENTACIÓN

*Minerva Gómez Plata**
*Norma del Río***
*Valeria Falleti****
*Estela Scheinvar*****

AMPLIAR LA MIRADA a la región latinoamericana es importante, particularmente, para nutrirse de perspectivas y encontrar coincidencias en el análisis de las realidades sociales y políticas que enmarcan el trabajo de investiga-

* Profesora-investigadora del Departamento Educación y Comunicación y profesora de la licenciatura en Psicología y en la maestría de Psicología Social de Grupos e Instituciones, su línea de investigación: “Culturas vivas intergeneracionales”; área de investigación: “Subjetividad y procesos Sociales”. Coordinadora del Programa Infancia de la Universidad Autónoma Metropolitana. Correo electrónico: mgomezp@correo.xoc.uam.mx

** Fue profesora-investigadora titular de tiempo completo del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco y coordinadora del Programa Infancia de la Universidad Autónoma Metropolitana hasta 2019. Correo electrónico: nadelrio@gmail.com

*** Profesora e Investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, División en Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco. Profesora de la licenciatura en Psicología y en la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones por la línea de investigación “Memoria y Futuro”, y en el área en Psicología Social del doctorado en Ciencias Sociales. Forma parte del área de investigación “Procesos grupales e institucionales y sus interrelaciones”. Correo electrónico: valeriafalleti@gmail.com

**** Profesora del Departamento de Educación de la Facultad de Formación de Profesores y del posgrado en Políticas Públicas y Formación Humana de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Realizó una estancia posdoctoral en el Programa Infancia de la UAM-Xochimilco, de febrero de 2020 a marzo de 2021, con beca del Programa CAPES-Print. Proyecto de investigación con apoyo de la FAPERJ. Correo electrónico: estela@uerj.br

ción, y que vayan más allá de las conferencias internacionales de difusión y de los encuentros necesarios. Las estancias de investigación de profesores extranjeros constituyen una oportunidad de intercambio y trabajo conjunto que revolucionan y crean sinergias académicas con el tiempo necesario para consolidar proyectos como el que ahora nos ocupa.

Desde hace más de diez años, el grupo de investigación “Producción de subjetividad y estrategias de poder en el campo de la infancia y de la juventud”, de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), se lleva a cabo un trabajo en conjunto con Norma del Río, del Programa de Investigación sobre Infancia de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), tejiendo durante este tiempo redes cada vez más amplias con investigadores y alumnos en formación. Baste citar que el grupo brasileño reúne investigadores de las siguientes instituciones: Universidad Federal Fluminense, Universidad Federal de Río Grande del Sur, Universidad Federal del Recôncavo de Bahía, Universidad Federal del Pará (todas de Brasil), Universidad de Lisboa (de Portugal) y Conicet (Argentina).

En el proceso de construcción de un convenio entre ambos grupos universitarios, se dio una afortunada aproximación con la maestría en Psicología Social en Grupos e Instituciones de la UAM-Xochimilco, motivada por el diálogo metodológico, sobre todo en torno al análisis institucional francés, ya que la maestría de la UAM-Xochimilco tiene en su cuerpo docente herederos e interlocutores del movimiento institucionalista francés, un campo central de buena parte de los trabajos del grupo de la UERJ.

Así, en 2019, Minerva Gómez Plata, profesora de la referida maestría y nueva coordinadora del Programa Infancia, con Valeria Falleti, entonces coordinadora de la maestría, establecieron un fructífero diálogo entre el grupo de investigación de Brasil y el cuerpo docente y discente de la UAM. Este culminó con la estancia posdoctoral de Estela Scheinvar en el Programa Infancia durante 2020 y posibilitó un intercambio académico sistemático entre las dos universidades, mediante su participación en seminarios teóricos y metodológicos en los que fue presentada la emergencia del análisis institucional en Brasil y algunas producciones que ese país aporta al campo.

Ese mismo año, Valeria Falleti organizó, como coordinadora de la maestría en Psicología Social en Grupos e Instituciones, una reunión con profesores y estudiantes de la 13ª generación para discutir las transformaciones en el posgrado, las líneas de investigación vigentes y la trayectoria de las perspectivas de investigación de los docentes, construyendo un importante espacio que permitió elaborar la historia de la conformación de cada lí-

nea de investigación. Un diálogo inspirado en las herramientas del análisis institucional que hizo posible intercambiar experiencias y pensar algunas estrategias autogestivas de trabajo.

Durante 2020, por ocasión de una estancia más prolongada de Estela Scheinvar en el Programa Infancia, se dictaron algunas conferencias sobre el recorrido del análisis institucional en Brasil, a las que asistieron estudiantes de la 13.^a generación. Al mismo tiempo, en el marco del seminario de investigación del doctorado a cargo de la profesora Edith Flores y del seminario teórico a cargo del profesor Roberto Manero, las herramientas del análisis institucional trabajadas en Brasil fueron presentadas y discutidas con los estudiantes del área en Psicología Social del doctorado en Ciencias Sociales en la UAM-Xochimilco.

Los diálogos son muchos, aunque incipientes y limitados por la falta de acceso a los textos producidos en ambos países. A pesar de ser lenguas romances, la barrera entre el español y el portugués es evidente y requiere un esfuerzo editorial que contribuya a disolver las fronteras que inhiben un diálogo latinoamericano. La publicación de la presente antología se propone salvar esta brecha con una selección cuidadosa de textos fundacionales, escritos por autores brasileños ampliamente reconocidos.

Brasil tiene una producción fértil y variada en este campo metodológico. La selección de textos fue un ejercicio difícil y dejó fuera un sinnúmero de trabajos relevantes para el propósito de nuestra publicación. Los textos seleccionados para ser traducidos al español (mucho menos de lo que hubiéramos deseado) son de algunos participantes de nuestro intercambio.

Sobre dichos textos es importante registrar que, como fueron originalmente producidos en portugués, las fuentes de su publicación están indicadas al inicio de cada texto. Las citas que los autores hacen de obras originalmente escritas en otras lenguas fueron traducidas al español por los editores de esta antología, aun en el caso de textos que también están traducidos y publicados en español. Esto se debe al hecho de que fueron respetadas las fuentes originales citadas, que son las que constan en sus respectivas referencias bibliográficas.

Que esta antología abra nuevos caminos para estrechar la producción de nuestra Latinoamérica. ¡Bienvenidos, entonces, a la apertura de nuevos diálogos!

*Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco,
diciembre de 2020*

PRÓLOGO

*Roberto Manero Brito**

PARA MÍ ES un privilegio haber sido invitado a escribir el prólogo de una obra como ésta. Ya no se trata de una nueva introducción al pensamiento institucionalista. Desde mi punto de vista, la idea de presentar los diálogos entablados entre Brasil y Francia en torno al análisis institucional nos introduce a un campo sumamente fértil, y nos permite comprender mejor la dinámica y riqueza de los diversos movimientos que se reconocen en el análisis institucional.

Este es un libro que incorpora diversos artículos, de autoras y autores brasileños, escritos a lo largo de más de 30 años y que han sido traducidos al español (no al francés). Así, si bien es un diálogo entre Brasil y Francia, es también una presentación de los debates de nuestros amigos del sur en torno a diversas problemáticas, enfocadas desde la perspectiva del análisis institucional, para el público hispanoparlante. Más allá de las referencias al propio contexto brasileño, las menciones más frecuentes en el libro son a las tendencias socioanalíticas y esquizoanalíticas del análisis institucional. René Lourau, Georges Lapassade, Félix Guattari y Gilles Deleuze son autores cuya huella sigue presente en el pensamiento institucionalista latinoamericano, y no deja de haber un reconocimiento a estos maestros que desarrollaron conceptos e ideas de gran trascendencia. Está también muy

* Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.
Correo electrónico: mabr3005@correo.xoc.uam.mx

presente la concepción de Michel Foucault, como uno de los referentes que nos permiten reflexionar sobre nuestro mundo contemporáneo. Indudablemente, el pensamiento de estos franceses ha caído en tierra fértil en nuestros países.

En esta línea, hay también algunos autores cercanos al análisis institucional que están ausentes: François Tosquelles, Jean Oury (quien fundó, junto con Guattari, la experiencia de La Borde), y muchos más en el movimiento de la psicoterapia institucional: Michel Lobrot, Raymond Fonvieille, Fernand Oury, y tantos otros en lo que se refiere a dicho movimiento; “compañeros de ruta”, como le gustaba a Lourau denominar a personajes como Jacques Ardoino, de agudo pensamiento crítico y analítico, padre de las llamadas ciencias de la educación. En ese sentido, también hay que recuperar la relación de simpatía que había entre Lourau y Gérard Mendel, quien en numerosas ocasiones fue invitado al Seminario de Análisis Institucional que coordinaba el primero en la Universidad de París VIII. Los debates en torno a las perspectivas del socioanálisis y del sociopsicoanálisis se desarrollaban con mucha libertad y fluidez en las aulas de la universidad, más que en los grandes eventos especializados. Asimismo, hay una relación indudable entre los planteamientos de la filosofía política de Cornelius Castoriadis y los fundadores del análisis institucional. Lapassade y Lobrot, en algún momento, fueron miembros del grupo Socialismo o Barbarie. El concepto de *institución* castoridiano es uno de los orígenes del planteamiento de Lourau.

El análisis institucional francés también debe mucho a los trabajos de la segunda generación de analistas institucionales: Antoine Savoye, Remi Hess, Françoise, Laurence Gavarini, Lucette Colin, Patrice Ville, Jacques Guigou desarrollaron experiencias de intervención y planteamientos teóricos muy valiosos, en campos tan diversos como el análisis histórico de la constitución de la sociología, a la luz de las tendencias que no fueron dominantes, denominadas durante algún tiempo sociología de intervención; la inteligibilidad de los procesos ligados a la inter y multiculturalidad —reflexiones que son inestimables para países donde la interculturalidad es uno de los paradigmas fundamentales, como Brasil y México—; asimismo, el desarrollo de metodologías socioanalíticas de intervención que incorporaron campos que anteriormente hubiera sido muy difícil abordar: empresas, establecimientos gubernamentales, etcétera.

Así, el análisis institucional francés, más allá del corpus desarrollado por los “padres fundadores” (Lapassade, Lourau, Deleuze, Guattari), se ramificó y extendió en diversos campos y prácticas que no han tenido una

difusión tan amplia como la obra de los fundadores de las principales corrientes institucionalistas.

En el caso de Brasil y México, el análisis institucional tiene su origen en un mestizaje. Los trabajos en este campo estuvieron siempre hermanados por un proyecto de trabajo grupal, expresado fundamentalmente en el proyecto de psicología social de Enrique Pichon Rivière. En América Latina el análisis institucional se inicia durante la década de 1970, de la mano de la concepción operativa de los grupos y ésta, a su vez, de los desarrollos inéditos de un psicoanálisis social. Así, a diferencia de lo que sucedió en Francia, el análisis institucional se desarrolló en el ámbito de las ciencias *psi*, constituyéndose como un polo instituyente y crítico. Estas corrientes de pensamiento, que contestaban los científicismos, las versiones positivistas, así como las versiones más simplistas y mecanicistas, tuvieron en América Latina espacios de expresión distintos a los que se dieron en Francia. Las experimentaciones en psicología que derivaron de los planteamientos pichonianos y de su escuela —Bauleo, Bleger, Ulloa, Barembliitt, etcétera— se apropiaron de conceptos y perspectivas desarrolladas por el análisis institucional. Pero también hubo otros campos en los que se desplegó, de alguna manera, el pensamiento institucionalista: el trabajo social, la educación popular y la de adultos, ciertas experimentaciones pedagógicas en escuelas más o menos progresistas,¹ en la promoción social desarrollada por las ONG u organizaciones civiles.

Así, el análisis institucional en América Latina, y específicamente en Brasil y México, adoptó como tierra de arraigo las ciencias *psi*, y estableció mucha cercanía con las prácticas derivadas de un psicoanálisis social y con la Psicología Social pichoniana y algunos de sus derivados.

La Escuela Privada de Psicología Social en Argentina y el Instituto Brasileño de Psicoanálisis, Grupos e Instituciones (IBRAPSI), en Brasil, son herederos de estos proyectos en los que un psicoanálisis resignificado desde las problemáticas derivadas del paradigma psicoanálisis-marxismo, el esquizoanálisis guattariano, el análisis institucional en su vertiente socioanalítica y la psicología social pichoniana encontraron (y siguen generando) un

¹ En México, las escuelas fundadas por los republicanos españoles asilados en el país fueron, durante algún tiempo, un espacio de experimentación pedagógica en el cual algunos aspectos de la pedagogía institucional, junto con las pedagogías libertarias, constituyeron experiencias importantes. Los procesos de institucionalización de esas tentativas las llevaron a diferentes resultados. Sin embargo, la memoria de sus proyectos fundacionales son un referente importante en la historia de la pedagogía y de la escuela en México.

espacio de intercambio, una *masa crítica* de investigadores-intervinientes² necesaria para intervenir, investigar y difundir dicho paradigma.

Desde mediados de la década de 1970, en México, también hubo algunos intentos de institucionalización de esta tendencia. Los primeros discípulos de Armando Bauleo en este país crearon una asociación para el estudio, investigación y difusión de la psicología social. Tuvo una vida efímera. Algunos años después, ya a principios de la década de 1980, se fundaron varias asociaciones que también eran expresiones de este movimiento: EIDAC, Taigo y IAPS³ fueron algunas de ellas. Tampoco tuvieron larga vida.

A pesar de ello, la institucionalización de este movimiento se llevó a cabo, de manera mucho menos sólida, en las universidades y algunas instituciones de educación superior. En Argentina, Brasil y México, algunas universidades han sido espacios para la enseñanza, difusión, investigación e intervención desde esta perspectiva que, insisto, es de origen latinoamericano. En el caso mexicano, la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, así como algunos institutos y centros de investigación de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la Universidad Veracruzana y de la Universidad de Guadalajara han sido espacios en los que, de una manera u otra, se han desplegado esfuerzos de intervención, investigación y difusión de estos desarrollos, análisis institucional incluido. También en México algunas asociaciones psicoanalíticas, tales como la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG) y el Círculo Psicoanalítico Mexicano, han abrigado espacios para la práctica y difusión del análisis institucional.⁴ En el contexto de las ONG u organizaciones civiles, el análisis institucional también ha tenido alguna injerencia; ha estado en el origen de algunos métodos de intervención específicamente adaptados para las problemáticas que enfrentan dichas organizaciones, tales como el “fortalecimiento institucional”. En este tipo de métodos reconocemos, también, la presencia del efecto Mühlmann, es decir, el fracaso relativo del proyecto que permite su institucionalización, una especie de falseamiento del proyecto socioanalítico.

² En México, desde las primeras traducciones de textos de análisis institucional, se prefirió el término *interviniente* al de *interventor*. Este último tiene una connotación de fiscalización y vigilancia, muy lejana al planteamiento socioanalítico del francés *intervenant*. *Interviniente* se refiere a la persona que interviene, es un adjetivo. En este caso, el adjetivo está sustantivado: ya no es la persona o especialista *interviniente*, sino directamente el *interviniente*.

³ Iniciales de los referentes principales de esas asociaciones: todas ellas señalaban la psicología social en su vertiente pichoniana, y en ocasiones aspectos vinculados con el análisis institucional.

⁴ Este listado no es exhaustivo.

Este mismo campo problemático también ha permeado en algunos países europeos, especialmente España, Italia y Francia, en donde los desarrollos latinoamericanos han sido discutidos y en algunas ocasiones adoptados por algunas asociaciones o grupos tanto de la academia como de trabajadores en las instituciones de salud o de espacios de desarrollo comunitario.

Existe entonces, en algunos países latinoamericanos, una problemática compartida, en la que el análisis institucional resulta una referencia fundamental. Hay una problematización compartida y un despliegue original de mestizaje,⁵ imaginación y creación que tendríamos que reconocer en toda su amplitud. Más allá de las problemáticas particulares de cada país, también es cierto que los desarrollos del conocimiento intentan dar cuenta de algunas dificultades similares en nuestras sociedades: la pobreza, el racismo, la inestabilidad política, los retos de la multi e interculturalidad, la inoperancia de las instituciones políticas, etcétera. El trabajo sobre los grupos y movimientos interesados en cambios profundos en nuestras sociedades también surge como uno de los principales motivos que alientan el trabajo conceptual y de intervención. Algunos de manera más orgánica, participando en los movimientos sociales; otros por medio de métodos específicos de intervención institucional, otros desde la cátedra, *ponen a prueba*⁶ el corpus conceptual institucionalista. Los conceptos de institución, lo instituyente y lo instituido, el proceso de institucionalización, el análisis de las implicaciones, los procesos de construcción de una subjetividad desalienada, los métodos de intervención, etcétera, se despliegan y van creando nuevos relatos, perspectivas y abordajes creativos para comprender y transformar las realidades —a veces muy trágicas— que enfrentamos.

En estos tiempos, la referencia a los grandes maestros del análisis institucional ya no es suficiente. El pensamiento neoliberal, el inmediatismo en la escritura y el enorme peso que han adquirido las modas intelectuales (que producen sus teorías a una velocidad impactante) se han convertido en un reto para este paradigma. Hay quienes quisieran verlo encerrado en el armario de las cosas viejas o, de forma un poco más digna, en el museo de las teorías y los métodos que pasaron a la historia. Al contrario, pensa-

⁵ Estos mestizajes caminan en sentido contrario al mantenimiento de la “pureza” de la enseñanza de los maestros, y no como una salida ecléctica. Los maestros mismos clamaron contra una ortodoxia en estos campos de estudio. Sin embargo, estas heterodoxias, estos mestizajes, elaboran una reflexión profunda, una perspectiva epistemológica suficientemente argumentada para no caer en salidas fáciles: versiones eclécticas, perspectivas indiscriminadas, etcétera.

⁶ En el sentido que Lourau le otorga a este concepto.

mos que este paradigma apenas está dando sus primeros frutos. Originado en Europa y América Latina, aún falta un largo camino por recorrer. Los objetos sobre los que se fundó: la subjetividad, los grupos y las instituciones van transformándose, y también se va transformando la manera en la que los conceptualizamos.

Este es un momento en el que debemos entablar nuevos debates, autorizarnos en nuestros métodos y nuestras teorías. Lejos estoy de plantear que debemos dejar a los maestros en el armario de las cosas viejas: su pensamiento tiene una vigencia indudable. Tampoco creo en la regionalización del pensamiento. Comparto algunos análisis de las perspectivas decoloniales que se han puesto en boga en los últimos años. Sin embargo, las ideas son las ideas, y considero que hay que aprender de ellas porque su nacionalidad no necesariamente limita su alcance. Me parecen admirables los grandes edificios intelectuales que han construido personas como Durkheim, Weber, Freud, Lacan, Lourau, Castoriadis, Guattari, etcétera. Pensadores europeos que han aportado mucho al pensamiento y que me resulta imposible descartar. Pero también hay que reconocer los trabajos de Bauleo, Pichon, Barenblitt, Martín Baró, Armando Suárez, Bleger y un gran etcétera. Junto con ellos hemos aprendido a pensar.

En estos momentos, me parece que se impone una serie de tareas. La primera de ellas es reconocernos: saber qué se escribe en Brasil, México, Argentina, Uruguay, Colombia, Chile, entre otros. Necesitamos aprehender y debatir nuestras prácticas, nuestros métodos de intervención, nuestras pedagogías. Necesitamos pensar la singularidad de nuestros paradigmas, más que la fidelidad a nuestros maestros. Es necesario ampliar las redes no sólo de comunicación, sino también de formación, de debate, máxime cuando la pandemia de Covid-19 nos ha mostrado la potencia de los medios digitales. Dicho de otra manera: es importante reconocer la singularidad del análisis institucional latinoamericano.

Para ello, aun con reconocimiento y agradecimiento plenos, deberíamos salir de la órbita de nuestros maestros. Deberíamos terminar con el argumento de autoridad que venimos arrastrando desde la escolástica, que se ampara en la tutoría de los discípulos, en la dependencia alargada de nuestro pensamiento. Deberíamos poder instituir nuestras fórmulas epistemológicas, reconocer nuestras construcciones teóricas y *ponerlas a prueba*, justo en donde el parangón o el patrón representado por el corpus de los fundadores de estas corrientes no es más el lugar de la constatación.

Por eso es muy valiosa la iniciativa del grupo de organizadoras y editoras de este texto. Nos muestra que podemos tener un debate. Que el diálogo o debate entre Brasil y Francia es quizás el momento en el cual podemos ver las inflexiones de los conceptos y de los métodos de intervención. No se trata de una “aplicación” del análisis institucional al contexto brasileño. Más bien, un diálogo y un debate del análisis institucional brasileño con sus referentes en Francia. Es la *comprobación*, en el sentido de la *puesta a prueba*, de que el análisis institucional no es, o *ya* no es, uno de los productos franceses de exportación. Es la incorporación de la singularidad de los desarrollos analíticos del Brasil en el corpus de un análisis institucional que se ha desprendido de sus orígenes franceses. Es un análisis institucional multilingüe, interétnico e intercultural el que nos deja ver este libro. Y es también el desarrollo de un paradigma que surgió en el cono sur, y que también ha tenido diversas interlocuciones, en América Latina y ya también en Europa. Un análisis institucional que se desarrolla en diferentes mestizajes, que dialoga en diferentes lenguajes, que debate sus propias singularidades. Plural, abierto a la alteridad. Ése sería, quizás el mejor homenaje a los maestros: su destitución del lugar de la fundación. Necesitamos para ello difundir nuestros productos y nuestras investigaciones, establecer redes de colaboración e intercambio como las que están en el origen de este libro. Si bien el azar pudo haber jugado su parte, el encuentro, de cualquier manera, era ya inevitable.

Este libro está constituido por la producción de algunos de los más destacados institucionalistas brasileños. Como lo dicen las organizadoras y editoras, la producción de esta obra tiene la finalidad de contribuir a salvar una brecha: la falta de acceso a los textos que se han producido en Brasil, y con ello ir sorteando los obstáculos que inhiben un diálogo latinoamericano.

André Rossi y Eduardo Passos nos ofrecen una lectura del corpus conceptual del análisis institucional desde la experiencia brasileña. Es muy interesante el recuento histórico de aspectos que se encuentran en el origen del análisis institucional francés, sus raíces en la continuación de la psicoterapia y la pedagogía institucional, así como su crítica de las tendencias psicociológicas derivadas de los Grupos T o grupos de diagnóstico, como se les conocieron en Francia.

Uno de los aspectos más destacados que enuncian estos autores es precisamente la idea de investigación-intervención, que formulan en un primer momento como sinónimo de la intervención socioanalítica, pero que encontramos ya un giro en el cual la crítica a las yuxtaposiciones y escisiones

de la ciencia positiva releva formas singulares de la investigación institucional y psicosocial de Brasil.

Las organizadoras y editoras de este libro señalan el aspecto “fundacional” que tienen los artículos que lo componen. La selección fue muy difícil, nos dicen, y quedaron fuera muchos materiales de incuestionable calidad. Este aspecto fundacional es muy claro en el trabajo de Heliana Barros de Conde Rodrigues y Vera Lucia Batista de Souza: “El análisis institucional y la profesionalización del psicólogo”. Este texto, que originalmente fue publicado en 1989, efectivamente entabla un diálogo desde la experiencia del pensamiento crítico de Brasil con los planteamientos fundamentales del análisis institucional francés.

Allí se repasa algunos de los elementos paradigmáticos y fundamentales del análisis institucional: el concepto de *institución*, la crítica de las modas intelectuales, aparece, replanteada, en la idea que Lapassade había desarrollado en torno a la dimensión política de la institución: la institución es el *inconsciente político* de nuestras sociedades. El cuestionamiento de la profesionalización de los psicólogos abre el espacio para una crítica de los aspectos metodológicos, epistemológicos y heurísticos de la ciencia tradicional que resulta imprescindible para abordar conceptos tan complejos como el de *análisis de las implicaciones*. Este tema es uno de los puntos cardinales en las preocupaciones del análisis institucional brasileño.

Por su parte y en continuidad con la brecha abierta en torno al análisis de las implicaciones, Roberta Carvalho Romagnoli dedica su trabajo a la reflexión en torno a dicho concepto y su utilización en la investigación-intervención como método predominante en el análisis institucional brasileño. Una aportación importante de esta autora es la delimitación del concepto y su diferenciación en relación con otros que son de uso frecuente en la psicología. Critica la psicologización del concepto, así como su utilización en el sentido de un compromiso que impide, precisamente, el análisis de las implicaciones, es decir, la confusión entre el análisis de las implicaciones y la sobreimplicación. Asimismo, trabaja algunos elementos del esquizoanálisis, en el que destacaré la claridad en torno a la problemática del deseo, una cuestión muy cara para el análisis institucional (recordemos que en alguna de sus obras Lourau definía la *demanda* como el deseo expresado en situación institucional). El análisis institucional brasileño muestra la fertilidad en la conjugación de dos corpus teóricos, el socioanalítico y el esquizoanalítico que, desgraciadamente, por cuestiones que desbordan el marco epistemológico y heurístico, tardaron tiempo en entretenerse, distinguirse, articularse y conjugarse.

Un aspecto que no puede pasar de largo es el señalamiento que retoma la autora en relación con la *heterogénesis* del análisis institucional. Evidentemente, va en consonancia con lo que aquí estoy planteando. No sería posible hablar de las prácticas analíticas institucionales a partir de la división de territorios y de una *génesis teórica y social* claramente situada y fechada. Como lo plantea Carvalho Romagnoli, las características propias de dicha heterogénesis en Brasil generaron las condiciones para la creación de estrategias singulares, entre las cuales está la forma particular de la investigación-intervención.

Maria Livia do Nascimento y Flávia Cristina Silveira Lemos nos ofrecen una reflexión muy interesante sobre la cuestión de los diarios de investigación, ya no sólo como formas extratextuales para el análisis de la “cocina de la investigación”, sino también como instrumentos privilegiados en los procesos de investigación-intervención. Un planteamiento fundamental de estas autoras es la coexistencia de la intervención y la producción de saberes. Este es un tema muy discutido y que ha levantado ámpula entre quienes se ostentan como legítimos representantes de la ciudadela científica. El saber producido en la intervención, saber colectivizado, no sólo en sus resultados sino en el proceso mismo de su constitución, no debería acceder al estatuto de un saber científico. Los saberes de la intervención no tienen la dignidad del conocimiento científico. El conocimiento científico se constituye en un campo de coherencia que excluye la vida cotidiana, ese otro campo de coherencia. Las autoras de este texto nos muestran que estas proposiciones no sólo son falseables en el sentido de Popper, sino que confrontan otros campos de coherencia que son capaces de producir conocimientos a partir de evitar la separación entre la investigación y la intervención, en un proceso en el que el conocimiento abarca también al investigador, es decir, evita también la separación entre el investigador y su objeto.

El diario de investigación surge así como un instrumento de la escritura. En el campo de coherencia enunciado por las autoras, este es una táctica de lucha y de producción de saberes. La escritura diarística se constituiría en una crítica en acto de las formas neoliberales, con sus determinaciones productivistas y la imposición de estándares completamente ajenos (enajenados, alienados), neocolonialistas dicen ellas, en la investigación. Esta escritura se constituye en una resistencia, en la posibilidad de ser evaluada (valorada) desde otras perspectivas, desde la *puesta a prueba* más que desde la *comprobación*. Es la posibilidad de resistir a las formas de investigación y de escritura impuestas por una burocracia académica globalizada. Estas au-

toras plantean también, en la instrumentalización del diario de campo,⁷ un efecto muy importante en los dispositivos de análisis institucional: el papel de la restitución. El diario de investigación se constituiría como un elemento restitutivo de la multidimensionalidad y la dinámica de los procesos de investigación-intervención.

Las lógicas del trabajo instrumentadas por el periodo neoliberal, a la luz de la crítica en acto producida por cierto tipo de experiencias alternativas, es el campo que abre el texto de Marcia Cavalcanti Raposo Lopes y Luiz Antonio Saléh Amado: “Procesos productivos contemporáneos y transformación social: algunas consideraciones”. Este capítulo desarrolla una crítica de los modos de producción contemporáneos, caracterizados por el consumismo, la depredación del medio ambiente, la pauperización creciente de sectores sociales, la fragilización y precarización del trabajo. Esa crítica tiene como soporte un trabajo profundo sobre el concepto de *institucionalización*. La discusión sobre este concepto confronta la concepción lourauniana, fundamentada en la combinación del efecto Mühlmann y la idea de un *principio de equivalencia* ampliado, que se traduce en un *Estado-inconsciente* como fuerza normalizadora y equivalente general de las relaciones institucionales, con los planteamientos de Remi Hess, en el sentido de la existencia de un principio de falsificación o falseabilidad en relación con el proyecto que portan los movimientos sociales. La perspectiva pesimista de Lourau se matiza en los planteamientos de Remi Hess. Habría que añadir que esta discusión tiene muchas más aristas: la idea de una “profecía” o proyecto de los movimientos en general se ha topado con otra constatación: incluso en los movimientos nativistas y milenaristas, así como sus equivalentes planteados como movimientos sociales, la realidad nos muestra la coexistencia de diversos proyectos o “profecías”, entre otros el mismo proyecto de institucionalización, es decir, de devenir una forma social estable, a pesar de dejar en el camino buena parte de los ideales que constituyen el núcleo emocional o psicológico del movimiento. Así, algunos institucionalistas han hablado del “fracaso de la profecía del fracaso”. Como sea, la discusión que nos proponen Lopes y Saléh resulta muy interesante para observar las formas originales en las que los conceptos de institución e institucionalización permiten analizar, en un sentido activo de los analizadores, diferentes experiencias alternativas a los procesos productivos contemporáneos.

⁷ Instrumentalización que no va sin problemas, en el riesgo de transformar el diario en un sentido *instrumentalista*. Algo así había sucedido ya en la Escuela Nueva de Freinet, en la que el instrumentalismo fue un obstáculo para la reflexión sobre la institución educativa.

Entre los elementos que aporta este texto al análisis de experiencias alternativas en la producción, estructuradas en un distanciamiento respecto del productivismo e inmediatismo actual, está precisamente la tendencia a introducir en estas experiencias elementos que tienden a “recuperarlas” o situarlas en consonancia con las fuerzas hegemónicas de producción. Estos autores nos plantean que es necesario salir de las perspectivas economicistas en la conceptualización de estos procesos. El trabajo no es sólo una fuerza productiva, en el sentido de proveer satisfactores básicos para la subsistencia. El trabajo es una fuerza socializadora que requiere una valoración más allá de las lógicas eficientistas. El análisis de estas experiencias muestra que es necesario redefinir la noción de *sustentabilidad* más allá de sus aspectos técnicos. De esta manera, es importante reconstruir estilos de vida y de convivencia para constituir bases para la vida.

Estela Scheinvar nos ofrece una reflexión institucionalista sobre la escuela. Para el análisis de las formas de la institución escolar en Brasil, la autora lleva a cabo una síntesis muy original de algunos planteamientos de Loureau, Foucault, Deleuze y Guattari. Estos elementos conceptuales los trabaja a partir de una relación que para Scheinvar puede ser una guía de análisis: la relación entre la escuela y el consejo tutelar.⁸ Uno de los elementos que desarrolla para argumentar su análisis es la crítica a la supuesta exterioridad de lo social en relación con la institución escolar. En la escuela, lo social tiende a ser vivido como un agente externo indeseado. Pero quizás lo más importante es que esta supuesta exterioridad de lo social impide visualizar las creaciones mismas de la institución. Los sistemas normativos y los elementos analizadores son vistos como cuestiones “externas” y no como producciones de la institución.

En ese sentido, cabe destacar la agudeza analítica del trabajo que Scheinvar realiza sobre analizadores como la indisciplina, que la lleva a sustentar una crítica a ciertos supuestos que están en la base de la valoración de adolescentes y jóvenes. La rebeldía y la indisciplina son pensadas como elementos “naturales”, prácticamente biológicos e inalterables, que resultan otra

⁸ El consejo tutelar es una institución muy diferente en Brasil y en México. En Brasil, como lo explica la autora, el consejo tutelar es la institución encargada de atender las demandas por violación de los derechos de personas menores de 18 años. Es una especie de *ombudsman* para niños y adolescentes. En México, al contrario, el Consejo Tutelar es la institución encargada de la “readaptación social” de los menores infractores. Es un equivalente a los juzgados enfocado para los menores de edad que cometen infracciones. Las acciones de un menor no pueden ser catalogadas como delitos, por lo que se les denomina “infracciones”.

versión de la supuesta “exterioridad” de lo social en relación con la escuela. Así, se genera una demanda que, en palabras de la autora, es de mayor y mejor control. El pensamiento guattariano le permite a Scheinvar plantear que:

Los actos asumidos como indisciplinados, desde la mirada de lo múltiple, de lo singular, no traen una preocupación con su regularidad, sino que instalan un debate sobre el sentido de las relaciones, del funcionamiento de las prácticas, de las lógicas de poder instituidas, dando visibilidad a procesos instituyentes que pasan desapercibidos cuando [son] capturados bajo la forma de transgresión.

De esta manera, la autora va construyendo una perspectiva sobre los procesos de la escuela y sus formas de subjetivación que permiten captar la sutileza de diversos analizadores cuya repetición logra hacerlos pasar desapercibidos.

El trabajo de Katia Aguiar, Vanessa Fonseca y Raphaella Daros nos advierte de las particularidades del análisis institucional en Brasil. No solo la influencia francesa se hizo sentir. Los movimientos de resistencia de la década de 1960, las experiencias de la pedagogía y del Teatro de los Oprimidos, el proyecto de psicología social latinoamericano, así como los aprendizajes en los movimientos sociales y las comunidades de base impactaron la adopción de los planteamientos franceses, de manera que aparece nuevamente la idea de heterogénesis: la multiplicidad en los orígenes del análisis institucional brasileño. Desde esas particularidades, las autoras se preguntan sobre la forma en la que operan las demandas y políticas relativas a la promoción de los derechos humanos, advirtiendo que se debe prescindir de fórmulas simplificadoras y que hay que mirar con cuidado las salidas rápidas y consensuadas.

El nuevo orden inaugurado por el neoliberalismo aparece como un orden depredador, cada vez más cercano a la barbarie. Sin embargo, es también un orden que no está desprovisto de explosiones creativas e instituyentes. Es así que, en el juego de los analizadores, aparece una demanda de judicialización. Ésta se constituye en sus dos fases: como capilarización del cuerpo social, su intromisión en los aspectos más íntimos, hasta en la parte más mínima de la vida, y la condensación, es decir, que atrae sobre sí diversos procesos e instituciones. Se cierra así una red de control social. Estos elementos son el punto de partida para una crítica a los elementos opresivos y discriminatorios de los regímenes democráticos, así como una reflexión sobre la forma diversa y desigual en que la ley afecta a diferentes grupos

sociales. De allí se desmorona, entonces, la idea de la justeza de un sujeto universal y, por tanto, de la pretendida universalidad del derecho (cuestión que Castoriadis ya advertía en su crítica a la universalidad de los derechos humanos). Las particularidades de las políticas de regulación a los matrimonios infantiles o adolescentes es el campo que eligen las autoras para *poner a prueba* sus planteamientos. Desembocan en un cuestionamiento radical de las naturalizaciones vigentes: no siempre el matrimonio infantil o adolescente es impuesto. Existe también de manera consensuada. Pero en esta vigilancia de los derechos de niñas, niños y adolescentes el resultado es que, de forma paradójica, en la búsqueda de la afirmación del lugar de los que aún no cumplen 18 años como sujetos de derechos, son al mismo tiempo protegidos por el Estado y por los adultos. La protección a los menores, como son denominados jurídicamente en México, se ha reducido a la negación, la prohibición y el control.

Un prólogo normalmente debe ser corto y me excedí ante la imposibilidad de ahorrarme el comentario de cada uno de los textos que componen este libro. No me queda más que agradecer a Minerva Gómez Plata, Estela Scheinvar, Norma del Río y Valeria Falleti esta iniciativa, y estoy seguro de que impulsará fuertemente la reflexión, el intercambio y el desarrollo del análisis institucional latinoamericano. Enhorabuena.

1. ANÁLISIS INSTITUCIONAL: REVISIÓN CONCEPTUAL Y SUTILEZAS DE LA INVESTIGACIÓN- INTERVENCIÓN EN BRASIL

*André Rossi**
*Eduardo Passos***

INTRODUCCIÓN

EL ANÁLISIS INSTITUCIONAL (AI) ha ejercido influencia en muchos movimientos en Brasil. Ya sea en la clínica *psi*, las prácticas de salud colectiva, las intervenciones en el campo de la gestión o la investigación universitaria, sus conceptos se utilizan y sirven como referencia. Desde el comienzo de sus actividades, el AI se convirtió en un campo donde la práctica conllevó, en la época candente de la década de 1960 en Francia, la creación conceptual. Todos sus conceptos tienen una vocación operativa clara y su vínculo con la práctica muchas veces no demanda delimitaciones conceptuales rigurosas. El objetivo del presente artículo es discutir los principales conceptos del AI y señalar la investigación-intervención como una inflexión brasileña en este campo. A partir del abordaje epistemológico, que comprende la génesis conceptual y la génesis sociohistórica de forma indi-

* Doctor en Psicología (Universidad Federal Fluminense, Brasil), coordinador, supervisor y profesor de la *Formação Livre em squizoanálise: perspectiva transdisciplinar da clínica*. Correo electrónico: a.rossi.psi@gmail.com

** Professor titular del Instituto de Psicología de la Universidad Federal Fluminense-UFF, Río de Janeiro, Brasil. Correo electrónico: e.passos1956@gmail.com

sociable, enfocaremos nuestros conceptos de: *análisis del encargo*, *análisis de la demanda*, *transversalidad*, *analizador* y *análisis de las implicaciones*, sobre los de: *institución (instituyente e instituido)*, *campo de intervención* y *campo de análisis*, *inconsciente institucional*, *contratransferencia institucional* y *sobreimplicación*.

LAS LÍNEAS CONSTITUTIVAS DEL ANÁLISIS INSTITUCIONAL

Es posible identificar al menos tres líneas dinámicas para la conformación del AI en Francia, en la década de 1960. La primera está ligada a la salud mental, y nos transporta a la práctica de la psicoterapia institucional a partir de la década de 1940 con la experiencia inaugural en el hospital psiquiátrico de Saint Alban durante la Segunda Guerra Mundial (Gallio y Constantino, 1994; Rodrigues, 1998). En este orden, destacamos el nombre de Félix Guattari que, después de la década de 1950, desarrolló conceptos importantes para el AI, entre ellos, el de *analizador* y *transversalidad*. La segunda línea tiene que ver con las experiencias de pedagogía libertaria que se dieron desde principios del siglo xx y que orientaron, a partir de la década de 1950, las prácticas de cuestionamiento de la educación vigente y que se dieron a conocer como pedagogía institucional. Aquí destacamos los nombres de René Lourau y Georges Lapassade, que eran en aquel momento profesores de nivel secundario (Lourau, 1993). La tercera línea se refiere a la psicología, que en la posguerra trajo a Francia las técnicas de grupo que se estaban gestando en los Estados Unidos por investigadores europeos emigrados, a saber, Moreno y Lewin, además de Rogers, nacido en Estados Unidos (Rodrigues, 1994; Barros, 2004).

Con relación a la tercera línea, un importante paso fue la creación del concepto de *campo* por Kurt Lewin, también en Estados Unidos, en la década de 1930. Para explicar el comportamiento de un individuo o grupo, se empleaba el “todo estructural” conformado por la interacción entre el individuo y el medio en un campo de fuerzas dinámico. La unión de la teoría y la acción fue el gran hallazgo de Lewin quien, al radicar en Estados Unidos, rompió con las teorías positivas en boga, de acuerdo con las cuales se creía que el investigador podía y debía mantenerse fuera del campo de investigación. En la teoría lewiniana, el investigador debe ceñirse a su campo de acción, que se describe no tanto a partir de los estados de las cosas, sino a partir de fuerzas, vectores y valores que lo conforman.

En la última fase de la teoría de Lewin, en 1946 en Nueva Bretaña, Estados Unidos, con el fin de discutir y reforzar la aceptación de la legislación de igualdad racial en el trabajo, un hecho desestabilizó las fronteras entre formadores y estudiantes: el grupo de estudiantes ingresó al recinto en donde los formadores discutían la dinámica del grupo, exigiendo participar en los procesos de análisis. Los coordinadores aceptaron, y se creó en aquel momento un dispositivo que se denominaría más tarde T-Group¹ (Rodrigues, 1994). Era eliminada, entonces, la restitución formal una vez que todo se discutía y analizaba en el mismo grupo.

El paradigma de la investigación-acción de Lewin no sólo señaló la imposibilidad de la neutralidad, también demostró que, además de obtener conocimientos, había una modificación del objeto estudiado, lo que se convirtió en el propósito de la investigación. Este tipo de investigación condujo a una especie de “socioterapia” que, guiada por encargos de la industria y del gobierno de Estados Unidos, trazaba objetivos laborales antes de la dinámica establecida por el grupo-objeto (Passos y Benevides, 2000). En algunas de sus obras, la psicología lewiniana promovía la investigación-acción para la formación de directivos y trabajadores, atendía las demandas gubernamentales para investigar las técnicas de guerra psicológica para debilitar al enemigo y, en los trabajos sociales, se abocó a la delincuencia juvenil y a la integración de la población pobre o desalojada de los conjuntos habitacionales (Aguiar y Rocha, 2003).

En la década de 1950, la psicología estadounidense (basada en Lewin, Moreno y Rogers) incursionó en Francia por medio del estímulo modernizador del gobierno francés, generando movimientos dispares de acogida y crítica (Barros, 2004; Rodrigues, 1994). Se avanzó hacia la década de 1960 en Francia, y las obras psicopsicológicas aún consideraban al T-Group de Kurt Lewin y al psicodrama de Moreno² como hitos; sin embargo, la discusión sobre la técnica fue disminuyendo y favoreciendo la discusión institucional sobre los efectos que la técnica producía (Barros, 2004). Se

¹ En inglés *training group*; literalmente, grupo de entrenamiento, tipo de grupo de formación que apuntaba a un cambio de hábitos o de opinión pública sobre algún tema. El monitor era muy activo apoyando un objetivo ya establecido, y a menudo hablaba de leyes generales del grupo, en detrimento del grupo específico y del lugar en el que se intervenía (Lapassade, 1989).

² Moreno, aún en Viena, desarrolla el “teatro improvisado”, que consistía en dramatizaciones de temas cotidianos tomados de los periódicos. A partir de 1925, ya en Estados Unidos, buscando cambios subjetivos, Moreno sistematiza técnicas como la presentación personal, el soliloquio, la técnica del doble, la técnica del espejo y la inversión de roles. Nació, entonces, el psicodrama (Saidon *et al.*, 1983).

dio inicio a “historizar las prácticas y el cuestionamiento del supuesto no directivismo rogeriano³ y del T-Group lewiniano”. Quedaba oculto el carácter no natural de los grupos, las relaciones de poder y las luchas reivindicatorias entre los diferentes grupos.

En esa misma década, el psicoanálisis y los movimientos políticos irrumpieron en la escena para cuestionar algunos postulados de la investigación-acción. La ruptura con la ciencia positiva fue bien vista, no obstante, la metodología aún conservaba las dicotomías sujeto-objeto y teoría-práctica. El objetivo de la acción en la investigación es determinado por el encargo de trabajo, que busca la optimización del funcionamiento social, lo que revelaba la presuposición de orden social naturalizado y un desorden considerado patológico. El investigador era considerado como agente privilegiado del cambio, algo que también revelaba que en la técnica del T-Group se había incluido a los estudiantes (Passos y Benevides, 2000).

Con respecto a la segunda línea, incluso en Francia durante la década de 1960, las intervenciones en el medio pedagógico trasbordaban hacia otros campos a partir de la atención al concepto de *institución*. Lourau y Lapassade absorbieron la filosofía política de Cornelius Castoriadis, principalmente la que se refiere a la dialéctica instituido-instituyente. Castoriadis influyó a muchos pensadores a partir de la creación de su grupo Socialismo y Barbarie y de la revista homónima (Rodrigues, 1994). Las instituciones son, en palabras de Lapassade, “formas”: productos históricos de una sociedad instituyente que producen y reproducen las relaciones sociales y se instrumentalizan en establecimientos o dispositivos (Rodrigues y Souza, 1987). Al apropiarse de ese juego constitutivo entre instituido (formas) e instituyente (proceso), pasan a analizar las situaciones de institucionalización cuando se les llama a intervenir en grupos y organizaciones.

La gran importancia de ese concepto basal es el análisis que provoca al distinguir entre concepto de institución y los de organización y establecimiento. Tanto las condiciones materiales de los establecimientos escuela, manicomio o partido (edificación), como el organigrama o flujograma (reglas de circulación y organización de personas e información de dicho establecimiento) no eran más el espectro de análisis pretendido. Vemos, entonces, la apertura del análisis hacia la institución de la educación, de las

³ La *no direccionalidad* de Rogers preveía, precisamente, la libertad de expresión para el participante y para el monitor, sólo el uso de técnicas que incitaran a este objetivo, quedando en la medida de lo posible alejadas de la dinámica. La crítica socioanalítica se centró en la creencia en la no influencia del monitor en el grupo rogeriano (Saidon *et al.*, 1983).

enfermedades mentales, de la política partidaria y se crea efectivamente un análisis institucional preocupado por las prácticas instituyentes que engendran instituciones y penetran los espacios o las situaciones más diversas.

A partir de dicha variación, del diálogo privilegiado con la institución educativa para el análisis de cualquier institución, Lourau y Lapassade ampliaron su trabajo y se convirtieron en “socioanalistas”.⁴ Desarrollaron un diálogo con aquellos investigadores-intervencionistas que tomaron como herramienta la psicología estadounidense basada en el trabajo con grupos la cual denominaremos *grupalistas*. Los socioanalistas vieron en la práctica grupalista una preciosa indicación para trabajar con las instituciones: pragmatismo de cierta investigación sociológica estadounidense que dejó de ser experimental para convertirse en acción en el campo de la investigación e incluyó al investigador en ese mismo campo.

A pesar del diálogo, Lapassade, en su libro *Grupos, Organizaciones e Instituciones* (1989), critica las teorías de grupo y sus técnicas. La teoría de los grupos chocó con la teoría de las instituciones: donde la técnica grupalista naturalizaba al grupo, el institucionalismo lo tomaba como institución, es decir, producción de una sociedad instituyente, denunciando su utilitarismo en cuanto a los objetivos previos y su falta de análisis con respecto al encargo para que se haga una intervención.

El AI continúa avanzando hacia su consolidación como campo de producción de conocimiento y de intervención en la realidad, desplegando preguntas críticas que se arman a partir de conceptos seminales: “análisis de la demanda” y “análisis de la oferta” (lo que el analista ofrece y los efectos de su intervención), “analizador” (¿cuáles son los acontecimientos que analizan la realidad institucional?) y, principalmente, “análisis de las implicaciones” (¿cómo todos podemos involucrar a todos en la realidad institucional?).

⁴ En este artículo, aunque nos referimos a Lourau y Lapassade como “socioanalistas”, creemos que el término “analistas institucionales” también encajaría. Sólo hay un pequeño matiz que se puede observar: en la década de 1960 había dos tendencias del análisis institucional en Francia: una que tenía como exponentes a Lourau y Lapassade, que valoraba el análisis de las instituciones, de las implicaciones y de las referencias más sociológicas, además de atender a pedidos de intervenciones; y otra que, partiendo de la intuición de Guattari, se basaba en las experiencias de la psicoterapia institucional de las décadas de 1950 y 1960 y el psicoanálisis lacaniano, lo que nos remite a la primera línea constitutiva a la que nos referíamos al principio del texto. Mientras que la vertiente socioanalítica se formalizó con la tesis doctoral de Lourau, defendida en 1969, *El análisis institucional*, la vertiente Guattariana, quizás el esquizoanálisis, llevará, en el encuentro con Deleuze en la década de 1970 a *El Anti Edipo*.

EL ANÁLISIS INSTITUCIONAL Y EL DEVENIR DE LOS CONCEPTOS

Ardoino y Lourau (2003) dividen el AI en tres categorías: *a*) AI en el acto o socioanálisis; *b*) AI generalizado, y *c*) AI restringido. La primera se refiere a la práctica de intervención en organizaciones-clientes como industrias, administraciones, escuelas o formaciones; la segunda tiene que ver con el conjunto de consideraciones teóricas que forma un reservatorio de datos y conceptos para las diversas intervenciones institucionalistas: es un segundo momento en el AI después de la euforia de la intervención: una suerte de parada reflexiva, y la tercera categoría habla de las intervenciones en instituciones específicas: la Iglesia, la escuela, el Ejército. Coulon (*apud* Ardoino y Lourau, 2003) distingue esos tres niveles por medio de los términos *socioanálisis*, *lectura institucional* y *AI del establecimiento*, respectivamente.

Las primeras intervenciones socioanalíticas encabezadas por Lapassade en la década de 1960 analizaban las instituciones involucradas en algún establecimiento-organización, sin importar si se trataba de escuelas o manicomios. Debido a la predilección por el paradigma de inspiración marxista de “transformar para conocer”, no es difícil entender por qué primero se desarrollaron incursiones en el campo y posteriormente una reducción de la velocidad necesaria para la producción teórica. Las incursiones dirigidas al medio educativo, aún muy vinculadas a la intervención psicosociológica sostenida en el modelo del T-Group, dieron lugar en 1966-1967 al socioanálisis.

El T-Group lewiniano no analizaba sus condiciones de posibilidad —oferta de la intervención, encargo hecho a los intervencionistas, la participación de los involucrados—, es decir, no hacía un análisis de las implicaciones. El socioanálisis en la organización parte de las solicitudes planteadas por las organizaciones-cliente al grupo investigador-intervencionista, considerando las implicaciones sociopolíticas que atraviesan la relación grupo-cliente/grupo-intervencionista. En inicio, el método de análisis era de corta duración y excesivamente dramático, tenía como cometido producir una especie de abreacción en la organización o “desarreglo” institucional, partiendo del “análisis colectivo de las implicaciones de cada uno de ellos en el encargo y las demandas sociales”, así como de la autogestión de la temporalidad de la sesión y del pago de los socioanalistas y de la identificación de los “analizadores, hechos o fenómenos ‘insignificantes’, más portadores del sentido oculto en lo no-dicho” (Ardoino y Lourau, 2003: 14).

Por más que hubieran estilos individuales de los intervencionistas y la diferencia de cada grupo-cliente, en la década de 1960 y a principios de la de 1970 existía una tendencia a provocar crisis, apostando en su potencial crítico. Las cuestiones críticas —muchas de ellas se mantuvieron alejadas por su carácter de desagregación, como, por ejemplo, el pago— no dejaron de ser hechas a duras penas para el grupo-cliente, así como para el grupo de interventores.

El método varía poco a poco, y lo que se desprende es un socioanálisis longitudinal, más duradero. Los interventores se inscriben en la historia del grupo-cliente en su devenir diario. El aumento de la duración de las intervenciones se dirige más hacia la regulación del grupo que a su descomposición. Se da también una mayor familiaridad entre los interventores y el grupo-cliente. El socioanálisis longitudinal acaba por experimentar otras técnicas; una de las más significativas también constituye una suerte de restitución de la información recabada. Una restitución formal, como la que se realiza en la investigación-acción de Lewin, todavía mantiene la dicotomía entre formadores y formados, modulada mas no superada en el evento de Nueva Bretaña, Estados Unidos. En el AI, la restitución cada vez más preconizada —puesto que analizadores, discusiones y direcciones se dan colectivamente— es al mismo tiempo producción de nexos y desvío grupal, es decir, investigación e intervención. Preocupado, en aquel momento, por varios aspectos de su intervención y menos centrado en el aquí y ahora, el socioanálisis encontró, en la duración de la intervención y en la restitución de los resultados de la investigación, una dirección formativa o su pedagogía. De ahí emana el doble sesgo del AI: la intervención y la formación, en aquel momento, como formación continua.

Preocupados por lo que se solicitaba a modo de intervención, por las instituciones que atravesaban el grupo formado, por lo que era operativo y, en ese momento, al reencontrarse con la formación, los socioanalistas se encaminaron cada vez más hacia la sistematización de algunos conceptos que pudiesen expresar lo que estaba en curso en sus prácticas. Este camino se caracterizó por una tendencia a crear hibridismos teóricos, tomando muchos conceptos prestados de otros campos del saber. En el AI acompañamos el devenir de conceptos —en el sentido que Deleuze y Guattari (1992) confieren al término en “¿Qué es la filosofía?”— que migran entre discursos, adquiriendo en esa travesía una consistencia que, podemos decir, corresponde a la de los movimientos socio-analíticos.

ANÁLISIS DEL ENCARGO, DE LA DEMANDA Y DE LA OFERTA, Y EL CONCEPTO DE TRANSVERSALIDAD

Uno de los primeros pasos en la intervención es el *análisis del encargo*, que despliega la solicitud de análisis realizada por la organización. El análisis del encargo genera una mirada hacia la demanda original como un despliegue problemático, exponiendo así el enmarañado de fuerzas que contiene la solicitud de análisis. El trabajo de análisis institucional inicia cuando las dinámicas no observadas se expresan junto con la solicitud explícita de intervención. La actitud crítica hace que aparezcan las demandas de intervención, que nunca son espontáneas, pero que se producen tanto en el encuentro analítico como antes de éste. Una de las estrategias para evitar que el encargo se convierta en el foco de la intervención es la pregunta sobre quién es el cliente: ¿los miembros de la organización o los dirigentes que formularon el encargo discutieron el contrato en nombre de todos? ¿Ellos también aceptan ser objeto del análisis? (Lourau, 1975). Podemos notar que en el AI hay una similitud entre “encargo” y “mandato social”. La primera se refiere a situaciones específicas de intervención y la segunda es la petición que se extiende a los intelectuales y especialistas para que digan la “verdad” acerca de la realidad (Rodrigues, 2006).

El *análisis de la oferta* puede ser anterior, pero también puede ocurrir al mismo tiempo que el análisis del encargo. Coloca bajo análisis al propio grupo-intervencionista como institución que propone un servicio, problematizando el modo en que las intervenciones acabarían generando una especialización y produciendo o modulando los encargos de intervención que se le proponen (Barembly, 1994). Los intelectuales, los analistas institucionales y todos aquellos que son llamados a decir algo acerca de la realidad o a intervenir sobre ella en calidad de reveladores de verdades deben mantener en análisis permanente el encargo de intervención y las ofertas realizadas por ellos.

Así, el AI se incluye a sí mismo como caso; además de los casos de la clínica, la clínica como caso. Se gesta un *topos* del análisis entre la institución siendo analizada y la institución del análisis.

No tomar de forma natural el encargo de intervención es hacer una pausa que permita la entrada del operador crítico. A diferencia de Lewin, que aceptó el encargo del gobierno de Estados Unidos para el cambio de normas de comportamiento de la población, el AI tiene como objetivo no incurrir en el uso utilitario de la intervención, definiendo su dirección en

el propio acto de intervenir. En la separación entre encargo y demanda, Lourau (2003c) opera una distinción entre *campo de intervención* y *campo de análisis*.

Esa distinción indica dos niveles que están integrados en la práctica analítica. El encargo que llega al analista institucional es de intervención en varios tipos de grupos, con objetivos previamente establecidos. Sin embargo, se confunde el encargo explícito con la demanda de análisis, si no restringiéramos a los límites previos de los pequeños colectivos en los que se realiza la intervención. El análisis del encargo y de la demanda promueve una alteración del campo de intervención a partir de las conexiones que constituyen el campo de análisis. No hay una separación entre el trabajo teórico y el técnico, entre la intervención y los operadores conceptuales, entre el campo de la intervención y el campo del análisis. Estos dominios se distinguen sin separarse, de modo que la intervención altera las formas de hacer y las formas de pensar la realidad de la institución. En palabras de Lourau, queda claro que el campo de intervención está conformado en la práctica por la propia intervención, o sea, en la ida al campo, accesible a partir del encargo y su problematización cuando la intervención puede transformar al encargo en demanda de trabajo. El campo de análisis no puede ser entendido como separado —a pesar de ser, en ocasiones, realizado en reuniones y supervisiones del grupo interaccionista—, ni como la parte teórica que será aplicada en la práctica. De cualquier forma, los dos campos son prácticas.

La realidad institucional se abre en otros sentidos cuando se alteran los grados de transversalidad intragrupos e intergrupos (Guattari, 2004). Félix Guattari presenta el concepto de transversalidad como coextensivo a la actitud de apertura o vínculo de los campos de intervención al de análisis, al mostrar su inseparabilidad. El concepto de transversalidad nace con múltiples referencias, en especial como intento de superación, en las organizaciones psiquiátricas, de la jerarquía vertical y de la igualdad horizontal, al introducir en el pensamiento institucional otras formas de relación entre los grupos, lo que designó como grupos sujeto y grupos sujetados. Tomando la contribución dual y fantasmagórica de la transferencia psicoanalítica, la expande y articula a los movimientos grupales en sus diferentes grados de apertura. Guattari habla de grados de apertura o cuántica de transversalidad de los grupos, interesado por aquello que se transmite o que se “transfiere” en un régimen de múltiples vectores que ya no tiene cabida en los límites de la interpersonalidad.

El concepto de transferencia da lugar al de transversalidad, apostando en dinámicas libidinales, en juegos fantasmagóricos, en regímenes de afectión que se dan en el plano colectivo y, en consecuencia, cobran un sentido que es también político. Clínica y política se tornan inseparables en esta dirección del AI, que renueva el concepto de grupo a partir de sus dinámicas subjetivas: la dinámica de menor grado de apertura define al grupo sujetado y la de mayor transversalidad, a los grupos sujetos. El tema de la subjetividad gana lugar en el discurso institucionalista con el concepto de transversalidad, que se materializa en dispositivos que permiten la circulación menos restrictiva de la palabra y de los cuerpos, abriendo las relaciones hacia múltiples conexiones que impulsan la transformación de la realidad de los grupos y de las subjetividades. Ya sea en la vertiente guattariana o socioanalítica, en el AI los conceptos presentados hablan acerca de la apertura y de la conexión: teoría y práctica, saber y hacer, clínica y política se convierten en dominios distintos e inseparables en un espacio de salud guiado por las relaciones instituyentes.

El encargo tiene un sentido más contractual (lo que se espera de los intervencionistas) y la demanda un sentido más psicológico, apropiado para los colectivos (Ardoino y Lourau, 2003). Por sus implicaciones psicológicas y psicoanalíticas con tino arqueológico, la demanda a veces parece estar ligada a algo oculto que fue revelado. Lourau (1975) y comentaristas como Baremlitt (1994) se preguntan acerca del “verdadero” cliente, de la demanda “efectiva” de intervención o del “verdadero” objeto de análisis. ¿Cuál es el sentido aquí de la verdadera demanda? Hay que evitar tomar al encargo como aquello que engaña el trabajo de los analistas, un simulacro, y dejar a la demanda como lo que fue revelado por los especialistas, el verdadero objeto de análisis. El AI no es una arqueología de lo verdadero, o sea, no es la actitud de escarbar la realidad a profundidad con herramientas conceptuales que aspiran a la verdad para encontrar la revelación triunfal tras bastidores.

Incluso Baremlitt (1994), cuando habla acerca del verdadero objeto, nos brinda una pista al referirse a la intercesión que se produce entre el grupo-intervencionista y el grupo-cliente. Consideramos que el encargo es un tipo de demanda y esta se produce (y no se revela) en el encuentro entre los grupos. Es una producción puntual que detona una dinámica atascada para la cual el grupo-intervencionista fue invocado a intervenir. Cambia de acuerdo con la variación del grupo-cliente, del momento de la organización, con la nueva configuración de las instituciones que atraviesan, con el

cambio de configuración del grupo-intervencionista. La producción de la demanda de trabajo está más próxima de la creación de buenos problemas que de la resolución explícita del encargo formulada por el grupo-cliente. Es una tentativa de explicitar las formas que componen la configuración de la organización. Llegamos al concepto de campo implicacional (Lourau, 2003f).

La preocupación por el análisis de la oferta, del encargo y de la demanda denota una diferencia de paradigma ya señalada. Si lo que está en juego es la producción de la realidad y no su revelación, quienes participan del proceso se preguntan qué están ayudando a producir. Todos esos conceptos hablan, por una parte, de la ascensión del proceso instituyente como motor de acceso a la realidad y, por otro, del cuidado ético del trabajo de los analistas institucionales al participar de dicha producción. La intervención socioanalítica o, como indicaremos a través de autores brasileños, la investigación-intervención afirma en un solo momento la inseparabilidad entre campo de intervención y campo de análisis, teoría y práctica, hacer y pensar, al mostrar que sujeto y objeto, investigador e investigado, se conforman en un mismo proceso.

EL ANÁLISIS DE LAS IMPLICACIONES

De los conceptos presentados, el análisis de implicaciones es aquel cuya trayectoria está compuesta por más variaciones, rupturas y composiciones de partes dispares. En este movimiento de construcción incesante, una de sus líneas de composición se refiere al concepto psicoanalítico de contra-transferencia.

La transferencia en Freud (1905, 1912, 1914, 1915/2010), de un obstáculo inicial en los *Estudios sobre la histeria*, se convierte en un motor del tratamiento a partir de los textos técnicos de 1910, manteniendo, al mismo tiempo, su carácter de resistencia al tratamiento. A partir de la teorización del desarrollo psicosexual en la primera infancia, la transferencia se mantiene como un mecanismo de transporte de las elecciones objetivas del niño y las fantasías que se tejen a su alrededor, especialmente, según destaca Freud, las *imágenes* parentales, como una primera inversión amorosa. Surgida del abandono de la hipnosis y la sugestión, la transferencia se toma como motor y embargo, resistencia interpretable, investidura de autoridad del psicoanalista, amor ilusorio y repetición. Por otro lado, su contraparte,

la contratransferencia, es decir, el mismo mecanismo, pero esta vez viniendo de parte del analista, se convirtió en un mal a combatir. El intento de institucionalizar una formación, la lucha contra la charlatanería —al mismo tiempo que se defendía un análisis laico— y los textos técnicos, hicieron de la contratransferencia un tema purgado de antemano de los círculos de discusión, al mismo tiempo que metáforas como el “espejo bien pulido” (reflejar la totalidad del paciente) o el “cirujano preciso” (incisiones interpretativas que desvelan el objeto) toman el imaginario psicoanalítico como un ideal del analista.

Aun en la primera generación de analistas, Sándor Ferenczi, un psicoanalista húngaro conocido por acoger los casos difíciles, llevó la técnica al límite. En este contexto, ya en la década de 1920, esbozaba su preocupación por la “metapsicología de los procesos psíquicos del analista”, lo que no marca exactamente un retorno del concepto de contratransferencia o su uso, como se hará más adelante, sino una inclusión de la libido del analista en la escena analítica (Ferenczi, 1928/1992).

En la década de 1950, el fenómeno de la transferencia se revaluó en Inglaterra a través de Michel Balint, lo que dio lugar a una serie de textos del matrimonio Balint (2002), Margaret Little (2002) y Paula Heimann (2002) orientados hacia la inclusión de los efectos de las intervenciones o de la persona del analista en la escena analítica. Little y Heimann, más radicales, defendieron el uso de la contratransferencia, respectivamente, como una experiencia por comunicar (los afectos generados por el paciente en el analista) o como una brújula, en ocasiones, recayendo en una neutralidad inversa. A raíz de este movimiento de valoración de la contratransferencia, las prácticas institucionalistas de la psicoterapia institucional en Francia retomaron este concepto como un importante operador analítico.

La reorganización del hospital psiquiátrico promovida por la psicoterapia institucional, la reorganización de la escuela promovida por la pedagogía institucional, así como el comienzo del AI a mediados de la década de 1960, aportan nuevas herramientas, como los conceptos de transferencia y contratransferencia institucionales. Ya lejos de sus bases freudianas, ferenczianas y de la segunda generación de psicoanalistas, el concepto de transferencia se presenta por su “vocación operativa” (Ardoino y Lourau, 2003). Ya no se refería sólo a una problemática individual, familiar, libidinal o infantil, sino grupal e institucional, aunque mantenía su preocupación por los vínculos y una actitud epistemológica de no neutralidad. En otras palabras, el concepto garantizó que las fuerzas que pasan por el médico, el educador o

el investigador entraran en el análisis de las organizaciones. La dirección de los trabajos con el grupo en las distintas intervenciones puso el acento de búsqueda de conceptos que hablaran de esta multiplicidad de relaciones.

La sistematización conceptual del procedimiento de análisis institucional se consolidó en la tesis que Lourau (1975) defendió en 1969. En ella vemos muchos conceptos apropiados de autores y conocimientos disímiles: la *transferencia institucional* y la *contratransferencia institucional* heredada de la psicoterapia institucional.

El concepto de implicación gana prominencia como una idea clave para el trabajo socioanalítico. Lourau (1975) desglosa el concepto de análisis de las implicaciones según la calidad de la relación establecida: *implicación institucional* se refiere a todas las relaciones entre el “actor” y las instituciones; la *implicación práctica* indica las relaciones que el “actor” mantiene con las bases materiales de las instituciones (el establecimiento y la organización); la *implicación sintagmática* muestra las relaciones interpersonales que presentan los grupos, es decir, los fantasmas del grupo; la *implicación paradigmática* delimita la relación entre el conocimiento y el no conocimiento del grupo, es decir, los códigos y reglamentos de la organización y la *implicación simbólica* que se refiere a “la sociabilidad misma, el vínculo social” (Lourau, 1975: 274). Lourau retoma el concepto de transferencia institucional que se potencia con lo que el autor (Lourau, 2003e) nombra el “paradigma de las tres I”, que en realidad son cuatro: institución, institucionalización, implicación y, la última, intervención, siendo el término que delimita el campo de acción. La transferencia y la contratransferencia institucional son nociones que adquieren un significado socioanalítico en un campo de intervención institucional en el que todos participan, incluyendo al propio grupo intervencionista.

En la categoría de transferencia institucional se encuentran las respuestas e influencias procedentes del grupo intervencionista. “Intervenir es ‘volverse parte de una provocación que ya estaba ocurriendo entre otras personas’, nos dice el diccionario” (Lourau, 1975: 277). Intervenir no es observar desde fuera un objeto dado, sino construirlo desde adentro, construyéndose a uno mismo al momento de la intervención. En esta actitud de volverse parte, los analistas no rehúyen a analizar lo que está de su parte. De esta forma entienden que la elucidación de las contratransferencias institucionales implica la aclaración de un sistema de respuestas: la respuesta que el analista da a los clientes en relación con diversas realidades como la edad, el género, la raza; la respuesta que da a la organización-cliente como

institución y en la medida en que se incluye como institución de análisis; la respuesta que da a las respuestas (transferencias) de su propia organización analítica (Lourau, 1975). El analista surge como un *actor* social, según nos propone Lourau.

El análisis de la transferencia institucional se mantiene para dilucidar los vínculos del grupo-interventor. El análisis de las implicaciones (institucionales, prácticas, paradigmáticas, sintagmáticas y simbólicas) esclarece la relación de los *actores* en sus diversos vínculos. Los actores no son aquí sinónimo de grupo-cliente, ya que los analistas se muestran como actores sociales incluidos en el análisis de las implicaciones.

Al año siguiente, 1971, en *Claves da Sociología*, Lourau y Lapassade definen un modelo socioanalítico de intervención. Incluyen los conceptos de análisis del encargo, análisis de demanda, elucidación de las transversalidades (análisis de las instituciones que cruzan el grupo intervencionista y el grupo-cliente) y elaboración de la contratransferencia institucional (una especie de explicitación de las referencias no sólo libidinales, sino profesional y política de los interventores).

En los años siguientes, la multiplicidad y la coexistencia de conceptos provenientes de distintos campos del saber comienzan a causar conflictos. Las intervenciones socioanalíticas que surgieron en la efervescencia de la década de 1960 entran en la de 1970 procurando una ambición epistemológica más clara. Las producciones teóricas atraviesan esa década sin que se terminen las intervenciones bajo demanda. Al mismo tiempo que la sistematización enriquecía el trabajo teórico, existía el peligro de que el AI se institucionalizara como un aparato teórico cerrado, un servicio ofrecido y contratado (Rodrigues, 2005). En aquella época de elaboración teórica, los conceptos se alejaban definitivamente de su campo de conocimiento original, permitiendo que el concepto de análisis de implicaciones sustituyera la contratransferencia institucional. La posición de alternancia de conceptos cambia y lo que prevalece es el reemplazo. A medida que se debate públicamente el análisis de los vínculos de los analistas con relación al dinero, al tiempo, al Estado, al saber, etcétera, se va discutiendo en teoría (en la misma reunión en la que se discuten todos los asuntos con el grupo-cliente), el análisis de las implicaciones se impone a la contratransferencia institucional.

De 1970 a 1990, Lourau (2003b) sigue el rumbo que toma este concepto. A partir de la década de 1980, identifica que el concepto padece una “deriva utilitaria”, que llamará *sobreimplicación*. En otras palabras, se aclara que el análisis de implicaciones pierde su lugar por una demanda generalizada de

la exigencia de compromiso del otro: captura productivista como imperativo incesante para estar activo en el trabajo. En esta deriva, se identifica la implicación en la identidad de un “yo”: “¡Implícate!”, “¿Estás implicado?” “¿Quién está más involucrado en este trabajo?”.

Este movimiento es un paso atrás porque, desde su génesis, el concepto de implicación ha estado vinculado al análisis de instituciones que atraviesan un plan impersonal. El concepto de institución se refiere a una realidad que cruza organizaciones y establecimientos, convirtiéndose en una maraña de fuerzas. Esta maraña, en el movimiento continuo de enredarse y desenredarse, produce, en las organizaciones demandantes, un no dicho institucional. Este no dicho se identifica en el inconsciente institucional (Baremlitt, 1984), que siempre ha estado implícito en el análisis de los vínculos, las transferencias y contratransferencias institucionales. Estos análisis no se llevaron a cabo en un plan de consciencia inmediato, explícito: los mandatos no se tomaban de inmediato, los vínculos se tomaban en su aspecto simbólico, los análisis proseguían en un intento de dilucidar lo que en la institución no se dijo, el análisis de las implicaciones no se limitaba a hablar de un yo.

La introducción del *yo* es un tipo de retroceso, porque reintroduce lo personal o lógico, privilegiando lo íntimo como material de análisis. Lleva la discusión al campo de la consciencia del cual el psicoanálisis ya se había desvinculado. El requisito de la sobreimplicación generalizada sustituye el análisis efectivo de las instituciones involucradas en el proceso en cuestión por una actitud policiaca con uno mismo y los demás. Lourau (2003b) añade que el “implícate”, imperativo, es una forma de captura procedente del capitalismo para extraer un sobretrabajo, una especie de tareísmo generalizado.

En la década de 1980 hubo una disminución en el número de mandatos socioanalíticos de intervención. La reculada en el avance hacia el campo de la intervención fue de la mano de una reculada *introvertida* en el concepto de implicación. Un vector intimista sigue su doble movimiento: la sobreimplicación diagnosticada por Lourau y la reculada en los procesos de intervención colectiva.

En un intento por separarse de este vector, Lourau (2003a) identifica la gran contribución del etnopsicoanalista Devereux al aportar herramientas para el análisis de las implicaciones en la investigación. En aquel momento, el mercado editorial registraba un gran aumento en la publicación de revistas de investigadores, escritores, psicoanalistas y otros. Devereux

propone un procedimiento para analizar las implicaciones mediante el estudio diarístico. En un principio, esta propuesta podría tomarse como un seguimiento del vector íntimo, pero Lourau ve una poderosa herramienta de análisis de las implicaciones y comienza su investigación sobre la producción diarística. En lo más íntimo, Lourau propone una reversión hacia lo que está fuera.

Con la lectura de los diarios de Malinowski, Margaret Mead, Jeane Favret-Saada, Condominas, Ferenczi y Wittgenstein, Lourau desarrolla el concepto de *fuera-texto*⁵ para pensar en los principios que presenta el diario en relación con el texto publicado oficialmente. Lourau busca conectar el texto con su exterior, sacando a la luz en él los avances y retrocesos, las dudas y certezas, la producción de conocimientos procedentes de la práctica. En lugar de la asepsia de la ciencia, las “manos sucias” del investigador que va al campo. Es así como aquello que sólo aparecía en pies de página, notas o al final del texto como información casi infame, puede difundirse, promoviendo un análisis de las implicaciones.

En la lectura del diario de Malinowski, por ejemplo, Lourau (2003a) muestra el papel fundamental que tiene la ida al campo al tejer el texto M,⁶ o, como prefiere más tarde, texto institucional (TI) (Lourau, 2003e). Malinowski, a la edad de treinta años, fue enviado a algunas islas de la Nueva Guinea, en 1914, para observar a las tribus del archipiélago. Permaneció en aquel lugar de 1914 a 1918, llevando el diario de septiembre de 1914 a agosto de 1915 y una segunda parte de octubre de 1917 a julio de 1918. De esta observación surgió, entre otros, su primer libro *Los argonautas del Pacífico Occidental*. En el fuera-texto diarístico podía verse la preocupación por los informantes, la dificultad de las entrevistas, el encubrimiento por parte de los nativos de sus rituales, saliendo a veces temprano en barco para no ser seguidos por Malinowski. También está presente el papel de la contingencia

⁵ Preferimos fuera-texto del francés *hors texte*, en lugar de la traducción “extratexto” utilizada en la edición brasileña, porque entendemos que no se trata de un texto que se añade a un texto “oficial”. El fuera-texto es la conexión del texto oficial con su exterior, es decir, con la dimensión temporal, sociohistórica, con el proceso de producción del cual el texto fue sustraído para convertirse en científico. Esta opción no está exenta de consecuencias. Lourau (2003e) analiza las diferencias entre intertexto (IT), extratexto (ET) (fuera-texto) y contexto (CT). La categoría de extratexto (fuera-texto) está reservada a los textos infames, a menudo diarísticos, que colocan el texto institucional (TI) que se está examinando. Al elegir el término “fuera-texto” (ET), entendemos que resaltamos tanto el texto publicado por separado como el proceso de conexión del texto institucional con su exterior.

⁶ En la metodología de Lourau, el texto M — la inicial del autor— es, por ejemplo, el libro publicado oficialmente por Malinowski, *Los argonautas del Pacífico Occidental*.

bélica: Malinowski pasó mucho más tiempo en el campo de investigación de lo que se había previsto debido al estallido de la Primera Guerra Mundial. Lourau nos muestra que en la investigación etnográfica existía la preocupación de que una observación fuera efectivamente el acto de mantener cierta distancia del objeto. En el caso de Malinowski, en la radicalización del intento de objetividad, hubo un vuelco en la metodología. El “investigador también debe tomar el camino opuesto al del distanciamiento: un paso adelante, un paso atrás. Debe obtener la máxima familiaridad con el campo de estudio” (Lourau, 2003a: 264). Malinowski apostó a la observación-participante en la ciencia etnológica y sociológica en una época “en que la vigilancia de la vía científica estaba en manos de ‘eruditos’ que casi nunca salían de sus oficinas, salvo para consultar documentos en bibliotecas o archivos policíacos” (Lourau, 2003a: 264).

Sobre la participación insertada en la observación, Lourau (2003a) advierte que no se trata de que la participación y el compromiso exijan una sobreimplicación imperativa. El término *participante* no se refiere a un fenómeno voluntarista o subjetivo. Es una implicación. Antes de comprometerse con el campo, el investigador ya está implicado en él. En otras palabras, es atravesado por múltiples referencias que deben ser analizadas y mantenidas junto al producto final: el mantenimiento del producto agregado a sus gérmenes del proceso productivo. Para este análisis de implicaciones en la situación bibliográfica, Lourau conecta el texto con el fuera-texto que revela con su proceso productivo, promoviendo el rompimiento y el desenredo de las múltiples líneas que lo instituyen (Rodrigues, 2006).

El concepto de fuera-texto se suma a las otras formas de análisis de implicaciones y sigue la línea de investigación-intervención, cuestionando la supuesta neutralidad científica de la producción de conocimientos y promoviendo la dilucidación de sus condiciones. En el decenio de 1990, Lourau diagnostica los peligros sobreimplicacionistas y, en un nuevo giro, asocia la implicación al concepto de *transducción*⁷ de Gilbert Simondon (Lourau, 2003c). Este movimiento del concepto es un intento de radicalizar la licuefacción de la oposición sujeto-objeto en el análisis de implicaciones. Desde una implicación segmentada en su libro inaugural hasta una afirmación os-

⁷ Concepto introducido por Gilbert Simondon a partir de la observación de los procesos físicos, que se reducen a los movimientos de propagación y contagio de los campos de fuerza. Lourau vincula el proceso de transducción con el de implicación para destacar la dimensión procesal. Sujeto y objeto como individuaciones en un campo donde el espectro de fuerzas los convierte en polos y límites (Lourau, 2003c).

cura, asociando el análisis de implicaciones con un plan único de contagio de las fuerzas implicadas.

EL ANALIZADOR

Las experiencias de intervención tanto en psicoterapia institucional como en el AI tuvieron como estampa su carácter colectivo. A partir de estas nuevas experiencias de colectivización, tanto en lo que respecta al número de interventores como a su enfoque en el análisis de las instituciones y no de los individuos/sujetos, se produce una descentralización de la labor de análisis: del analista a los analizadores.

El *analizador* es un concepto-herramienta forjado por Guattari a lo largo de varios años, expuesto en el libro *Psicoanálisis y transversalidad*. A pesar de su desagrado con sus estudios de Farmacia, Guattari no dejó de proponer términos como *molar*, *molecular* y *analizador*. Este último, en el sentido químico, es aquella persona o cosa que provoca el análisis, la ruptura, la separación y la dilucidación de los elementos de una realidad institucional determinada. Este concepto es inseparable del concepto de transversalidad, ya que es en una situación de cuestionamiento de las jerarquías y especialidades cuando surge el analizador como una herramienta analítica que desubica o despersonaliza la intervención. Así como Guattari amplió los conceptos de transferencia y contratransferencia institucional con el concepto de transversalidad, sustituyó el concepto de analista por el de analizador.

El analizador posee al menos dos niveles que atraviesan el *campo de análisis* y el *campo de intervención*. Puede ser considerado como el evento que denuncia y como el portador de la potencia del cambio. Como un evento que denuncia, en los márgenes del psicoanálisis y del movimiento institucionalista, el analizador se asoció con las formaciones del inconsciente, como los sueños, los actos fallidos, el chiste y los síntomas (Barembly, 1994). Estas formaciones en el psicoanálisis expresan la problemática exclusiva de un sujeto, mientras que los analizadores, que expresan e intervienen en grupalidades, mantienen sus debidas diferencias. En primer lugar, tienen una materialidad expresiva completamente heterogénea, que puede ser un acontecimiento, una enunciación, un individuo o una técnica, sin tener una forma de irrupción privilegiada en el acto de hacerse oír. En segundo lugar, en él mismo se encuentra el germen o potencial de

intervención, si se dan las condiciones necesarias. Él se expresa e interviene, siendo un concepto que no tiene sentido más que en acto. Para el AI, los analizadores son procesos revolucionarios como, por ejemplo, el mayo del 68 en Francia. Cuando son de esta naturaleza, se denominan *espontáneos*, aunque sin menoscabo de su carácter de constituciones históricas. También están los *artificiales*, es decir, dispositivos que los analistas crean e introducen en la organización para proporcionar procesos de “puesta en marcha” y explicitación en una situación de intervención (Lourau, 1993).

A pesar de la escasa literatura sobre el tema, mucho se ha trabajado a partir de las primeras teorizaciones, lo que nos impulsa a cuestionar y avanzar el concepto. Ciertamente, la distinción entre lo artificial y lo espontáneo es problemática. Un analizador artificial no es menos histórico que lo espontáneo de la Revolución francesa. Esta distinción nos permitiría suponer que los interventores se encuentran desvinculados de todas las instituciones (históricas) que los cruzan al momento de establecer un analizador. Un analizador espontáneo, como lo fue la guerra para la situación de tratamiento en el Hospital de Saint Alban, a su vez no es menos construido que un artificio en una situación de intervención.

Algunos autores (Baremlitt, 1994; Ardoino y Lourau, 2003; Coimbra, 1995) asocian la actividad del analizador artificial con un dispositivo mundo. Entendemos aquí por *dispositivo* un tipo de ensamblaje de elementos heterogéneos, creado para situaciones específicas de intervención. Sin aspirar a la verdad o a una técnica cerrada, el dispositivo es un operador de intervención. Podemos intuir que un dispositivo puede convertirse en un analizador, si es capaz de poner alguna situación en análisis.

De la situación de la intervención socioanalítica podemos entender que los analizadores no son sólo pequeños artificios introducidos, sino que toda la situación de intervención puede entenderse como un analizador (Rodrigues, 2005). No es seguro que cada dispositivo sea un analizador, pero cada analizador es un dispositivo. Así pues, la evaluación “esto es un analizador” sólo puede hacerse *a posteriori*, debido a los efectos de las desviaciones realizadas.

Esta doble faceta del analizador —expresar un problema y provocar una desviación— está incluida en el paradigma de intervención del AI, retomando el sesgo de la producción de conocimiento y el análisis inseparables de la transformación de la realidad.

ALGUNOS Matices conceptuales de la investigación-
intervención y del análisis institucional en Brasil

El análisis institucional en Brasil comenzó con la visita de Lapassade al sector de psicología social de la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG) en 1972, y continuó su desarrollo y consolidación con la llegada de psicoanalistas argentinos exiliados a Brasil a partir de 1976. En 1978 se celebró el I Simposio Internacional de Psicoanálisis, Grupos e Instituciones y se creó el Instituto Brasileño de Psicoanálisis, Grupos e Instituciones (Ibrapsi). En 1982, Lourau y Lapassade asistieron al II Simposio Internacional de Psicoanálisis, Grupos e Instituciones y los miembros del Ibrapsi publicaron el libro *Grupos: Teoría y Técnica* (Lima, 2012). Los argentinos que radicaban en Río de Janeiro ya tenían una lectura de psicoanálisis, Lourau, Lapassade, Deleuze y Guattari, mientras trabajaban con grupos, influyendo en las metodologías de intervención y constitución del Análisis Institucional en Brasil.

Las experiencias brasileñas de intervención socioanalítica a partir de la década de 1970 incluyeron el trabajo con grupos, creando una amalgama *sui generis* que contrastaba con la experiencia francesa. Muchas de estas intervenciones están reportadas en dos libros: *Análisis Institucional en Brasil y Grupos e Instituciones en Análisis*, publicados respectivamente en 1987 y 1992. Se incluye el grupo como una herramienta poderosa, sin dejar de lado la crítica del funcionamiento y el análisis de encargo de los servicios. En el contexto del análisis institucional brasileño, se propone el concepto de investigación-intervención, radicalizando la propuesta de investigación-acción y la indisociabilidad entre la producción de conocimiento y la intervención social (Passos y Benevides, 2000; Aguiar y Rocha, 2003). En Lourau y Lapassade, aunque pueda observarse el distanciamiento del modelo psicosocial de Lewin, el término *investigación-acción* fue conservado por los sociólogos franceses (Lourau, 2003c).

El momento de la intervención es el momento de la producción teórica y, sobre todo, la producción del objeto y del sujeto del conocimiento. La investigación-acción tiene un utilitarismo en su acción. Apunta a un cambio en el comportamiento individual o social, y el cambio tiene este sentido de paso de una dinámica a otra ya determinada, tomando el orden social como naturalizado. La investigación-intervención cuestiona el “sentido” de cada acción, invirtiendo en los movimientos de metamorfosis, sin definir desde un punto de origen el objetivo por alcanzar, sino marcando una dife-

renciación de expresión singular. En este sentido, ya no hay sujeto y objeto, sino procesos de subjetivación y objetivación (Passos y Benevides, 2000). Al momento de la intervención se identifican los analizadores que indican los objetivos de esta, así como la forma en que se debe intervenir, manteniendo simultáneamente la génesis social del objeto de investigación y la génesis teórica y metodológica.

La intervención se une a la investigación no para reemplazar la acción, sino para producir otra relación entre sujeto/objeto y teoría/práctica. La investigación-intervención tiene por objeto explicitar las relaciones de poder del campo de investigación; una desnaturalización permanente de las instituciones, incluyendo la propia institución del análisis. La intervención está asociada a la construcción o uso de analizadores. La noción del investigador cosechada en el campo de la investigación cambia la actitud del análisis de las implicaciones. En lugar de la implicación afectivo-libidinal consciente del investigador, el análisis de las implicaciones hace un análisis del sistema de lugares ocupados, apuntando a las fuerzas extrapersonales que conforman los contextos institucionales. Al explicitar estas fuerzas se rompe la barrera entre el sujeto que conoce y el objeto por conocer, siendo necesarias nuevas metodologías de trabajo con las instituciones, ya que las provenientes de la investigación-acción aún mantenían un objeto previo, reificando la creencia de que cuantas más versiones se tengan de la realidad, mejor ésta podrá asirse.

La investigación-intervención está atenta al encargo, a la producción de la demanda, a la forma en la que se ofrece el servicio, a la totalidad de la intervención como análisis de las implicaciones, trabajando con analizadores.

CONCLUSIONES

Los conceptos desarrollados se refieren a la misma actitud hacia la producción de conocimientos y la intervención. Análisis del encargo, análisis de la oferta, análisis de la demanda, análisis de las implicaciones, transversalidad y analizador nos traen esta doble apuesta. Por un lado, que todo análisis es un análisis institucional, ya sea en el consultorio o en las organizaciones, afirmando la indisociabilidad entre la teoría y la práctica, entre el campo de intervención y el campo de análisis, entre forma instituida y proceso instituyente; por otro lado, se presenta la investigación-intervención como un paradigma de la producción de conocimiento implicado, impulsándonos

a promover intervenciones/investigaciones con nuevas metodologías que siempre lleven a cabo el movimiento de inclusión de las diversas realidades y el análisis de las implicaciones de las fuerzas en juego.

El trabajo de investigación, así como el trabajo de intervención socioanalítica, presupone una forma de relación sujeto-objeto, analista-cliente y teoría-práctica que los institucionalistas tomarán cada vez menos como un juego interpersonal. Si el análisis institucional tomó prestado el concepto de contratransferencia, éste lo disloca para pensar en una dinámica colectiva-institucional en la que los actores están implicados y cruzados por vectores determinantes para el análisis: género, edad, raza, posición socioeconómica y significados socioculturales que atraviesan ya sea al analista o al analizado. Con los conceptos de transferencia y contratransferencia institucional se activa toda una red de afecciones.

Sin embargo, estos conceptos se abandonan cuando Lourau y Guattari proponen en su lugar los conceptos de implicación y transversalidad. ¿Es apenas un intercambio de palabras? En realidad, identificamos un esfuerzo no sólo por desbaratar el subjetivismo inherente al juego transferencial, sino también la necesidad de dar cuenta de una dinámica de relaciones en la que las posiciones bien definidas ya no tienen cabida. Si en la dinámica de la transferencia y la contratransferencia, la relación dual sigue ocupando el centro, marcando la distinción de los lugares del analista y del analizado, con los conceptos de implicación y transversalidad se disuelve la oposición entre trans y contra. El campo implicacional tiene, entonces, una dinámica de transversalidad que no se hace por decisión, propósito o voluntad de alguien. El AI se interesa por la dinámica institucional a la que debe accederse mediante el análisis de las instituciones. Todo trabajo de intervención apunta a esta dimensión inconsciente de éstas.

La intervención, como método, indica la labor del análisis de implicaciones colectivas, siempre locales y concretas, para acceder a las instituciones y a los procesos de institucionalización.

El método de intervención guía un trabajo de investigación que en Brasil comenzamos a llamar investigación-intervención, y la dirección que toma este método es la búsqueda por acceder a los procesos, a lo que sucede entre los estados de cosas, entre las formas establecidas. La investigación-intervención en la inflexión brasileña de la institucionalidad define, por lo tanto, su plan de actuación entre la producción de conocimiento y la transformación de la realidad, ya sea de grupos, organizaciones o subjetividades, tomando a los analizadores como operadores clínico-políticos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguiar, K. y Rocha, M. (2003). Pesquisa-Intervenção e a produção de novas análises. *Psicologia Ciência e Profissão*, vol. 7, núm. 23, pp. 64-73.
- Ardoino, J. y Lourau, R. (2003). *As Pedagogias Institucionais*. São Carlos: RiMa.
- Balint, A. y Balint, M. (2002). Sobre Transferência e Contratransferência (1939). *Escola da Letra Freudiana. A contratransferência à luz do desejo do analista*. Río de Janeiro, año 21, núm. 29, pp. 9-14.
- Baremblytt, G. (coord.) (1984). *O inconsciente Institucional*. Petrópolis: Vozes.
- Baremblytt, G. (1994). *Compêndio de Análise Institucional*. Río de Janeiro: Editora Rosa dos tempos.
- Barros, R. B. (2004). Institucionalismo e dispositivo grupal. En H. C. B. Rodrigues y S. Altoé (coords.), *Saúde Loucura 8: Análise Institucional*. São Paulo: Hucitec.
- Coimbra, C. (1995). Os caminhos de Lapassade e da Análise Institucional: uma empresa possível? *Revista do Departamento de Psicologia-UFF*. Niterói, vol. 7, núm. 1, pp. 52-80.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1992). *O que é a filosofia*. Río de Janeiro: Ed. 34.
- Ferenczi, S. (1992). Elasticidade da técnica psicanalítica (1928). En *Psicanálise IV*. São Paulo: Martins Fontes.
- Freud, S. (2010). A dinâmica da transferência (1912). En *Obras Completas vol. x*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Freud, S. (2010). Recordar, repetir e elaborar (1914). En *Obras Completas vol. x*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Freud, S. (2010). Observações sobre amor transferencial (1915). En *Obras Completas vol. x*. São Paulo: Companhia das Letras, 2010.
- Freud, S. y Breuer, J. (2010). Estudos sobre Histeria. En: *Obras Completas vol. II*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Gallio, G. y Constantino, M. (1994). Françoise Tosquelles: A escola de liberdades. En A. Lancetti (coord.), *SaúdeLoucura 4: grupos e coletivos*. São Paulo: Hucitec.
- Guattari, F. (2004). *Psicanálise e transversalidade: ensaios de análise institucional*. Aparecida/São Paulo: Idéias & Letras.
- Heimann, P. (2002). Sobre a Contratransferência (1949). En *Escola da Letra Freudiana. A contratransferência à luz do desejo do analista*. Río de Janeiro, año 21, núm. 29.

- Lapassade, G. (1989). *Grupos, organizações e instituições*. 3a. ed., Rio de Janeiro: Francisco Alves.
- Lima, R. S. (2012). Análise Institucional no Rio de Janeiro entre 1960 e 1990. *Revista ECOS*, vol. 2, núm. 1, pp. 61-73.
- Little, M. (2002). “R” – A resposta total do analista as necessidades do seu paciente (1951). En *Escola da Letra Freudiana. A contratransferência à luz do desejo do analista*. Rio de Janeiro, año 21, núm. 29, pp. 55-68.
- Lourau, R. (1975). *A Análise Institucional*. Petrópolis: Vozes.
- Lourau, R. (1993). *René Lourau na UERJ – Análise Institucional e Práticas de Pesquisa*. Rio de Janeiro: Eduerj.
- Lourau, R. (1999). Educação Libertária. En: A. M. Jacó-Vilela y D. Mancebo (coords.), *Psicologia Social. Abordagens sócio-históricas e desafios contemporâneos*. Rio de Janeiro: Eduerj, pp. 113-167.
- Lourau, R. (2003a). Uma técnica de análise de implicações: B. Malinowski, diário de etnógrafo (1987). En S. Altoé (coord.), *Analista Institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2003b). Implicação e sobreimplicação (1990). En S. Altoé (coord.), *Analista Institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2003c). Implicação e Transdução (1994). En S. Altoé (coord.), *Analista Institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2003d). Processamento de texto (1994). En S. Altoé (coord.), *Analista Institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2003e). O campo socioanalítico (1996). En S. Altoé (coord.), *Analista Institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2003f). Implicação: um novo paradigma (1997). En S. Altoé (coord.), *Analista Institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Passos, E. y Benevides, R. (2000). A construção do plano da clínica e o conceito de transdisciplinaridade. *Psic Teor. e Pesq.* Brasília, vol. 16, núm. 1, enero-abril, pp. 71-79.
- Rodrigues, H. B. C. (1994). *As subjetividades em revolta: institucionalismo francês e novas análises*. Tesis de maestría-IMS/UERJ, Rio de Janeiro.
- Rodrigues, H. B. C. (1998). Um anarquista catalão: aventuras do freudo-marxismo na França. *Cadernos de Psicologia 1P/UERJ*. Rio de Janeiro, vol. 8, pp. 151-170.
- Rodrigues, H. B. C. (2005). “Sejamos realistas, tentemos o impossível!”: desencaminhando a Psicologia através da Análise Institucional. En A. M. Jacó-Vilela, A. Arruda Leal Ferreira y F. Teixeira Portugal (coords.), *História da Psicologia: rumos e percursos*. Rio de Janeiro: Nau, pp. 525-594.

- Rodrigues, H. B. C. (2006). Os anos de inverno da Análise Institucional francesa: dobra de si, desprendimento de si. *Rev. Dep. Psicol.* Niterói: UFF, vol. 18, núm. 2, julio-diciembre.
- Rodrigues, H. B. C. y Souza, V. L. B. (1987). A análise institucional e a profissionalização do psicólogo. En V. Kamkhagi y O. Saidon (coords.), *Análise Institucional no Brasil*. Río de Janeiro: Ed. Rosa dos Tempos.
- Saidon, O. *et al.* (1983). *Práticas Grupais*. Río de Janeiro: Editora Campus.

2. EL ANÁLISIS INSTITUCIONAL Y LA PROFESIONALIZACIÓN DEL PSICÓLOGO*

*Heliana de Barros Conde Rodrigues***

*Vera Lucia Batista de Souza****

EN LA ACTUALIDAD, el término *institución* parece estar de manera omnipresente en los discursos *psi*. Hace cerca de seis o siete años se viene incorporando de manera común en el lenguaje del psicólogo debido, en un inicio, a la influencia de los argentinos —Bleger, Malffé, Ulloa, etcétera— y, más tarde, a la de los franceses —básicamente Lourau y Lapassade—. ¹ Si limitáramos nuestro análisis al discurso universitario, docente y discente, tal vez pudiéramos

* Publicado en: V. L. Batista, A. Bauleo, H. Conde, J. O. de Brasi, A. M. Fernández, C. Pavlovsky, M. Percia y O. Saidon (1989). *Lo grupal*, núm. 7, Colección Propuestas. Buenos Aires: Ediciones Búsqueda, pp. 121-143.

** Profesora asociada de los cursos de Psicología y de posgrado en Políticas Públicas y Formación Humana (PPFH) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), Brasil. Libros recientemente publicados: *Ensaio sobre Michel Foucault no Brasil* y *As subjetividades em revolt*, ambos por la Editorial Lamparina. Correo electrónico: helianaconde@uol.com.br

*** Cuando escribió este artículo era profesora del curso de Psicología de la Universidad Santa Úrsula, en Río de Janeiro, Brasil.

¹ La psicología institucional, de origen argentino, resultó de la necesidad de los psicoanalistas argentinos de influir con su práctica en el movimiento político de su país. Constituye un movimiento que parte *del* psicoanálisis *para* la política y que encuentra en el trabajo con grupos, con las organizaciones, su forma de intervención por excelencia. De los franceses recibimos el análisis institucional: también con perspectiva política y transformadora, pero valiéndose principalmente de conceptos sociológicos y políticos, y sin el propósito de un análisis “psicológico”. Su dispositivo preferido de intervención es la “asamblea general”.

mos comparar su penetración con la que el término *estructura* tuvo en las décadas de 1960 y 1970. A propósito de dicho término, Kroeber (*apud.* Bastide, 1971: 7) ya afirmaba en su *Anthropology*: “La noción de estructura probablemente no es más que una concesión a la moda... no acrecienta absolutamente nada a lo que tenemos en mente cuando la usamos, salvo un estímulo agradable”. Este texto de Kroeber, a su vez, se ha vuelto tan famoso por el término que abordaba, en un momento en que los estructuralistas se debatían en una desesperada tentativa por circunscribir un uso conceptual para el término *estructura* y en la cual millares de páginas fueron llenadas.

Nuestro objetivo con el presente trabajo no es repetir esa historia. Pensamos que si el término *institución* está de moda, y es moda en el contexto universitario en el cual nos encontramos; no podemos conformarnos con señalar el modismo e intentar combatirlo conceptualmente. Necesitamos penetrar en esta moda, explicitar los discursos y ámbitos en los cuales surge. Dichos ámbitos remiten a diferentes prácticas concretas, históricamente situables. A su vez, los usos conceptuales necesitan, para tener algún sentido, intervenir de algún modo sobre dichas prácticas o, en caso contrario, nos veremos envueltos en un debate puramente nominal, epistemológico o teorístico. Vamos, entonces, a la moda, a la historia y a las intervenciones concretas.

INSTITUCIÓN, ¿UN MODISMO MÁS?

No es difícil percibir la moda y reconocernos en ella. Quién de nosotros no escuchó o pronunció frases como estas: “Debemos tener en cuenta la dimensión institucional”; “Hay que trabajar la institución y no a sus integrantes”; “El SPA² en calidad de institución”, “¿Cómo es la estructura institucional? (¡desesperación modística conceptual!)”; “Departamento de Psicología y SPA son dos instituciones bien diferentes”, “¿Es pertinente que haya una heladera en el consultorio de una institución?”³ “La institución escuela, la

² La sigla SPA significa servicio de psicología aplicada. Los fragmentos de discurso citados se refieren a nuestra experiencia en la Universidad Santa Úrsula, en Río de Janeiro. Se trata de un servicio universitario en el cual los estudiantes de Psicología realizan su práctica profesionalizante. Pensamos que la problemática aquí expuesta puede ser común a otros contextos universitarios.

³ En cierta ocasión presenciamos una prolongada discusión sobre la viabilidad técnica de atender pacientes en un consultorio del SPA de la Universidad Santa Úrsula, en el cual había una heladera. Lo conclusión a la que se llegó fue que se trataba de un “problema institucional”.

institución familia, la institución sujeto... (¡epa!), la institución capitalismo... (¿y ahora?); “La dialéctica permanente entre lo instituyente y lo instituido en las instituciones, nos lleva a pensar...”. Pero, ¿pensar cómo en medio de esta multiplicidad de sentidos, en la cual el término ya no acrecienta nada, salvo un cierto “tono”, o una cierta sensación de estar aprisionado, tal vez, entre “la heladera” y “la dialéctica”?

¿Cuáles son las relaciones entre dichos usos del término y las prácticas concretas de los agentes? ¿Qué significa por ejemplo “estar en institución”? ¿Significará simplemente limitar las fantasías profesionales? (Después de todo, quizá no podrían remover la heladera...). ¿O apenas tener en cuenta que en un determinado lugar existen reglas, horarios, jerarquía, y que se debe, por ejemplo, “usar reloj”⁴ porque también otros trabajan ahí? ¿Algo únicamente restrictivo, limitativo, camino de segunda categoría a recorrer, especie de purgatorio donde se pagará por los pecados para poder alcanzar el cielo del allá afuera, donde cada uno podrá ser “dueño de su nariz”? (De su consultorio privado por ejemplo, donde según este razonamiento no estaremos “en institución”). ¿“Estar en institución” sólo “instaura la falta” que produce el deseo de escapar de ella o, quien sabe, de siempre retornar a ella para lamentarnos de todo lo que no nos permite?

En otro sentido, parece ser la institución la que debe “ser trabajada”... Y en este caso, ¿es ella la que demanda y a ella la que atendemos? De pronto, quien pensaba escuchar sujetos (supuestamente opuestos a dicha “institución”) debe aprender a “escuchar a la institución”, “hablar a la institución” “tratar (!!!) a la institución”... Nos vemos de repente rodeados de organigramas, flujogramas, jefes y subordinados, relaciones de trabajo, relaciones de poder..., ¡la palabra mágica! Nos vemos transformados en el cordero que “entiende las relaciones de poder”, disfrazado del lobo feroz de la psicología de las organizaciones. Pues a veces parece que, en realidad, el psicólogo es el único inmune a dicho poder, el único capaz de señalarlo, de denunciarlo, de escucharlo, de verlo, aunque difícilmente consiga realmente tocarlo o modificarlo. En cuanto a aquel que le delegó el poder, poco importa: trabaja la institución, es ella su objeto, su “cliente” original, aunque aparezcan reglas. En la escuela, por ejemplo, huya del trabajo con el alumno que “huele a modelo clínico”. En la empresa, no trabaje con los subordinados que recuerdan

⁴ Este punto causó cierta polémica entre los alumnos que realizaban su práctica en el SPA de la Universidad Santa Úrsula, cuando en una reunión de entrenamiento se discutió la necesidad o no de disponer de reloj para atender a los clientes.

“la adaptación del sistema”. *Institución* remite a los directores, profesores, jefes, gerentes y documentos. Un poco *public relations*, un poco “archivista curioso”, disfrácese ahora de cordero para esconder al lobo feroz que existe en su interior: está contratado para organizar, corregir, tratar. Pero cuando descubra por dónde anda ese poder...

Sin embargo, en estos discursos de moda hay algunos que destacan por su complejidad. Las *instituciones* se tornan vagas, parecen fluctuar o estar en todos los lugares, poseer dimensiones, momentos, fuerzas. Infelizmente, en este caso, la impresión es que no hay mucho qué hacer porque ¿cómo trabajar lo que no se ve, oír sin saber a qué a o quién? Si hasta el sujeto —antes supuestamente tan concreto y visible— se tornó una “institución”... De pronto no estamos más *en* una institución, no tratamos más a la institución, pero estamos, por ejemplo, *atravesados* por la institución. Desprofesionalizados, dislocados de nuestro campo discursivo habitual, cuestionados en cuanto a nuestro referencial teórico, mezclados con otros trabajadores de especialidades diferentes... ¿será que no perdamos demasiado por ganar apenas un discurso bonito?

El tono irónico de las descripciones anteriores pretende ser provocador de una necesidad: investigar y explicitar la historia del término *institución* en su articulación necesaria con las prácticas concretas que a cada momento le son asociadas. Esto porque nuestra “moda” parece condensar, en el presente, momentos y prácticas diferentes, con presupuestos diferentes y consecuencias distintas para la acción del profesional.

LA MODA TIENE HISTORIA

Una historia europea, eminentemente francesa, se nos impone aquí.⁵ No la recorreremos necesariamente en el mismo orden ni con el mismo ritmo; no la vivimos de igual manera, pero la heredamos o la importamos pagando, por eso, el precio de la confusión, de la ambigüedad y, a veces, de la paralización. No nos proponemos aquí describir nuestra *historia* —trabajo aún a ser emprendido—, sino pensar las consecuencias en nuestra práctica de la importación masiva de un recorrido conceptual y de intervención ajeno.

⁵ Optamos por la historia de los usos de *institución* en su versión francesa, porque en este contexto aparece de forma más clara la preocupación con su elaboración conceptual. La corriente argentina parece haberlo empleado principalmente en los dos primeros sentidos que explicitamos en el texto.

Según Lapassade (1977: 202), podemos remontar el énfasis actual del término institución a la noción de psicoterapia institucional. Aunque elaborada desde la década de 1940, aparece “oficialmente” en 1952 en una comunicación de Daumezon y Koechlin. En el mismo año, Maxwell Jones define las comunidades terapéuticas y no resulta difícil percibir las analogías entre los dos movimientos dado que, en este primer momento, se piensa *institución* como *establecimiento* de cuidados, en un sentido doble: un establecimiento que merece ser cuidado (terapeutizado) y que, de este modo, puede ser movilizado al servicio de la acción terapéutica —los enfermos serían curados por la *institucionalización*, o mejor, por la participación activa en las transformaciones institucionales.

La ampliación del sentido de esta primera concepción, originaria del movimiento de psicoterapia institucional, responde por la mayor parte de los usos que hacemos actualmente del término. Son *instituciones*, entonces, todos los *establecimientos* u *organizaciones*, con existencia material o jurídica: escuelas, hospitales, empresas, asociaciones, etcétera. Dicho sentido se encuentra presente en afirmaciones como: “trabajo en una institución”, “estamos en una institución” o, en nuestro contexto universitario particular, “el SPA es una institución” (afirmación que más adelante discutiremos).

En un segundo momento, aún según Lapassade, se llegó a la idea de que las *instituciones* serían *dispositivos* instalados dentro de los establecimientos, y no más estos mismos. El trabajo institucional consistiría, en este caso, en una actuación que hiciera uso de tales dispositivos. Como ejemplo podríamos pensar en *instituciones* como grupos operativos, grupos de discusión, asambleas, equipos de trabajo, consejos de clase, etcétera, instaladas en el interior de establecimientos como escuelas, hospitales, empresas, etcétera.

A primera vista, no parece que dicho uso del término haya tenido reflejos evidentes entre nosotros, al menos en cuanto al hecho de llamar dispositivos a esas instituciones. Esto raramente ocurre. Sin embargo, el sentido de institución-dispositivo está presente, transformado en “técnicas de trabajo institucional”. Así, aprender a trabajar en instituciones (establecimientos) sería adquirir informaciones y prácticas en cuanto a tales dispositivos. Las técnicas grupales, en sus diferentes modalidades, suelen surgir como “ideales para el trabajo institucional”. O mejor, en nuestra “babel terminológica”, conocer tales técnicas y saber manejarlas calificaría, al menos parcialmente, al “trabajador institucional”, el “perito” o “especialista” en instituciones.

En nuestro contexto universitario específico, por ejemplo, esa concepción surge en afirmaciones como: “la terapia de grupo es ideal porque esta-

mos en el SPA, una institución”, “trabajo en una escuela (u hospital) y hago, por lo tanto, grupos”. El trabajador es aquí un “técnico en dispositivos”, y la *institución* permanece identificada con el establecimiento o la organización. Este simple hecho demandaría el uso de ciertas técnicas en detrimento de otras.

Pero el tercer momento citado por Lapassade nos trae sorpresas; son los movimientos antiinstitucionales (antipsiquiatría, antiescuela, etcétera), en su opinión, los que introducen en la actualidad un sentido conceptual y no meramente empírico del término *institución*. Por ello considera que esos movimientos son los primeros que podrían reivindicar, en un sentido estricto, la práctica (conceptual y concreta) de un análisis institucional. Acompañemos la argumentación del autor:

Cuando Ivan Illich, por ejemplo, cuestiona la forma general, mundial de la universidad, la adopción en todas partes de esta forma general de las relaciones de formación, llamada *escuela*, no habla de los establecimientos escolares y universitarios, sino de un dato más fundamental, de una elección general y estructural que surge en un determinado momento de la historia, y que aparece más tarde en todas partes. Y eso es *institución*, ese producto de la sociedad instituyente en un momento dado de su historia. Lo mismo ocurre con el enclausamiento de la locura, que es *institución* de la enfermedad mental y de la *separación* entre los “locos” y las “personas normales” y que no se realiza en todas las sociedades (así, el “poseído” no es ni un “loco” ni un “enfermo mental” en el sentido de que nosotros lo entendemos). También, en este caso, la antipsiquiatría hace al análisis institucional de la locura que el establecimiento psiquiátrico instrumentaliza (Lapassade, 1977: 202-203).

Encontramos en el texto una conceptualización del término *institución* que escapa al empirismo (*institución*=establecimiento) y al pragmatismo y profesionalismo (*institución*=técnica). La institución aparece como algo inmediatamente problemático, como algo no localizable: *forma* que produce y reproduce las relaciones sociales o *forma general* de las relaciones sociales, que se instrumentaliza en establecimientos o dispositivos.

Volvamos a Lapassade con la intención de explicitar otras notas distintivas del concepto:

Si en estas condiciones el término *institución* se conserva a pesar de todas las dificultades que provoca... [es] sobre todo porque este término conserva en

el propio uso el sentido que la etimología le da; su sentido activo de mantener en pie la máquina social y hasta de producirla (vertiente de lo instituyente) y también vertiente de lo instituido, no para significar el establecimiento sino porque la noción de lo instituido remite a formas universales de relaciones sociales que nacieron originariamente en una sociedad instituyente y que nunca son definitivas sino que, por el contrario, se transforman y hasta pueden entrar en el tiempo de su ocaso (Lapassade, 1977: 204).

Dentro de esta concepción, las corrientes antiinstitucionales serían institucionalistas (en sentido conceptual) porque revelan que la institución no es una *naturaleza*. Ciertas prácticas tomadas como universales (por ejemplo, en el campo de la psiquiatría y de la educación) instrumentalizan determinadas hipótesis de base (separación enfermos mentales-normales, maestro-alumno, por ejemplo) que deben ser interrogadas en primer lugar, a propósito de las condiciones históricas de su producción y reproducción.

En un intento personal de definición, diríamos que *institución* es producción; es actividad. Esto se torna rápidamente en algo problemático debido a que tal producción no es algo localizable de forma empírica. Dentro de esta línea de pensamiento, podría ser concebida como una especie de inconsciente político que instituye nuevas realidades, siempre separando, siempre dividiendo. En este movimiento, *transforma* relaciones y prácticas que se presentan, como forma general y natural, en otras relaciones y prácticas que se presentarán (se mostrarán) de la misma manera y a través de las cuales la *institución* se instrumentaliza.

El objetivo del análisis institucional sería traer a luz esa dialéctica instituyente-instituido de manera generalizada (en todos los ámbitos y realizada por todos). Para conseguirlo, puede intervenir *en* establecimientos y *con* dispositivos, pero siempre intentando entender a la institución como algo activo.

En este punto cabe indagar acerca de los efectos de esta conceptualización sobre nuestras concepciones y prácticas. Volvamos, para tomar un ejemplo, a la expresión “el SPA es una institución”. ¿El SPA sería realmente una institución considerada en este tercer sentido? ¿O sería mejor indagar acerca de las instituciones que se instrumentalizan en la organización o establecimiento SPA, y en sus prácticas? En este caso, aparecen nuevas preguntas: como suborganización de una organización de enseñanza, ¿cuáles son las relaciones que se producen y reproducen allí?; en tanto que organización dentro del aparato de salud mental, ¿cuáles son las relaciones

que allí se producen y reproducen? Pensado de esta manera, el campo de *instituciones* (en sentido conceptual) parece casi infinito: allí se instrumentalizan instituciones como la formación, la supervisión, la evaluación, la psicología, el psicoanálisis, el dinero, el contrato, la subjetividad, la salud mental, el dominio de lo privado, etcétera. Lógicamente, no todas de la misma manera ni con el mismo énfasis. Es necesario pensar en jerarquías, en direcciones, en agentes, en vínculos entre instituciones (en sentido conceptual) y entre organizaciones en procesos de producción y de reproducción, en puntos de resistencia mayores y menores, en movimientos instituyentes y prácticas instituidas, en acontecimientos reveladores y en rituales ocultadores. Todo un nuevo campo de reflexión se abre, una nueva problemática se pone en discusión.

Si se toma en cuenta que nuestra situación específica es la de docentes en un establecimiento que instrumentaliza, entre otras, la institución formación-profesional-en-psicología, nos gustaría dedicar el siguiente apartado de este artículo a dos problemas específicos: ¿Cómo se articula el sentido conceptual de institución (y por lo tanto de análisis institucional) con la práctica profesional concreta del psicólogo? ¿En qué se distingue dicha articulación de aquellas que estarían implicadas por los otros sentidos (institución=establecimiento e institución=dispositivo)?

ANALISTA INSTITUCIONAL: ¿PROFESIÓN IMPOSIBLE?

En el apartado anterior, establecimos una comparación entre dos sentidos que podrían estar implicados en la expresión: “El SPA es una institución”. En un primer sentido, la afirmación indicaría que el SPA es una organización que ocupa un espacio físico determinado, tiene sus normas y sus leyes, y reúne a un grupo de personas que trabajan en él con un objetivo determinado (institución=establecimiento). En un segundo sentido, el SPA es una organización (o establecimiento) que *instrumentaliza* una serie de instituciones, entre las cuales se destaca la institución formación profesional. A su vez, en esta instrumentalización aparece una serie de dispositivos y prácticas como, por ejemplo, la evaluación y la supervisión.

Si abordásemos una escuela, un hospital o una empresa determinada, podríamos hacer consideraciones semejantes. Mediante esta reflexión se torna claro, por ejemplo, que la clásica división de las “áreas” de la psicología (clínica, escolar e industrial) remite al primer sentido del término (insti-

tución=establecimiento), y puede o no implicar un abordaje institucional (institución como concepto, según como sea pensada por el análisis institucional). Esto porque, si hablamos de análisis institucional, en todos los casos, se impone una reflexión sobre el encargo y sobre el cliente. Sobre este aspecto, Lapassade afirma:

Se puede decir entonces, que si el análisis institucional toma al pie de la letra encargos de intervención que son análisis de establecimientos, se convierte en un análisis organizacional en el sentido más trivial del término, o mejor dicho en un sentido que ni siquiera tiene en cuenta la organización como proceso, captándola solamente como producto, sistema y disposición instrumental, como conjunto práctico organizado para determinados fines. Para que exista un análisis institucional distinto de las otras operaciones de intervención, es necesario que el albo sea la institución que se instrumentaliza en una organización social determinada, en un establecimiento-cliente (Lapassade, 1977: 203).

O sea, que en este sentido, para el análisis institucional no hay institución-cliente, dado que el cliente (aquel que encarga) siempre es un grupo, un establecimiento, una organización. De manera paradójica, por otro lado, no hay análisis institucional cuando se atiende al encargo del cliente, lo que hay en este caso es un trabajo de desarrollo organizacional, psicología institucional, psicología o como sea que se llame. Y ello, sea cuales fueran las técnicas o dispositivos, por más grupales que sean, que se utilicen en el trabajo.

Estas reflexiones sugieren que se coloque en discusión la posibilidad del analista institucional en cuanto profesional y la especificidad de su práctica. ¿Qué sería, por ejemplo, practicar análisis institucional a partir del encargo de una organización-cliente determinada (como el SPA)? ¿Qué demandaría el cliente? ¿Cuál sería el objetivo del analista institucional?

Como hipótesis podemos decir que el cliente demandaría mejoría o cambio en las relaciones organizacionales, mayor eficacia en la obtención de los objetivos propuestos, mayor flexibilidad en las orientaciones teóricas, alteración en las relaciones supervisores-estudiantes practicantes, modificaciones en los criterios de selección y evaluación. A su vez, el analista institucional tendería a intervenir no a nivel de la organización-producto (dispositivos y objetivos naturalizados), sino a nivel de la(s) institución(es) que se instrumentaliza(n) en la misma, en este caso específico, problematizando la formación profesional, la supervisión, la evaluación y la selección.

Es por eso que Lapassade, al recoger los problemas del análisis institucional, afirma:

En su punto límite, en su principio mismo, la Intervención institucionalista es un emprendimiento imposible; en efecto, contrariamente al trabajo de los psico-sociólogos intervencionistas y consejeros en organización, su objetivo no es una terapia social, un mejoramiento, sino por el contrario una subversión de lo instituido. ¿Quién puede pedirla? (Lapassade, 1977: 202-203).

¿Emprendimiento “en su límite imposible”? ¿Será entonces que lo que en realidad practicamos no es el análisis institucional, que nos está vedado en tanto profesionales? ¿Se tratará más de una “revolución” conceptual que, en caso de ser concretamente instrumentalizada, estará irremediabilmente condenada a volverse no la peste pero sí la moda? Analista institucional, ¿una profesión imposible?

También “en su límite” quizá sean afirmativas las respuestas a todas esas preguntas. Incluso pensamos que es necesario formularlas para poder responderlas. La paralización del pensamiento y de la práctica que este procedimiento parece implicar, es decir la conclusión de que después de todo el “análisis institucional” no sirve para nada”, se torna *apenas aparente* en caso de que logremos realizar el análisis (institucional) de estas mismas preguntas y respuestas.

Entonces veamos: preguntamos acerca de la posibilidad, eficacia o utilidad del análisis institucional a partir del lugar de organizaciones-cliente, es decir, como corporación de profesionales o aspirantes a profesionales de psicología. Por medio de estas preguntas formulamos algo comparable al encargo de un establecimiento que pidiera una terapia social, un mejoramiento. Las respuestas afirmativas toman esta demanda al pie de la letra, dentro de una línea que procura exclusivamente el desarrollo organizacional, y nos dicen: sin duda el análisis institucional no profesionaliza.

Intentemos abordar las preguntas como analistas institucionales. En este caso preguntaríamos: ¿qué instituciones son instrumentalizadas en las preguntas anteriores e, incluso, en las respuestas que se mantienen al nivel del encargo del cliente? En una primera aproximación responderíamos: la institución *profesión-psicólogo*, sus especializaciones, la delimitación de sus áreas de competencia; la institución *formación-profesional-psicólogo*, la producción de sus especializaciones y áreas de competencia. Gracias a estas nuevas preguntas y respuestas, podemos percibir que en las primeras se ins-

trumentalizan algunos instituidos resistentes, a saber: que la profesionalización de todo saber y de toda práctica es una especie de hecho natural (luego, el análisis institucional debe y sólo puede ser una profesión); que, según esta línea de pensamiento, lo que no es profesionalizable o profesionalizador debe ser inmediatamente criticado y abandonado; que sólo se puede hacer una pregunta si da origen, inmediatamente, a la implementación pragmática de su solución, o mejor, que su valor como pregunta sólo es mensurable por la eficacia inmediata de su respuesta.

Sería útil recordar en este momento —si queremos hacer más amplio y claro este argumento— una pregunta dirigida con enorme frecuencia a los antipsiquiatras: ¿Qué van a hacer, concretamente, por los enfermos mentales? Esta pregunta es, en todos sus aspectos, semejante a la formulada al Análisis Institucional: ¿Qué van a hacer, concretamente, por los psicólogos en tanto que profesionales? En lo que se refiere a la pregunta propuesta a los antipsiquiatras, para Lapassade:

no la responden solamente las comunidades terapéuticas anti-psiquiátricas, sino se hace por la inscripción de esta problemática institucional en el movimiento de la historia; por el hecho de que los escritos y las prácticas publicadas por los anti-psiquiatras engendran entre los jóvenes psiquiatras interrogaciones que no son efectos de la moda y la barbarie, sino por el contrario, una interrogación necesaria acerca de la institución de la enfermedad y de los prácticas que le son asociadas (Lapassade, 1977: 204-205).

Retomando la consideración anterior de que los antiinstitucionalistas son los más claros analistas institucionales, podemos, por analogía, decir: la pregunta formulada al análisis institucional no se responde sólo por intervenciones concretas relativamente bien hechas, sino por el hecho de que engendran entre los psicólogos indagaciones necesarias sobre nuestra profesión en tanto que *institución*, sobre su aparición histórica en un momento determinado, sobre nuestro lugar de pericia en el contexto social y en suma, sobre nuestra implicación⁶ en la práctica y en la investigación.

¿Qué significa este análisis sobre la implicación del profesional que se dice analista antiinstitucional? Podemos partir del hecho de que se trata de

⁶ El análisis institucional contraponen la implicación del analista al distanciamiento con relación al objeto (neutralidad analítica), propuesta por el cientificismo positivista. Para un tratamiento detallado de este concepto, consúltese Loureau *et al.* (1977: 23-41).

un profesional, e decir alguien que ejerce una actividad determinada de la que depende para su supervivencia, en otras palabras: alguien cuyo trabajo debe ser *pagado*. ¿Quién paga el análisis institucional? ¿Cuál es la dependencia que se establece en relación a quien paga? ¿Cuál es la dependencia que nuestro supuesto analista institucional tiene en relación con su trabajo? La cuestión del *dinero*, señalado como analizador de base⁷ por los analistas institucionales franceses, aparece como elemento fundador en este análisis de implicación. (Recordemos que estos analistas proponen, por ejemplo, la autogestión del pago y que muchas veces no reciben remuneración alguna por su trabajo, consiguiendo recursos para sobrevivir mediante otras fuentes, como la docencia, los derechos autorales, etcétera).

“Aceptar ser especialista de Análisis Institucional significa aceptar su lugar en la división del trabajo...” (Ville, en Lourau *et al.*, 1977: 101). ¿Por qué aceptamos, en tanto psicólogos? El hecho de ser psicólogos define, aparentemente, las demandas que atendemos como *psicológicas*, pero, como bien sabemos, el análisis institucional tiene un contenido casi exclusivamente *político*. ¿Por qué razón, dentro de nuestro contexto, el análisis institucional es “apropiado” principalmente por los psicólogos? ¿Qué inquietudes, insatisfacciones y carencias de la psicología nos revela, o quizá hasta nos oculta, este intento de apropiarnos de él como forma privilegiada de intervención? ¿Podemos suponer que haya un cierto cuestionamiento de la propia división del trabajo, una resistencia a detenernos dentro de los límites instituidos como *psi*? ¿O se tratará más bien de una tentativa de atraer las cuestiones políticas para el área de intervención *psi*? Pensamos que la mayor dificultad consiste —como el análisis institucional lo propone— en llevar este tipo de cuestionamiento al cliente, en realizar *con él*, el análisis de nuestra implicación, en cuestionar *nuestra práctica* nuestro papel de peritos. Y esto porque el problema fundamental que de inmediato se colocará será el siguiente: ¿Seremos capaces de soportar el riesgo de la desprofesionalización a la que este cuestionamiento nos conduce?

Como conclusión parcial, podemos decir que si el análisis institucional no profesionaliza, éste no es un *defecto* sino su *efecto*: al exigir un permanente análisis de la implicación del psicólogo en la intervención que

⁷ *Analizador*: acontecimiento, individuo, práctica o dispositivo que revela, en su propio funcionamiento, lo impensado de una estructura social (tanto el no conformismo con lo instituido, como la naturaleza de lo instituido mismo). Los honorarios de los analistas, negociados al interior de la intervención, lo convierten en analizador de base tanto para la organización-cliente como para el *staff* analítico. Sobre este concepto, ver Lapassade (1979).

lleva a cabo, provoca el cuestionamiento de la “naturalidad”, tanto de su lugar de perito como de su supuesto objeto natural (ya que “lo psíquico” o “el individuo” ¿no podrían también ser considerados instituciones?). Profesión imposible en su límite último, pero también es, por definición y propuesta, *profesión permanentemente en crisis o lugar de la desprofesionalización inminente*. Y esto en los más variados ámbitos organizativos: la investigación, la práctica y la formación. Una óptica, un desafío, una propuesta, y no simplemente un lugar, algunas técnicas o un conjunto de términos teóricos.

¿QUIÉNES SON LOS INSTITUCIONALISTAS?

El argumento que hasta aquí desarrollamos se debe, en gran parte, a nuestra inserción en los conflictos —paradójicamente llamados profesionales— que se dan en nuestra práctica universitaria (de docencia y de supervisión). En ella venimos observando la constitución tímida y de fronteras bastante inestables de un grupo de formadores que podríamos llamar institucionalista y en el cual nos incluimos. Ya por concluir el presente trabajo, nos planteamos la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que hace que nos llamemos “institucionalistas”?

En nuestra opinión, nos denominamos institucionalistas no tanto por claridad conceptual (como este artículo lo demuestra), sino por un cierto grado de acuerdo respecto a ciertos puntos, llamados por ello, de “convergencia”. Lo que desarrollaremos a continuación constituye una tentativa de sistematizar algo que, en la práctica cotidiana de cada uno de nosotros, en realidad es asistemático y vivido más como clima de acuerdo que como profundización realizada efectivamente y de manera colectiva por los institucionalistas. ¿Qué nos une entonces? Quizás —sólo en tanto que hipótesis provocadora— sea una cierta convergencia respecto a estos cuatro puntos que siguen.

El cuestionamiento de las formas de investigación clásicas, tradicionalmente aceptadas como “científicas”

¿Qué ha considerado la universidad en general —y en particular, los cursos de psicología— como *investigación*? Sin duda, un conjunto de *técnicas* que

llevan, embutidas como sus presupuestos, las ideas de la separación entre teoría-investigación y especialista neutro. Sin embargo, en ciertas prácticas docentes y de supervisión, del mismo modo que en propuestas curriculares nuevas, también asistimos a la crítica de esta política positivista de investigación, a través de la prioridad atribuida a la *investigación-acción* o *investigación-intervención*. La antigua propuesta lewiniana está siendo resignificada a la luz del pensamiento institucionalista; actualmente no se trata de una metodología con justificaciones epistemológicas, sino de un dispositivo de intervención en el cual se afirma el acto político que toda investigación constituye. Esto porque en la investigación-intervención se acentúa continuamente el vínculo entre el origen social y el origen teórico de los conceptos, el cual se niega implícita o explícitamente, en las versiones positivistas tecnológicas de investigación. Si bien es cierto que también surgen nuevos modelos o paradigmas basados en la investigación-acción, también es cierto que estos se alejan cada vez más de los neutralismos y artificialismos. Inspirados en la clínica y en la antropología, se aproximan a los movimientos políticos: dentro de esta perspectiva, el investigador se transforma en un dispositivo que intenta dar voz al acontecimiento político, al experimento social.

El cuestionamiento de los especialismos profesionales instituidos

En *El psicoanálisis*, Robert Castel afirma algo que es obvio: “la psicología psicologiza”. Ya lo sabemos: se produce el perito psicólogo del mismo modo que se produce el individuo de la vida íntima. Pero también podemos preguntarnos: si bien es cierto que trabajamos con niveles psicológicos (o psicologizados) o, para ser más complacientes, con niveles microsociales —individuos, grupos, organizaciones— y que es a ese nivel que se da nuestra *intervención*, no es tan claro que sea a ese nivel en el que nuestro *análisis* deba situarse. A partir del lugar que nos fue histórica y legalmente designado, ¿no será posible realizar un desplazamiento estratégico? Por ejemplo: ¿quién demanda nuestra intervención?, individuos determinados, grupos específicos, la escuela x, la comunidad y, etcétera. ¿Qué aparece en nuestra intervención?, ¿el nivel de lo existencial, de lo vivido, de lo cotidiano, de lo...psicológico? ¿Cómo actuamos? Analizando, coordinando el análisis, provocándolo, instrumentalizándolo. Pero ¿este análisis se situará necesariamente en el nivel —digámosle *psi*— en el que se da la intervención?

¿Tendremos siempre que psicologizar y despolitizar porque éste es nuestro especialismo instituido?

El énfasis en el análisis de la implicación

Casi la totalidad del presente artículo explora cierto concepto de *institución* en el que ésta no se confunde con la organización en la que trabajamos (determinada escuela, cierta comunidad, por ejemplo) ni con las técnicas particulares con que intervenimos (dramatizaciones, grupos de discusión, etcétera). Definimos *institución* (en el sentido que le ha dado el análisis institucional *strictosensu*) como ciertas formas de relaciones sociales, tomadas como generales, que se instrumentalizan en las organizaciones y en las técnicas, siendo en ellas producidas, re-producidas, transformadas o subvertidas.

También los institucionalistas (o analistas institucionales) instrumentalizan instituciones (produciéndolas, reproduciéndolas, transformándolas o subvirtiéndolas). El análisis de esta instrumentalización constituye el de la implicación ¿de qué modo? ¿Qué relación tiene esta idea de implicación con el concepto propuesto de *institución*?

No nos parece, al contrario de lo que piensan ciertos autores, que la cuestión principal pueda resumirse a la necesidad de analizar la manera de relacionarse de quien interviene con los individuos, grupos y organizaciones con los que trabaja. Nos encontramos aquí en el nivel de las identificaciones, de las rivalidades o, como máximo, de las alianzas y conflictos políticos dentro, por ejemplo, de cierta organización. Esto constituye lo que acostumbra llamarse *contratransferencia* del analista que, llevada a un nivel más político se denomina *contratransferencia institucional* (nosotros la llamaremos organizacional). Cuando hablamos de análisis de implicación, no nos referimos sólo, y ni siquiera principalmente, a esto. Nos referimos al análisis de los vínculos (afectivos, profesionales y políticos) con las *instituciones en análisis* en aquella intervención, en una u otra organización y, de un modo más general, al análisis de los vínculos (afectivos, profesionales y políticos) con *todo el sistema institucional*. Ejemplificando: si un grupo de practicantes de psicología de una universidad particular lleva a cabo una intervención en una escuela pública, ¿qué se incluiría en el análisis de las implicaciones? Sin duda que las identificaciones y rivalidades entre los analistas y los alumnos, los profesores, la dirección, etcétera. Pero, según

nuestro punto de vista, incluye fundamentalmente los vínculos con las instituciones en análisis (la institución universidad y la institución escuela, de manera más evidente) y los vínculos con todo el sistema institucional (el público y el privado, el dinero, la comunidad científica, el Estado e, inclusive, ¡la propia institución del análisis institucional!).

Cuando esta idea de implicación se generaliza a todos los agentes y grupos sociales implicados, y no se limita solamente a los llamados analistas, deriva en la idea de *transversalidad*. Individuos, grupos y organizaciones se vinculan de un modo u otro, tanto con las instituciones en análisis como con todo el sistema institucional. De este modo se rompe la ilusión de la totalidad cerrada. Nadie es más, sólo lo que aparenta ser (miembro de un grupo, por ejemplo). Quizás sea una manera de entender la enigmática afirmación de que “estamos atravesados por las instituciones”, como también de pensar el coeficiente de transversalidad⁸ alcanzado en nuestras intervenciones y análisis.

El análisis de la institución del análisis institucional

Este punto de convergencia constituye una necesidad que se instaura a partir de una evidencia: al menos dentro del contexto de Río de Janeiro, las prácticas autodenominadas de análisis institucional vienen siendo desarrolladas casi exclusivamente por profesionales *psi*. Psicólogos, psicoanalistas (a veces expsicoanalistas) y fundamentalmente, profesionales *psi* ligados a la institución escuela (los antiguos “psicólogos escolares”).

¿Por qué motivo? ¿En qué direcciones funcionan? ¿Qué demandas producen? ¿A cuáles intereses atienden? ¿En qué contextos intervienen? ¿Con qué nivel de poder y prestigio? ¿A cuáles grupos se alían y a cuáles se oponen? Estas preguntas no son simples ni pueden recibir respuestas totalizadoras y *a priori*; requieren de un análisis de implicaciones contextualizadas y al interior de intervenciones concretas. Por ejemplo: ¿Cómo comparar *a priori*, digamos, una investigación-acción institucional realizada en una guardería comunitaria a pedido de una asociación de habitantes por maes-

⁸ En el artículo “La transversalidad”, publicado en *Revolución Molecular*, Félix Guattari utiliza para ilustrar la noción de coeficiente de transversalidad la siguiente analogía: “Coloquemos en un campo cerrado caballos con vísceras regulables y digamos que el ‘coeficiente de transversalidad’ será justamente la regulación de las vísceras. A medida que vayamos abriendo las vísceras, podemos imaginar que la circulación se irá realizando de manera más armoniosa” (1985: 96).

tros de psicología, la supuesta postura institucional de los psicólogos del municipio de Río de Janeiro en su actuación junto a las escuelas de la red pública y las intervenciones realizadas por grupos privados, en calidad de empresas o asociaciones de analistas institucionales, a pedido de la dirección de establecimientos públicos o privados? Al rechazar los análisis totalizadores y apriorísticos, percibimos que los conceptos que podamos llegar a producir teóricamente sobre este punto son inseparables de su origen social. Éstos piden análisis de nuestra implicación en tanto que profesionales *psi* llamados institucionalistas, en los cuales podamos poner en práctica cierta capacidad de interrogación, en vez de adherirnos a formas determinadas de corporativismo o de defensa de intereses profesionales comunes, ya que, si el análisis institucional a veces aparece como una valiosa propiedad de los psicólogos, el análisis de esta institucionalización constituye el más nuevo desafío al que nos enfrentamos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bastide, R. (1971). *Usos e Sentidos do Termo Estrutura*. São Paulo: USP.
- Castel, R. (1978). *O Psicanalismo*. Río de Janeiro: Graal.
- Guattari, F. (1985). *Revolução Molecular*. São Paulo: Brasiliense.
- Lapassade, G. (1977). El encuentro institucional. En R. Lourau *et al.*, *Análisis institucional y socioanálisis*. México: Nueva Imagen.
- Lapassade, G. (1979). *El analizador y el analista*. Barcelona: Gedisa.
- Lapassade, G. (1980). *Socioanálisis y potencial humano*. Barcelona: Gedisa.
- Lourau, R. A. (1975). *El análisis institucional*. Petrópolis: Vozes.
- Lourau, R. *et al.* (1977). *Análisis institucional y socioanálisis*. México: Nueva Imagen.
- Lourau, R. (1981). *La intervención institucional*. México: Folios.
- Saidon, O. *et al.* (1983). *Práticas Grupais*. Río de Janeiro: Campus.

3. NOTAS ACERCA DEL CONCEPTO DE IMPLICACIÓN Y SU USO EN LA INVESTIGACIÓN-INTERVENCIÓN INSTITUCIONALISTA

*Roberta Carvalho Romagnoli**

LA PROPUESTA INSTITUCIONALISTA: CONOCIMIENTO Y TRANSFORMACIÓN/INVENCIÓN

EL INSTITUCIONALISMO ES un movimiento plural que reúne diversos valores y prácticas sin restringirse a una sola escuela. Hay múltiples corrientes institucionalistas con afinidades y diferencias teóricas, metodológicas y políticas. Barembliitt (1992) las clasifica como: 1) sociopsicoanálisis de Gerard Mendel, que establece la unión entre el psicoanálisis y el materialismo dialéctico, y se propone pensar las regresiones institucionales de lo político a lo psíquico, buscando una sanación colectiva que le permita a cada clase recuperar su poder institucional; 2) el análisis institucional de René Lourau y Georges Lapassade, también conocido como socioanálisis que, con base en la dialéctica de Hegel, enfoca su labor en los dispositivos analizadores buscando hacer emerger lo instituyente, y 3) el esquizoanálisis de Gilles Deleuze y Félix Guattari que se orienta a liberar el proceso productivo-deseante-revolucionario por medio de prácticas singulares, configurando lo que los autores llaman *micropolítica*.

* Profesora del programa de posgrado en Psicología de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Minas Gerais, Brasil; doctora en Psicología Clínica por la PUC de São Paulo con posdoctorado en Análisis Institucional por la Université Cergy-Pontoise, Francia, e investigadora del CNPq. Correo electrónico: robertaroma1@gmail.com

Entre esas corrientes, las más comunes en Brasil son el análisis institucional y el esquizoanálisis. Cuando René Lourau presentó su obra en conferencia en el evento *O legado de René Lourau*, que se llevó a cabo en mayo de 2001 en la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), Hess (2004) estableció la siguiente distinción: el análisis institucional se refiere a la teoría que Lourau fundó junto con Georges Lapassade, sin embargo, el socioanálisis se refiere al método del análisis institucional en el contexto de la intervención. En este texto, utilizo el término *análisis institucional*, aunque mi propuesta se refiera también a situaciones de intervención. Por su parte, las ideas de Gilles Deleuze y Félix Guattari también han sido nombradas de diferentes maneras, entre ellas filosofía de la diferencia, pragmática universal, paradigma estético, paradigma ético-estético y no sólo esquizoanálisis —término que utilizo— ya que los autores no se preocupaban por la reproducción de nomenclaturas y conceptos. He elegido utilizar esquizoanálisis porque ese fue el término utilizado por Baremlitt (1992), uno de los introductores de esas ideas en mi país.

En Brasil, debido a su gran extensión territorial y las fuertes diferencias existentes, este movimiento posee historias y prácticas singulares, que varían según la región. Rodrigues (2005) señala que además de esas diversidades regionales, el institucionalismo en Brasil se presenta como un “paradigma sin pasado”, a pesar de haber producido, y aún producir, una serie de investigaciones y prácticas, casi no se menciona la propuesta institucionalista en los estudios y publicaciones brasileñas.

De acuerdo con Baremlitt (1992), la institución es para los institucionalistas, la piedra angular de la sociedad que ocupa tanto el lugar de mantenimiento de lo existente como de su propia transformación. Abierta a lecturas transversales y con énfasis en la problematización colectiva, con vistas no sólo a producir conocimiento, sino también a apoyar acciones institucionales orientadas a cambios efectivos, esa perspectiva es de por sí transdisciplinaria. Benevides de Barros y Passos (2000) afirman que la transdisciplinariedad tiene como propuesta epistemológica abarcar la complejidad y la procesualidad, desestabilizando las divisiones entre las especialidades, analizando y subvirtiendo las relaciones de poder, aspirando a la producción de otra realidad. Es decir, el desafío institucionalista se centra en el desmantelamiento de las dicotomías sujeto-objeto, teoría-práctica y se opone a las fronteras rígidas en la definición de las disciplinas, de sus métodos y objetos de estudio.

En ese contexto, pensar la institución es también abrirse a su multiterminación, que se expresa en cuestiones macropolíticas y micropolíticas, contextos históricos, inserciones sociales, cruzamientos económicos entre otros. Por supuesto, toda esa problemática nos afecta, habla a través de nosotros y produce efectos en nuestro cotidiano.

A fin de rastrear esas fuerzas y sus efectos, el institucionalismo utiliza como modalidad de producción científica la investigación-intervención, estudio que, *grosso modo*, es realizado en asociación con la población investigada, aspirando al cambio procesual del objeto de estudio por medio de intervenciones en el día a día de los establecimientos. En un presente en que cada vez más la ciencia pretende ocuparse de la complejidad, como señala Santos (2002), la investigación, bajo ese enfoque, se presenta estrictamente relacionada a una intervención comprometida en contribuir efectivamente a la construcción de una sociedad más digna, eludiendo los moldes iluministas que pretenden la neutralidad, la objetividad y la verdad basadas en un posicionamiento apolítico y racional. Cabe recordar que frente a los desafíos que la psicología —mi campo de actuación— experimenta en la actualidad, como la ampliación de los campos de estudio, la actuación en las políticas públicas, la práctica asociada a la promoción de la salud y de la prevención, entre otros, se hace fundamental la producción de conocimiento sobre situaciones cotidianas, que son en sí mismas complejas y determinadas por una heterogeneidad de factores y relaciones. Esta misma necesidad emerge de otras disciplinas y otros campos de estudio.

En esa perspectiva, los institucionalistas pretenden que la ciencia contribuya no sólo con el espacio académico, sino principalmente con las demandas sociales y con las prácticas reales que se desarrollan y se sustentan en ella. En ese contexto, se está entablando un arduo esfuerzo a fin de elevar las investigaciones participativas al estatus científico y romper la hegemonía de las investigaciones tradicionales vigentes, como lo examinó en otro momento Romagnoli (2009). Entre las investigaciones participativas se encuentra la investigación-intervención de orientación institucionalista, en el intento de defender la no-separación entre sujeto y objeto, que tiene en cuenta la implicación del investigador, la complejidad y la indisociabilidad de la producción de conocimiento en la actuación-intervención. Al analizar y actuar en las instituciones, esos investigadores tienen en común la persecución de la complejidad, la actitud crítica, la lucha contra el reduccionismo, la búsqueda por la desnaturalización y, principalmente, una gran preocupación por la transformación de sus campos de intervención.

Intentar transformar una institución es hacerlo desde su interior, analizando los actos cotidianos, sus dispositivos y relaciones, como nos recuerda Monceau (2010). Para conocer-intervenir en una institución es necesario trabajar a partir de lo que nos relaciona a ella, o sea, nuestra implicación. Este concepto confronta abiertamente las propuestas apolíticas y racionales que sustentan el paradigma moderno, destacadas por Veiga-Neto (2002). Al analizar la inserción de los cursos de psicología en la década de 1970 en Brasil, Coimbra (1995) señala que éstos poseían la función de neutralizar cuestiones políticas y sociales, una vez que estaban centrados en el individuo y en sus cuestiones subjetivas, interiores y familiares. En estas cuestiones estaban las respuestas a todos los malestares del sujeto. Con esa fuerte herencia arraigada a su formación y práctica, la psicología y sus investigaciones ansían la neutralidad y la explicación de verdades sobre su objeto de estudio, aunque se hagan, de hecho, recortes de esa realidad, reduccionismos salvaguardados por corrientes teóricas coherentes y metodologías rigurosas. En el intento de operar en sentido contrario a esa tendencia, que sigue prevaleciendo en el campo académico, emerge el investigador implicado. Implicación de la que no podemos escapar, desafío cuyo análisis es circunstancial y provisional. Análisis que se sustenta en el paradigma ético-político, en el que no hay neutralidad; ni siquiera es posible hacer una investigación desde “afuera”. Es decir, el investigador ocupa un lugar privilegiado para analizar las relaciones de poder, incluidas las que le tocan a él.

No obstante, hemos observado que aún hay cierta confusión con el concepto de *implicación* en el territorio brasileño. En ese sentido, es necesario resaltar que en Francia, país de origen de las corrientes en cuestión, el institucionalismo y la investigación-intervención tienen otra forma de inserción: se desarrolló en estrecha colaboración con el campo de la sociología, mientras en que Brasil está conformada básicamente por psicólogos, como lo afirma Altoé (2004). A mi juicio, esa diferencia se ve reflejada en la comprensión del concepto de implicación, que a menudo corre el riesgo de la psicologización, o bien, de amalgamarse con el sentido común. En ese marco, el concepto puede ser confundido con compromiso, inversión, lo que lo aleja de su propuesta científica. Con la intención de analizar este concepto, a continuación presento su enfoque en el socioanálisis y en el esquizoanálisis.

SOCIOANALISTAS Y ESQUIZOANALISTAS: INVESTIGADORES IMPLICADOS

Al revisar la historia del movimiento institucionalista en Brasil, en un estudio histórico-genealógico, Rodrigues (1999) ubica su implantación por argentinos en los últimos años de la década de 1970. El institucionalismo se ha introducido de manera sistemática en Río de Janeiro y otras ciudades del sudeste brasileño, y su área de actuación era, inicialmente, la salud mental, en defensa de una práctica grupalista, con articulación interdisciplinaria y asociada a sectores populares. Ya en la década de 1980, a partir de trabajos teóricos y de intervención, se consolidan los abordajes destacados en este texto. Cabe señalar que ese movimiento tuvo y sigue teniendo una inserción heterogénea en el campo *psi* brasileño, haciéndose presente no sólo en la salud mental, sino también en la salud en general, la educación, la asistencia social, entre otras áreas.

Sea cual fuera el campo de inserción, es cierto que la implicación apoya la propuesta institucionalista de investigación-intervención, dado que algunos autores reconocen su emergencia en el marco del análisis institucional, pero también la asocian a la cartografía, propuesta de investigación-intervención del esquizoanálisis (Kastrup, 2008; Paulon, 2005; Rocha y Aguiar, 2003). Según Kastrup (2008), se hace esa asociación debido a la noción de implicación propuesta por René Lourau en el análisis institucional. En las palabras de la autora: “lo que el concepto de implicación aporta es señalar que no hay polos estables sujeto-objeto, pero que la investigación se desarrolla en un espacio de lo entre, desestabilizando tales polos y respondiendo por su transformación” (Kastrup, 2008: 466). Estoy de acuerdo con que es posible establecer esa relación, pero me gustaría resaltar la diferencia de “los entres”. Si para Lourau (2004b), con base en un razonamiento dialéctico, lo que se localiza “entre” y la transformación irrumpen en la realidad estudiada a través de los conflictos denunciados por los analistas, para Deleuze y Guattari (1995) se piensa la realidad por inmanencia y exterioridad y lo “entre” irrumpe como la dimensión que sustenta a los devenires, que va a producir agenciamientos que hacen irrumpir la novedad.

Lourau (1975) investiga las relaciones sociales y los procesos institucionales enfatizando la articulación entre lo instituido y lo instituyente, campo de fuerzas analizado no sólo en su dimensión conceptual a través de los tres momentos de la dialéctica hegeliana, a saber, universalidad, particularidad, singularidad o individualidad, sino también en relación con la dinámica de lo cotidiano. El abordaje de lo cotidiano introduce esos momentos en un re-

gistro activo, y hace posible la siguiente correlación: al momento de la universalidad le corresponde la supremacía del polo de lo instituido, en cuanto forma abstracta instituida y verdadera; al momento de la particularidad le corresponde la base social del concepto, transfigurada en forma social concreta, produciendo las condiciones para la actuación de lo instituyente y, por fin, al momento de la singularidad le corresponde la institución en sí misma, cuyo producto, ubicado en un sustrato físico, posee una organización funcional concreta. Es decir, la institución se encuentra en algún lugar entre lo revolucionario de lo instituyente y el conservadurismo de lo instituido; contra las fuerzas instituyentes y su rebeldía, la institucionalización busca formas más estables, rígidas y duraderas, y contra lo instituido y su inmutabilidad, cambios innovadores en las formas utilizadas hasta entonces. Hay que dejar en claro que esta separación es solamente didáctica, ya que, para el referido autor, la institución es un móvil perpetuo, proceso que se sustenta por esas fuerzas dialécticas.

Los elementos de la realidad social que exponen más abiertamente las contradicciones de las instituciones y del sistema social son denominados *analizadores*, término creado inicialmente por Félix Guattari en la psicoterapia institucional, explicada a continuación, aunque haya sido incorporado y muy utilizado en el análisis institucional. Por consiguiente, los analizadores pueden ser comprendidos como efectos o fenómenos que emergen como resultado de un campo de fuerzas contradictorio e incoherente, portavoces de los conflictos en asidua oposición a lo armónico y lo estático alimentado por la institución. Los analizadores irrumpen en las organizaciones exponiendo que ellas no sólo reproducen lo que ya se preveía, sino también producen lo impensado, lo conflictivo, desvelando la acción de lo instituyente, hecha posible gracias al aflorar de lo negativo no integrado al equilibrio institucional.

Para Lourau (2004b), es necesario cuestionarse siempre sobre los instituidos cristalizados en los campos de investigación/intervención, pues no es posible que se efectúe un análisis neutral y apolítico de cualquier institución. En ese sentido, el autor defiende la importancia de la implicación, que rompe con la ciencia instituida fundamentada en el paradigma moderno. Hay que hacer hincapié en que la implicación no se refiere a la noción de compromiso, motivación o relación personal con el campo de la investigación/intervención, al revés, explorar la implicación es hablar de las instituciones que nos atraviesan. Cruzamiento que, según Lourau (1990), va mucho más allá de nuestra percepción subjetiva, de nuestra historia individual y de los

juicios de valor utilizados para medir la participación y el compromiso en determinada situación. La implicación denuncia que aquello que es deflagrado por la institución en nosotros es siempre formado por una producción colectiva de valores, intereses, expectativas, deseos y creencias que se entrelazan en esa relación. Así, el análisis de la implicación permite el acceso a la institución, a la producción de conocimiento a partir de sus contradicciones: “Para actuar en las instituciones hay que trabajar a partir de lo que nos une a ellas, nuestras implicaciones” (Monceau, 2010: 14).¹

Al estudiar el concepto de implicación en la obra de René Lourau, hasta llegar al significado actual, Guillier y Samson (1997) examinan su recorrido histórico en tres momentos: ideológico-moralista, subjetivista-voluntarista, y tecnicista. El momento ideológico-moralista corresponde a los años 1960-1970, en que se anhelaba mitigar la separación entre la academia y las prácticas sociales, muy evidente en la época. En ese periodo la implicación era teorizada como extensión del concepto de contratransferencia institucional, procedente de la psicoterapia institucional. Ésta fue un movimiento que ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial en Francia, e influyó fuertemente el análisis institucional; propone otra manera de tratar la salud mental repensando el establecimiento psiquiátrico con vistas a recuperar las condiciones de los enfermos mentales. Empezó en la década de 1940, en Saint Alban, con François Tosquelles, y siguió en la región de París, ya en la década de 1950, en la clínica Le Borde, con la afirmación de Jean Oury y Félix Guattari de que la propia institución producía la enfermedad mental, con sus relaciones y jerarquías entre trabajadores y usuarios. En ese entonces, los conceptos de *transferencia* y *contratransferencia institucional* eran ampliamente utilizados. Basados en el psicoanálisis y en la lectura del inconsciente, esos mecanismos se amplían hacia más allá de la problemática subjetiva y familiar y abarcan cuestiones sociales, históricas y culturales. Compartiendo esta lectura, René Lourau, en ese tiempo todavía asociado a Georges Lapassade, defendía que toda práctica social y de investigación está constituida por un conjunto de inserciones institucionales pasadas y presentes que se actualizan en las circunstancias en las que se ejercen. En ese momento, la implicación corresponde a la contratransferencia institucional. Para analizar la implicación había que sacar a la luz lo no dicho y restituir los elementos allí reunidos.

¹ “Pour agir sur les institutions, il faut travailler à partir de ce que nous relie à elles, nos implications” [Traducción de la autora].

El momento subjetivista-voluntarista ocurrió en la década de 1980, en el gobierno de François Mitterrand, cuando la izquierda francesa pasó de una inserción de contestación a una inserción de gestión. Hay que destacar que el mundo académico dio, en ese periodo, una gran importancia a los aspectos subjetivos, con fuerte influencia de la sociología comprensiva, de la fenomenología y del propio psicoanálisis, que a su vez influyeron profundamente en las ciencias humanas. Ese momento histórico, según Guillier y Samson (1997), correspondió a la renuncia completa de la objetividad y la neutralidad, y a la focalización en la conciencia y en las cuestiones subjetivas comprendidas como dimensiones presentes en la investigación pensada como práctica social. De esa manera, el sujeto portador de una conciencia está implicado con el acto mismo de la elección, ejerciendo así su libertad con responsabilidad, y forma parte de una construcción colectiva permanente de la sociedad, dimensiones que, sin duda alguna, afectan la producción del conocimiento. Los modos de actuar y de darles sentido a sus elecciones son las maneras con las cuales el sujeto se implica. Cabe decir que la implicación era relacionada con frecuencia al compromiso, habiendo una polisemia en el uso de ese término. En ese momento René Lourau y sus discípulos empezaron, de hecho, a formar parte de la academia y gran parte de la producción de esa vertiente se ha hecho en formato de tesis y artículos científicos.

El distanciamiento de la producción colectiva y la exageración del uso del término *implicación* condujeron al momento tecnicista, en que se insiste en la dialéctica del campo implicacional, con la creación del concepto *sobreimplicación*, definido por Lourau (1990) como el rechazo al análisis de las implicaciones a partir de los vínculos con el trabajo, de la necesidad de “implicarse”, común a los intelectuales, principalmente como consecuencia de la década anterior. La sobreimplicación, otro polo de la implicación, se refiere al movimiento intencional por el cual nos comprometemos con una institución. La sobreimplicación impide que se analice la implicación, anesthesiando los efectos dinámicos y procesuales de nuestras pertenencias ideológicas, libidinales, institucionales en las situaciones en las que participamos. O sea, burlando la propia implicación. En ese momento, el paradigma de la implicación ya había confrontado exitosamente los criterios de cientificidad instituidos: la objetividad, la universalidad y la separación entre investigador e investigado. Se hizo indispensable que toda vertiente reconociera la complejidad de los fenómenos sociales, como destacan Guillier y Samson (1997).

Cabe resaltar que, como hemos visto anteriormente, para el análisis institucional, la implicación es un campo conceptual en el que no hay fronteras fijas ni tampoco rígidas. Esos límites son trasladados con frecuencia por su génesis teórica, que remite al ámbito conceptual y filosófico, y también por su génesis social, relacionada a los movimientos y hechos sociales concretos, en una composición dialéctica que imprime un indiscutible carácter procesual e histórico, y que establece relaciones y disposiciones que siempre son provisionales.

Por otro lado, el esquizoanálisis, escrito a cuatro manos por Gilles Deleuze y Félix Guattari, encuentra en ese último integrante de la segunda generación de la psicoterapia institucional y fundador de la clínica La Borde, su articulación con el movimiento institucionalista. Psicoanalista de carrera y militante político, Guattari insiste en la dimensión analítica de las prácticas institucionales, incluso acuñó el término análisis institucional, que ha sido retomado con significación propia por René Lourau. Su encuentro con Gilles Deleuze le permitió teorizar y reflexionar también sobre su recorrido de prácticas terapéuticas y militantes. Sauvagnargues (2008) afirma que Guattari utilizó su vida y su producción filosófica con el objetivo de sustituir la concepción clásica de sujeto, comprendido como universal y ahistórico, por los modos de subjetivación colectivos, dinámicos y siempre políticos.

Esa lectura lanza la subjetividad en la dimensión de la producción, insistiendo en la multiplicidad de componentes de subjetivación que no pasan obligatoriamente por el individuo. Esos componentes están integrados por flujos transversales que se agencian a otros flujos de manera rizomática. La subjetividad comprendida como registro humano y no-humano se presenta inseparable de las dimensiones históricas y sociales. El sujeto funciona por los flujos que lo atraviesan y de los cuales él mismo también es fruto. Esa comprensión de lo subjetivo se opone a las epistemologías racionales y centradas, apostando en lo que se establece “entre” dichas dimensiones. En ese sentido, el agenciamiento es fundamental, pues saca la subjetividad de la interioridad y de la fijeza para lanzarla al colectivo y a la procesualidad asociando distintos planos.

Deleuze y Guattari (1996) piensan la realidad y las instituciones a través de planos simultáneos de formas y fuerzas. Con la finalidad de liberarse de una manera trascendente de pensar, esos planos que, aunque tengan la misma materia —los flujos— no poseen el mismo régimen de funcionamiento, coexisten sin determinación y jerarquía. El plano de las formas o de los modelos, también conocido como *plano de organización*, actúa de modo

dicotómico y disociativo, ordenando los flujos en segmentos y estratos homogéneos, designando lo que está instituido socialmente de forma molar. Por otra parte, el plano de las fuerzas o de la invención, también conocido como *plano de consistencia*, sustenta la heterogeneidad y las conexiones entre los flujos y es compuesto por las fuerzas moleculares e invisibles que atraviesan el campo social. En ese plano ocurren los encuentros y los agenciamientos que producirán nuevos sentidos, nuevas formas de expresión e irán produciendo la resistencia a lo que suele reproducirse en el plano de los modelos. Cabe recordar que la distinción de régimen se da en la forma de funcionamiento de los flujos: segmentaria y estratificada en el plano de la organización fluida y conectiva en el plano de consistencia.

La inmanencia está presente en todas las realidades y en cualquier campo de investigación, integrando no sólo las instituciones, sino todo y cualquier proceso, toda y cualquier relación entre el individuo, los grupos y la sociedad, estableciendo relaciones incesantes entre modelos, formas y fuerzas. Esos planos son simultáneos y, según la situación, puede ocurrir el dominio de uno sobre el otro, pero jamás su exclusión. Entre uno y otro hay interfaces y combinaciones de doble articulación: por un lado, el estrato cohesivo y momentáneamente estanco, pero, por otro, también está compuesto por flujos que pueden efectuar agenciamientos y volverse, o no, singularidad según las fuerzas que lo desestabilicen. En ese sentido, es indispensable cartografiar la relación entre los planos, entre la persistencia de los modelos y la emergencia de la invención, punto nodal para el investigador comprometido con el proceso de producción de conocimiento. Indagarse y permanecer alerta sobre cómo se da la reproducción y la creación en determinada realidad, sobre cómo ocurre la composición entre las formas y las fuerzas en su objeto de estudio, y en qué circunstancias y con cuáles cortes y conexiones ocurren son algunas de las herramientas útiles y fundamentales en la cartografía, propuesta metodológica del esquizoanálisis.

En la yuxtaposición de los planos, en el “entre”, irrumpe el agenciamiento que produce alianzas y penetraciones entre modelos instituidos y las invenciones instituyentes, estratos y conexiones, bloqueos y flujos. Éste se engendra en las variaciones de ese *continuum* de relaciones y posee dos caras: la cara maquínica del deseo y la cara colectiva de la enunciación. Cada una de ellas volcada ora a las formas, ora a las fuerzas, ora a los modelos instituidos, ora a las invenciones instituyentes, dependiendo de las composiciones que los flujos establecen o no en las situaciones investigadas. El encuentro entre campo e investigador pone en juego esa pluralidad de frag-

mentos, de disyunciones, de conexiones transversales captadas a través de su implicación que, por su parte, conecta al investigador con los planos y los agenciamientos.

Poseedor de un carácter productivo y maquínico, el agenciamiento facilita el afloramiento del deseo en una proliferación ininterrumpida de positividad. Cabe destacar que el deseo, para el esquizoanálisis, no es pensado a partir de la lectura predominante en el campo *psi* brasileño, el del psicoanálisis, principalmente el estructuralista, que lo encuadra en el ámbito doméstico a partir de formas codificadas del triángulo familiar, correspondiendo a la falta insistente. Éste es pensado como deseo productivo y no-restitutivo, y su propiedad primordial es la capacidad de conexión. Con una crítica a los reduccionismos de la subjetividad operados por el psicoanálisis y con el análisis de los procesos de control instaurados por el capitalismo, Deleuze y Guattari (s.f.) conciben el deseo en el campo social y afirman su vocación libertaria y su capacidad de realizar actos revolucionarios. Conformado por flujos, por combinaciones energéticas, el deseo no está regido por la lógica representativa, sino por la lógica de las intensidades, de las sensaciones, con un funcionamiento maquínico. Así, bajo esta perspectiva, uno de los grandes desafíos del investigador es establecer o sustentar un agenciamiento maquínico y productivo con el campo de estudio, es decir, darle consistencia a un agenciamiento, lo que significa darle paso al deseo, a lo maquínico, permitiendo que se establezcan nuevas conexiones, transformando y siendo transformado por su objeto de estudio.

Para alcanzar esos desplazamientos, la investigación-intervención, también llamada de cartografía, se sustenta en la invención y en la implicación del investigador, basándose en la premisa de que el conocimiento es procesual e inseparable del propio movimiento de la vida y de los afectos que la acompañan, como nos lo recuerda Rolnik (1989). La invención ocurre cuando se da la irrupción del plano de las fuerzas que se conectan en los encuentros “entre” el investigador y su objeto de investigación, en los agenciamientos operados que se establecen en la tesitura cotidiana de la investigación. La implicación del investigador, por su parte, es uno de los dispositivos más valiosos del trabajo en el campo, pues a partir de su subjetividad irrumpen los flujos, los agenciamientos cobran expresión, los sentidos son otorgados y algo es producido. De hecho, la implicación se refiere al propio movimiento de la investigación que, en esa vertiente, sería el de relacionarse con lo que es entendido como lo que está *afuera* de las situaciones, agenciar.

El agenciamiento corresponde a un “entre” colectivo, que invita a los individuos a expresarse de otra manera, sin la configuración dominante, provocando la convergencia de la heterogeneidad, de las diferencias. Ese dispositivo opera todos los flujos semióticos, materiales y sociales, caracterizándose por un devenir y sustituyendo el sistema de representación y de ideologías presentes en los modelos instituidos por una reunión de singularidades, de fuerzas asociadas por un movimiento colectivo, conectivo. El agenciamiento, como zona de circulación del deseo, permite agenciarse con otras fuerzas, una vez que todos nosotros también estamos hechos de fuerzas y no sólo de formas, modelos, lo que produce nuevos modos de expresión; agenciamiento colectivo de la enunciación que sustenta los flujos de la vida en zonas colectivas anónimas y potentes, a fin de hacerse devenir esquivando las formas.

Las relaciones establecidas en los contextos de investigación denuncian la exterioridad de fuerzas que inciden sobre el investigador y la realidad que él se propone investigar, y actúan como un rizoma, de modo transversal, conectando procesualmente la subjetividad a las situaciones, al colectivo, a lo heterogéneo, a través de los agenciamientos. En esa perspectiva, la implicación permite la captación del aspecto *trans* de los planos que componen el objeto de estudio, mediante el rastreo de los efectos que el investigador produce en el campo y de las (des)estabilizaciones que el campo produce en el investigador, ya que, “El ser es primeramente autoconsistencia, autoafirmación, existencia para sí desplegando relaciones particulares de alteridad” (Guattari, 1992: 139). Como éste posee una subjetividad también compleja y heterogénea, compuesta no sólo por su interioridad, sino también principalmente por las relaciones que establece, es posible afectar y ser afectado, captar las diferencias y las homogeneizaciones por los encuentros con el campo, por medio de la alteridad.

Es precisamente la sustentación de ese plano de fuerzas y de la alteridad lo que propicia que el investigador produzca conocimiento. Sustentar esos planos significa elucidar, en las circunstancias singulares y provisorias de cada investigación, las composiciones y sus funcionamientos, que pueden actuar a favor de la reproducción, de la antiproducción y operar a favor de agenciamientos productivos que promueven la invención de nuevos estados. El mapeo de esta complejidad permite al investigador desarticular las prácticas y los discursos instituidos, así como las relaciones despotencializadoras que impiden la producción. Entre la estabilización y la caotización el pensamiento es ejercido, las realidades son producidas, la transversalidad

se engendra haciendo poco caso de los modelos, siempre jerárquicos y clasificatorios, que presuponen obediencia y reproducción. De esa manera, la cartografía es siempre una investigación-intervención, ya que es imposible, en el encuentro con el objeto de estudio, que no haya zonas de interferencias y de indeterminaciones, que pueden o no llevar a desestabilizaciones. Producir conocimiento es desestabilizar y esto es intervenir. En ese sentido, investigar es transformar, inventar, siempre.

CONSIDERACIONES FINALES

Hay que señalar que, en ambas vertientes que expongo en este artículo, la implicación es un dispositivo de producción de conocimiento y transformación. Para el análisis institucional, según Lourau (2004a), la implicación insta una dimensión de cruzamientos y transformaciones en las formas subjetivas y objetivas, con la certeza de que “el observador ya se encuentra implicado en el campo de observación y que su intervención modifica el objeto de investigación, lo transforma” (Lourau, 2004b: 82). Así, lo importante para el investigador es el dominio en el que percibe o interviene, a partir de sus relaciones sociales y colectivas, en la red institucional. En contrapartida, para el esquizoanálisis, la implicación intenta capturar la desubjetivación, la exterioridad de las fuerzas que actúan en la realidad, enfatizando las conexiones, los agenciamientos como composiciones revolucionarias, para, micropolíticamente, analizar los efectos de las prácticas en la cotidianidad institucional. En ese sentido, “la intervención es una acción de intervenir o de producir interferencia y el cartógrafo actúa ahí como un intercesor” (Kastrup, 2008: 474). Como el investigador sólo puede posicionarse a partir de su implicación, rescata también su capacidad de desubjetivar, de relacionarse con la alteridad, él también permite que algo ocurra “entre”, catalizando los agenciamientos.

Estas distinciones epistemológicas aún son, en ciertos sentidos, necesarias, pues observo que los investigadores, que trabajan con investigación-intervención y actúan en el día a día de las instituciones, soportan una producción de conocimiento muchas veces conflictiva y angustiante. En mi experiencia como investigadora y directora de tesis en esa modalidad de investigación, y en los intercambios de experiencias con otros investigadores, puedo afirmar que no son pocos los desafíos cotidianos. Entre ellos destaco los conflictos con el campo que conducen a reproducciones, los obstáculos

que muchas veces surgen en la comunidad investigada e impiden el cumplimiento del calendario, la emergencia de analizadores que no conducen a la construcción de alternativas instituyentes, sino a una antiproducción, y la dificultad de convocar y mantener intervenciones que sustenten el colectivo. Para enfrentar esas dificultades, en ocasiones, es necesario tener más rigor y precisión teórica, tanto frente a la comunidad científica como frente a la comunidad estudiada. En la academia es común que se hagan críticas a la científicidad y a la ingenuidad de esas investigaciones, al mismo tiempo que siempre corremos el riesgo de cierto relativismo, pues no es fácil romper con las investigaciones instituidas y dominantes que nos garantizan seguridad y certezas, distanciándose de la complejidad. En este contexto, estudios acerca de esa modalidad de investigación son, a mi parecer, indispensables, ya que están relacionados a formas de producción científica distintas: de un lado, está todo un aparato de reducción y seguridad, basado en el paradigma moderno; del otro, vemos la sustentación de la complejidad y de los obstáculos, basada en los paradigmas más emergentes de la ciencia, como lo examina Santos (2002).

Sin embargo, aunque me haya enfocado en la determinación de las diferencias entre los abordajes de la implicación, hay que señalar que, en la cotidianidad del proceso de investigación propiamente dicho, las fronteras entre las distintas formas de investigación-intervención suelen ser imprecisas y a menudo se sobreponen. Ciertas posturas, y no sólo el concepto de implicación, poseen resonancias, por más que, en términos epistemológicos, los puntos de referencia filosóficos y teóricos sean distintos. A mi entender, esas resonancias ocurren principalmente en los siguientes puntos: en la premisa de que la realidad no está dada, pero es construida a través de nuestras prácticas; en el uso de la intervención para propiciar la transformación-invencción; en el énfasis en las relaciones entre investigador y campo de estudio; la búsqueda por el desvelamiento de las relaciones de poder y sujetamiento, entre otros. En ese contexto, podemos preguntarnos si el propio concepto de implicación no sería un intercesor que asocia las dimensiones de “afuera” de cada teoría, formando un híbrido que sugiere la no separación entre las corrientes institucionalistas examinadas en este artículo. La noción de intercesor apuesta en lo híbrido como espacio de creación e invencción, como lo señala Deleuze (1992). Híbrido que ha sido creado de manera activa por los investigadores brasileños a partir de los encuentros con sus campos de estudio, con sus autores de referencia, en conjunto con las poblaciones investigadas.

Al analizar los cruzamientos del movimiento institucionalista francés, sobre todo del análisis institucional de René Lourau, y de las prácticas grupales en Brasil, Rodrigues y Benevides de Barros (2003) defienden la potencia afirmativa de la heterogénesis, de la cual formó parte no sólo esa corriente, sino también el grupalismo argentino, en asociación a la singularidad brasileña. Esa heterogénesis propició la creación de estrategias originales, de agenciamientos que tuvieron por efecto la desnaturalización de las instituciones analizadas, constituyendo la vertiente de intervención y análisis grupalista-institucionalista, dispositivo peculiar de Brasil. En ese sentido y reiterando la imposibilidad de mantener las dicotomías teoría-práctica, sujeto-objeto e investigador-campo de investigación; el concepto de implicación también opera una heterogénesis, como la que han destacado las autoras, e instaura una desestabilización de las vertientes institucionalistas, cuyos efectos intentan recuperar el colectivo y la singularidad de las redes de relaciones establecidas, sea a partir de las contradicciones entre instituido e instituyente, sea a partir de los agenciamientos y de la transversalidad que de ahí puede irrumpir. Crea aun una forma particular de trabajar con la investigación-intervención, mezclando, de modo productivo e inventivo, lecturas distintas, develando, así, las diferencias que el cotidiano insiste en asociar, más allá de las divisiones de la academia.

Cuestionamientos e investigaciones acerca de la investigación-intervención, la cual insiste en la coexistencia de la producción de conocimiento y la intervención, y que acerca sobremanera el campo teórico del práctico, remiten a los temas propiamente científicos, en el sentido de que la ciencia debe producir conocimiento para la transformación de la realidad y de los puntos muertos que de ahí provienen, y no insistir en mantener fisuras y reduccionismos, generalmente con el objetivo de retroalimentar ese circuito. Esa indisociabilidad coopera con la formación de profesionistas atentos a las demandas de nuestro tiempo, a la realidad social y sus tensiones, así como a los efectos ético-políticos de sus inserciones. Apostar por la heterogeneidad del concepto y por el rastreo de cómo se delimita, no sólo teóricamente, sino, sobre todo, en nuestras prácticas e investigaciones, es apostar a la vida cada vez más precaria en el campo académico, insistir en el posicionamiento político del investigador como un agente social. En las universidades, sobre todo en el posgrado, notamos que hay una tendencia a que los programas sigan una lógica cuantitativa y de productividad, sin que se evalúen los efectos políticos-sociales de esa producción de conocimiento, por encima, incluso, de una discusión política más amplia, como señala Castro (2010).

En ese contexto y con este breve estudio, espero haber contribuido a “la solución de algunos puntos muertos políticos-epistemológicos que los ‘institucionalistas’ brasileños deben hacer frente” (Rodrigues, 1999: 171). Puntos muertos que, aunque hayan sido señalados por la autora a finales de la década de 1990, no son en absoluto anacrónicos, al contrario, aún permanecen entre los que insisten en la creación de un circuito de conocimiento que actúe a favor de la vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altoé, S. (coord.) (2004). *René Lourau: analista institucional em tempo integral*. São Paulo: Hucitec.
- Baremblytt, G. (1992). *Compêndio de análise institucional e outras correntes*. Río de Janeiro: Rosa dos Tempos.
- Benevides de Barros, R. D. y Passos, E. (2000). A construção do plano da clínica e o conceito de transdisciplinaridade. *Psicologia: teoria e pesquisa*, vol. 16, núm.1. Recuperado de: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-7722000000100010&lng=pt&nrm=iso>, (consultado el 6 de enero de 2006).
- Castro, L. R. (2010). Privatização, especialização e individualização: um outro mundo (acadêmico) é possível? *Psicologia e Sociedade*, Florianópolis, vol. 22, núm. 3, pp. 622-627.
- Coimbra, C. M. B. (1995). *Guardiães da ordem: uma viagem pelas práticas “psi” no Brasil do milagre*. Río de Janeiro: Oficina do Autor.
- Deleuze, G. (1992). *Conversações*. Río de Janeiro: Editora 34.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (s.f.). *O Anti-Édipo: capitalismo e esquizofrenia*. Lisboa: Assírio e Alvim.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1995). Introdução: rizoma. En Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil Platôs: capitalismo e esquizofrenia* (pp. 11-37). Río de Janeiro: Ed. 34.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1996). 1933: micropolítica e segmentaridade. En G. Deleuze y F. Guattari, *Mil Platôs: capitalismo e esquizofrenia* (pp. 83-115). Río de Janeiro: Ed. 34.
- Guattari, F. (1992). *Caosmose: um novo paradigma estético*. Río de Janeiro: Editora 34.
- Guillier, D. y Samson, D. (1997). Implications: des discours d’hier aux pratiques d’aujourd’hui. *Les Cahiers d’implication*, vol. 1, núm.1, pp. 17-29.

- Hess, R. (2004). O movimento da obra de René Lourau. En Sônia Altoé (coords.), *René Lourau: analista institucional em tempo integral* (pp. 15-41). São Paulo: Hucitec.
- Kastrup, V. (2008). O método da cartografia e os quatro níveis da pesquisa-intervenção. En L. Rabelo de Castro y V. L. Besset (coords.), *Pesquisa-intervenção na infância e juventude* (pp. 465-489). Rio de Janeiro: Trarepa/FAPERJ.
- Lourau, R. (1970/1975). *A análise institucional*. Petrópolis: Vozes.
- Lourau, R. (1990). Implication et surimplication. *Revue du Mauss*, núm. 10, pp. 110-120.
- Lourau, R. (2004a). Implicação-Transdução. En Sônia Altoé (coord.), *René Lourau: analista institucional em tempo integral* (pp. 212-223). São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2004b). Objeto e método da Análise Institucional. En S. Altoé (coord.), *René Lourau: analista institucional em tempo integral* (pp. 66-86). São Paulo: Hucitec.
- Monceau, G. (2010). Analyser ses implications dans l'institution scientifique: une voie alternative. *Estudos e Pesquisas em Psicologia*, vol. 10, núm. 1. Recuperado de: <<http://www.revispsi.uerj.br/v10n1/artigos/pdf/v10n1a03.pdf>>, (consultado el 9 de abril de 2010).
- Paulon, S. M. (2005). A análise de implicação como ferramenta na pesquisa-intervenção. *Psicologia e Sociedade*, vol. 17, núm. 3, pp. 16-23.
- Rocha, M. L. y Aguiar, K. F. (2003). Pesquisa-intervenção e a produção de novas análises. *Psicologia: Ciência e Profissão*, vol. 23, núm. 4, pp. 64-73.
- Rodrigues, H. B. C. (1999). Notas sobre o paradigma institucionalista: preâmbulo político-conceitual às aventuras históricas de “sócios” e “esquizes” no Rio de Janeiro. *Transversões: periódico do Programa de Pós-Graduação da Esso UFRJ*, vol. 1, núm. 1, pp. 169-199.
- Rodrigues, H. B. C. (2005). Sejamos realistas, tentemos o impossível. En A. M. Jacó-Vilela; A. Arruda Leal Ferreira y F. Teixeira Portugal (coords.), *História da Psicologia: rumos e percursos* (pp. 515-563). Rio de Janeiro: Nau.
- Rodrigues, H. B. C. y Benevides de Barros, R. D. (2003). Socioanálise e práticas grupais no Brasil: um casamento de heterogêneos. *Psicologia Clínica*, vol. 15, núm. 1, pp. 61-74.
- Rolnik, S. (1989). *Cartografia sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. São Paulo: Estação Liberdade.
- Romagnoli, R. C. (2009). A cartografia e a relação pesquisa e vida. *Psicologia e Sociedade*, vol. 21, núm. 2. Recuperado de: <<http://www.scielo.br/scielo>>.

php?script=sci_arttext&pid=S0102-71822009000200003&lng=pt&nr-
m=iso>, (consultado el 14 de diciembre de 2009).

Santos, B. de S. (2002). *Um discurso sobre as ciências*. Porto: Afrontamento.

Sauvagnargues, A. (2008). Un cavalier schizo-analytique sur le plateau du
jeu d'échecs politique. *Multitudes*, vol. 34, pp. 22-29.

Veiga-Neto, A. (2002). Olhares. En M.Vorraber Costa (coord.), *Caminhos
investigativos: novos olhares em pesquisa em educação* (pp. 23-38). Río
de Janeiro: DP&A.

4. LA INVESTIGACIÓN-INTERVENCIÓN EN PSICOLOGÍA: LOS USOS DEL DIARIO DE CAMPO

*María Livia do Nascimento**
*Flávia Cristina Silveira Lemos***

INTRODUCCIÓN

ESTE ARTÍCULO PRETENDE ofrecer herramientas para la investigación-intervención, tomando en cuenta, principalmente, el análisis institucional francés y algunos aspectos de los estudios de la psicología social brasileña. Asimismo, intenta delinear un campo problemático planteado en los estudios de René Lourau y Georges Lapassade para armar un trabajo con los diarios de campo. En su libro *Claves de la sociología*, Lourau y Lapassade (1972) destacan los dilemas dentro del campo de la producción sociológica afectada por limitaciones de tiempo y espacio, y por las fuerzas de una determinada época y lugar.

Pensar en un libro, en una investigación, o en una actuación que todavía está en el plano práctico de los saberes y sus efectos, implica cuestionarse

* Psicóloga, maestra en Psicología y doctora en Psicología Social. Profesora titular de la licenciatura y del posgrado del Instituto de Psicología de la Universidad Federal Fluminense-UFF. Correo electrónico: mlivianascimento@gmail.com

** Psicóloga, maestra en Psicología Social y doctora en Historia Cultural, posdoctora en Psicología. Profesora Asociada III de Psicología Social de la Universidad Federal del Pará. Becaria de Productividad e Pesquisa CNPQ2. Correo electrónico: flaviacslemos@gmail.com

sobre acontecimientos marcados por tiempos y espacios que intentan ubicar una producción como singular, delimitada por la historia, la cultura, la geografía, la economía y las subjetividades. Cuando leemos sus experimentaciones de aquella época, percibimos lo que destacan los autores sobre las relaciones de poder presentes en los espacios donde intervienen y el fuerte enfoque militante de sus trabajos a favor de un replanteamiento de la sociología.

Es crucial señalar el efecto de estas prácticas en la investigación, delineando la investigación-intervención, a partir de la nutrida creación metodológica de Lourau y Lapassade, particularmente en el campo de la psicología, con respecto a los usos del diario de campo en el análisis institucional, tema central de este artículo. Una cuestión central abordada por los analistas franceses que laboraban en instituciones, era pensar en la investigación como un acto de intervención y no como una práctica distanciada del espacio de actuación en donde la investigación se llevaba a cabo.

De esta manera, Lourau y Lapassade propusieron un campo analítico en donde la intervención se apoyaba en la idea de la multiplicidad de modos de vivir y buscaba la construcción de dispositivos analíticos, con el objetivo de provocar el análisis de los acontecimientos y de las prácticas, de las rupturas que podrían producir otros sentidos que harían posible la desnaturalización de las instituciones. La producción del análisis institucional, hecha por Lourau y Lapassade, fue envuelta por varias fuerzas articuladas: la psicoterapia institucional, la pedagogía institucional, la psicociología, el psicoanálisis y los estudios de grupos, entre otras.

Con estas referencias, se implantó un objetivo que fue el hilo conductor de una serie de investigaciones, como la realización de un análisis que contemplaba la desnaturalización de las vivencias cristalizadas, que apuesta a la potencia de los microespacios como campos de intervención mediante la deconstrucción de verdades consideradas como eternas y naturales. Por lo tanto, es importante actuar a partir de una práctica de investigación que rechaza los estados fijos y que nos alejan de la posible fuerza para inscribirnos en la vida cotidiana. Se optó por el movimiento y por una dimensión procesal de las existencias, que al ser llevadas a cabo producen, activan y establecen creaciones de sí y de las prácticas sociales. Hay, entonces, coexistencia entre la intervención y la producción de los saberes.

Lourau (1993) hizo una crítica contundente a la despolitización de los encuentros de grupos que buscaban la liberación espontánea tan común en algunas dinámicas de grupo y prácticas de la psicociología. Él afirmaba

que es en el hacer, cuando se construyen las prácticas de intervención, y es al mezclarse con lo cotidiano que se puede promover y potencializar las tensiones, los cuestionamientos políticos; gracias a la oportunidad de producir análisis emergerán procesos de construcción del conocimiento.

En efecto, se abre una brecha al considerar que el hecho de que las demandas de los grupos en las intervenciones son procesales, móviles y se redefinen de manera constante. Por lo tanto, es necesario que la investigación tome en cuenta los movimientos que se dan a lo largo del tiempo, recurriendo a frecuentes análisis de implicación —una herramienta destacada en la red de conceptos de análisis institucional—, siempre dinámica y hecha para romper con la naturalización de las múltiples instituciones que pasan por nosotros y nos constituyen.

Lourau (1993) presenta la noción de *implicación* como un proceso que está presente en la investigación-intervención y afirma la importancia de aquello que está “fuera del texto”, proponiendo el diario de campo como uno de los instrumentos importantes de análisis. Dentro de esta perspectiva emerge la proposición de construir un campo de coherencia en el que la investigación no se separe de la intervención y el espacio de investigación incluya tanto al investigador como al objeto de estudio.

Tal diferenciación, en relación con los principios positivistas y las fuerzas tradicionales cartesianas como parte de las ciencias humanas, aparece en Lourau como expresión de su cuestionamiento de las formas instituidas y constituye uno de los ejes de su práctica política de intervención crítica y analizadora de la gestión colectiva, por medio de y con los saberes-poderes, que se entremezclan con las prácticas.

EL DIARIO DE CAMPO: UNA ESCRITURA ENTRE LAS MÚLTIPLES LECTURAS DE LA INVESTIGACIÓN

El camino abierto por el análisis institucional para pensar la investigación-intervención reúne un conjunto de herramientas que sostiene su modo de funcionamiento. Entre ellas, Lourau (1993) señala el diario de campo, que permite ubicarnos históricamente, registrar lo cotidiano y así analizar los acontecimientos. Al escribir las vivencias de un campo, emergen la creación y el análisis. El autor frecuentemente utiliza los diarios de campo en sus investigaciones, analizando las dislocaciones de los registros como herramientas históricas y políticas.

Las anotaciones de las experiencias y de los acontecimientos, experimentados durante los estudios y sus resonancias, fueron más que minucias articuladas a otras metodologías consideradas más relevantes, como las entrevistas o el trabajo en grupo. Tradicionalmente, se han usado los diarios de campo como un complemento de las prácticas de investigación. Lourau no se había apropiado aún del diario de campo de esta manera. Los diarios no debían ser subalternizados ni priorizados frente a otras tácticas, puesto que cada estrategia tendría su propia relevancia en la producción de saberes y en las rupturas de las cristalizaciones, siempre ubicándose históricamente y desnaturalizándose por la crítica a los universalismos y a las linealidades.

A partir de ese momento, para Lourau (1993) la dualidad deja de ser el foco de sus estudios, sobre todo en la problematización de las rupturas ocurridas al escribir los diarios de campo. La investigación como política de existencia trae una perspectiva de apertura para las ranuras y las multiplicidades de textos entrecruzados. Por lo general, se tiene acceso a los trabajos editados, pero sólo excepcionalmente circulan en formato de diario de campo con su orden del discurso, incluso entre los propios investigadores. Se pueden encontrar algunas excepciones a lo largo de la historia, en la antropología y en la sociología, campos en los que la potencia de los diarios es más relevante, y circulan en archivos, museos, bibliotecas y artículos, en aulas y conversaciones de los estudiosos y personas interesadas en discutir, compartir y experimentar otros regímenes discursivos.

No tratamos los diarios como una expresión de la interioridad psicológica o de algo oculto, de una intimidad secreta que habría que revelar por medio de escritos del mundo privado. Para Lourau (1993), el diario de campo es un dispositivo de intervención para hacernos pensar y romper con los órdenes instituidos. Podemos decir que si para Lapassade el diario es la explicitación de conflictos y la dureza de la burocracia con sus prácticas cristalizadas y reproductivas, para Lourau se volvió una táctica de dislocación de sí y de los otros en el ejercicio de la investigación.

En este sentido, unos acontecimientos nos llevan a otros acontecimientos. Lo que está plasmado en la escritura de los diarios no son simples descripciones de algo visto o dicho por el investigador, sino que abren brechas y promueven singularidades. El campo no se limita a una etapa del estudio después de una inmersión teórica o temática, sino un mapa de fuerzas entrecruzadas heterogéneas y múltiples, en desplazamiento y frecuente mutación (Rodrigues, 2003).

El campo atraviesa y es atravesado por el diario, cuya construcción produce líneas que se encuentran debido a otros movimientos, diferentes de las secuencias planeadas con rigidez y del control, digamos imparcial, cronológicamente dirigido por los modos clásicos de hacer investigación. La composición entre los acontecimientos se da por la variación, por la arbitrariedad, por lo que se escapa del texto y de las páginas, y por la resistencia a determinados pasos y al tiempo cronológico lineal (Paulon y Romagnoli, 2010).

Sin embargo, se presenta un desafío al romper con un mundo tan aséptico de las investigaciones, que paso a paso se delinea en nombre de la viabilidad temporal, de los financiamientos y de las convocatorias programáticas. Hay factores intempestivos en el trabajo, inquietudes e intrigas que traen preguntas y movimientos no rectilíneos, sino en zigzag, para un futuro más continuo. Actuar según los inesperados desvíos en el transcurso de la investigación, intervenir por el poder de los encuentros, aprovechar las resonancias para alcanzar las metas, descolocar los objetivos y movimientos en los trayectos sin limitarlos al tiempo cronológico de las agendas son formas de usar los diarios de campo como dispositivos que operan saberes y poderes que nos sacuden y encuentran otras maneras de llevar a cabo estudios.

Escribir para pensar, escribir para crear, escribir como una estrategia de análisis, escribir como acto político y ético, es la propuesta del análisis institucional al lanzar su herramienta: el diario de campo como una táctica de lucha y producción de saberes. En tiempos de productividad, con tendencias seriadas y estándares internacionales cada vez más regulados por vectores neocoloniales, vale la pena apostar a las posiciones que ponen en evidencia las prácticas de resistencia a cierta forma de hacer investigación y de escribir instituidas por una burocracia globalizada.

La postura ética a la que nos referimos no es aquella dictaminada *a priori* por el legalismo judicial. Es una postura que envuelve un análisis de implicación permanente a lo largo de la investigación. Cuando hablamos de una práctica política, no nos estamos refiriendo al movimiento de representatividad en consejos o comisiones, sino al posicionamiento histórico-crítico frente a los encargos de la investigación cada vez más estrechos, que buscan resultados utilitarios, de lo empírico, obtuso, al servicio del mercado de patentes y la llamada innovación tecnológica aplicada. Es por esto que Foucault (1979) señala la importancia de dar cuenta del trabajo realizado, sin rendirse a la rigidez empírica ni a la agenda de los circuitos macropolíticos de investigaciones encargadas e instrumentalizadas.

DISCONTINUIDADES Y SINGULARIDADES EN LA INVESTIGACIÓN

Más que criticar la hegemonía de la investigación basada en la ciencia positivista, en sus binarismos y dicotomías, aquí presentaremos potentes herramientas propuestas por Lourau, Foucault y otros autores que dan sustento a nuestras prácticas de investigación-intervención. La multiplicidad de los objetos que estudiamos en una investigación imposibilita su aprehensión de manera objetiva y neutra. Podemos afirmar esto en sintonía con el pensamiento de Foucault, al cuestionar la idea de verdades eternas, evolución y continuidad (Coimbra y Nascimento, 2001).

La discontinuidad es la ruptura entre el abordaje histórico lineal y la memoria secuencial rectilínea de tiempo continuo (Foucault, 2009). La producción de la singularidad o el pensamiento de diferencias se materializan por medio de la transducción y la discontinuidad, que nos permiten salir de la lógica de identidad y conciencia para adentrarnos en la dimensión de los procesos de mutación y heterogeneidad (Veyne, 2009). El tiempo y el pensamiento dejan de ser analizados como unidad, retrospectión y proyección, actualizando las potencias de las intensidades virtuales en multiplicidades diferenciadas (Cardoso Jr., 2001).

El diario de campo puede ser leído en diversas temporalidades y analizado como un proceso con variaciones de líneas entrecruzadas, al azar, productoras de la diferencia provocada por la dislocación de fuerzas. Cardoso Jr. (2005) señala que hay una relación entre el tiempo, el cuerpo y la subjetividad que debe problematizarse en cuanto efecto de procesos de subjetivación que forja la diferencia como singularización y movimiento de fuerzas.

Si retomamos a Lourau (1993) y sus estudios sobre los diarios de campo, es posible mapear la producción del proceso de transducción con respecto a la dislocación diferenciada de sí mismo y de los otros por el tiempo, el espacio, el cuerpo y la subjetividad. Al introducir la transducción como nueva herramienta, Lourau presenta nuevos contornos para sus problematizaciones sobre el análisis de implicación.

La transducción se importa del universo de la física y la trabaja en relación con los diarios de campo para forjar una metaestabilidad de intensidades de energía y de individualización y para producir mutaciones (Escóssia, 2012). Como efecto, hay una fluctuación, una disociación entre el escrito temporal (discontinuidad) de los diarios de campo y el autor (desplazado de sí mismo) en términos de subjetividad (forma) y proceso de subjetivación (proceso).

En *La escritura de sí*, Foucault (2004a) resalta que la escritura es un ejercicio de pensar sobre uno mismo que reactiva el pensamiento por diferenciación. Así, el diario de campo no es un simple soporte de la memoria, sino un baúl de recuerdos, además de un proceso de subjetivación. Este régimen de escritura tiene un aspecto político, de intervención sobre uno mismo y sobre los demás, al mismo tiempo que es estético en la transformación y en el pensamiento; además, es un ejercicio ético en las prácticas de cuidado de sí y de los otros. Leer el diario y escribir en él, leer otros materiales y retornar al diario de campo, hacer ejercicios de lectura y escritura implican posicionarse frente a la producción de verdades. Por lo tanto, restituir los acontecimientos poco después de que sucedan, después de ser procesados por un análisis histórico, forja una política de intervención y una estilística de la existencia: un *ethos* frente al presente (Foucault, 2012).

Hess (2000) destaca que en la investigación que se hace con el diario de campo, para Lourau la transducción es un recurso que permite al investigador llevar a cabo un análisis de implicaciones al entretener sus escritos y las disociaciones de éstos. El descentramiento del autor se vuelve una estrategia que cobra relevancia en la investigación, al propiciar la problematización de las variaciones del diario de campo en el plan cotidiano de las prácticas, que es el propio campo en su emergencia histórica y en sus variaciones intensivas.

Es pertinente lo que Deleuze (2009) denominó *disyunción* entre lo que se ve, se observa, se habla y se escribe. Cada acto es un acontecimiento que puede encadenarse a otro en relaciones montadas y constituidas, como sucede con el diario de campo, un archivo editado y seleccionado, sin ser del orden de la evidencia. Hablamos de “lo arbitrario” y de “lo pragmático” de las relaciones, o sea, de la fabricación de relaciones como un gesto analítico, y no sólo como una esencia. En la historia con perspectiva discontinua, y por lo tanto transductiva, no hay búsquedas ni creencias en el descubrimiento de articulaciones que estarían naturalmente establecidas.

Aquí se puede convocar el principio de incertidumbre de Heisenberg, ideas que Lourau, según Hess (2000), se apropió como una herramienta que abre posibilidades para la dimensión instituyente de intervención, frente a lo instituido en la investigación y sus normas, leyes y organizaciones. El análisis de la implicación transversalizada por la diagonal de la transducción, permite dar espacio a la singularidad en medio de una sociedad que experimenta prácticas cristalizadas, endurecidas y desvitalizadas por las abstracciones y universalizaciones de la investigación marcadas por la mera

repetición de procedimientos controlados en laboratorio y por la reproducción metodológica.

En este punto, cobra interés comentar que cuando hablamos de la investigación-intervención, por el sesgo del análisis institucional, la discusión abarca un conjunto de herramientas que no pueden considerarse de manera separada, así que al hablar del análisis de implicación no fue posible dejar de lado el diario de campo y la transducción. De la misma manera, otra herramienta se impone en este análisis: la restitución.

De acuerdo con Coimbra y Nascimento, la restitución, “así como el diario de campo, [...] permite destacar los movimientos y acontecimientos que normalmente se excluyen y descalifican, entendiendo los llamados objetos de la investigación-intervención como sujetos constitutivos de esos procesos” (2012: 213). Traída como táctica de la investigación, se diferencia de las devolutivas que, al finalizar los estudios, se entrega una copia del texto final, o los llamados resultados de las entrevistas y de las localidades donde se realizaron los estudios. Más que estar en desacuerdo con esta idea, la restitución se vincula al análisis de implicación, al acto de investigar y a la participación del investigador, porque permite operar en el corazón de la investigación y en las fuerzas que están en juego. De ahí su relevancia: se trata de regresar al plano de análisis colectivo de los acontecimientos producidos durante la investigación. En este momento cobran intensidad los diarios construidos, que dan relevancia a los acontecimientos que podrían pasar desapercibidos. Normalmente el análisis los ignora, pero contribuyeron enormemente al proceso de restitución por el hecho de que forman parte de los diarios (Lourau, 1993).

Es de suma importancia cuestionar las implicaciones en términos de lo que atraviesa la práctica de creación de un proyecto de investigación y su transformación, de la decisión de trabajar con diarios de campo y la redacción y publicación de los resultados de un estudio (Mallatía, 2009). Hay que pensar cuáles instituciones forman parte de la investigación y los efectos que éstas tienen sobre nuestros cuerpos, las construcciones subjetivas, las individualizaciones y la escritura. Actualmente hay presiones editoriales y del mercado para cumplir una política científica de internacionalización de las investigaciones y su publicación.

Lejos de la internacionalización vertical, está la propuesta de cooperación internacional sin privilegiar una lengua extranjera. En este aspecto se configura un análisis político, ético y de creación colectiva, de una producción de investigación más afirmativa de encuentros y conversaciones,

más que la primacía de la lógica dócil y de alto desempeño atribuible a la presión económica, a la competencia y al sometimiento acrítico (Deleuze y Guattari, 2013). Romper determinados órdenes de discurso y hacer circular saberes de diferentes maneras y en diferentes espacios es relevante, para evitar la sumisión ciega y dócil a los criterios determinados por pequeñas cúpulas y organizaciones distantes de los procesos colectivos de autoanálisis y autogestión.

Foucault (2004b), en una de las conferencias inaugurales en el Collège de France, destacó que hay un sistema de formación discursiva basado en doctrinas, disciplinas, sociedades discursivas, filtros y poderes que autorizan y desautorizan formas de hablar que no se permite que circulen. Al mismo tiempo, Foucault (1979) resaltó que donde hay poder hay resistencia, y que los saberes de las luchas cotidianas y locales pueden constituir una posibilidad de apertura para hacer rechinar lo que estaba silenciado y definido. Y así crear resistencias con la insurrección de los saberes que fueron sometidos por las jerarquías centralizadoras de las burocracias científicas (Foucault, 2012).

Lourau (1993) también se preocupaba por la dimensión ética de las publicaciones y por la elección y uso de las herramientas de investigación. De ahí se deriva su insistencia en escribir un diario como un dispositivo de producción de análisis. El instituyente frente al instituido podría emerger justamente a través del análisis de implicación de las tramas normativas y de las leyes y no de la simple sumisión y obediencia ciega a los encargos, sin someterlos a análisis. De esta manera, es posible colectivizar los saberes y su producción por medio de la investigación-intervención, junto al diario de campo colocados en los intersticios de los aparatos dogmáticos, burocráticos y jerárquicos (Romagnoli, 2009).

En su proceso de construcción de las referencias de análisis institucional, Lourau (1993) propone la realización de asambleas de discusión y deliberación colectiva para hacer circular las voces. En estas situaciones los diarios de campo pueden llevar la inscripciones “fuera del texto”, ya que hay decisiones en la producción denominada científica que ocurren tras bambalinas en las asambleas y en sus actas. Frente a lo aprobado y divulgado, ¿qué es lo que resiste y se burla de lo que está instituido en la burocracia formal?

Hacer público lo secreto es arriesgado. Es lo que dice Lourau (1988) en su libro *Le journal de recherche: matériaux d'une théorie de l'implication* para discutir que toda producción científica se utiliza también en otros es-

critos y no sólo en el que se toma como texto definitivo. Lourau analiza en esta obra los diarios de varios investigadores (Margaret Mead, Wittgenstein, Ferenczi, Malinowski, etcétera), mostrando cómo cada uno de estos escritos subversivos anotan lo que no es frecuente encontrar en las obras académicas. Malinowski, por ejemplo, hace referencia a lo que le gustaría decir como un secreto, pero que la ciencia no se lo permite. La edición de la publicación “limpiaba” el contenido cotidiano de las sobreimplicaciones no analizadas por este antropólogo de tanto impacto internacional. Sus neocolonialismos, xenofobias y prejuicios eran excluidos de sus libros publicados y distribuidos por las editoriales. Como un practicante de la escritura “fuera de texto”, el propio Lourau nos presenta fragmentos de su diario, sobre la elaboración de su libro, en el cual plantea la cara oculta de su trabajo con el propósito de publicitar las dificultades, vacilaciones y dudas de su investigación-intervención, al visualizar la implantación de una nueva metodología en las ciencias sociales.

A pesar del rompimiento entre Lourau y Lapassade, en el momento en que Lourau empezó a trabajar con los diarios de campo, es posible percibir algunas herramientas encontradas en *Grupos, organizaciones e instituciones*. En ese libro, Lapassade (1989) nos dice que en lo instituido hay una tendencia a impedir la circulación de saberes y poderes en términos del proceso de dominación burocrática. Silenciar otros órdenes del discurso y dificultar accesos e invenciones, es efecto de las fuerzas concentradas en barreras burocráticas de la economía política de los saberes llamados científicos, en una jerarquía de producción y circulación de la verdad.

Es por esto que, regresando a Lourau (1993), la restitución presupone el análisis de implicación del investigador y de su acto de investigar delante de las instituciones burocratizadas de la investigación instituida en las agencias de fomento, de posgrado, editoriales, encargos del Estado, organizaciones internacionales o empresas. El análisis de la oferta de las convocatorias y de las reglas impuestas en las investigaciones financiadas es importante, porque la oferta es una producción que tiene diversos cruzamientos de normas e instituciones cristalizadas. Por lo tanto, no tiene una naturaleza sino, más bien, una historia que debe ser objeto de interrogantes.

En fin, no nos restrinjamos a la preocupación del análisis de la burocracia. Es posible ir más allá y pensar en relaciones de fuerzas más móviles, en un plano instituyente y diagonal de las mismas, sin limitarse sólo a la verticalidad. Finalmente, hay que mirar hacia lo cotidiano y la dimensión molecular de las relaciones y las prácticas (Deleuze y Guattari, 2014). Así que

es interesante traer a colación la problematización de la ciencia y activar los saberes locales y diversos en la insurrección de las prácticas consideradas descalificadas, tal como Foucault (1979) afirmó al tratar la genealogía como crítica de la verdad y cuestionar históricamente las relaciones de poder.

En este aspecto es posible pensar en múltiples fuerzas y salir de la dualidad vertical de la burocracia de los oprimidos *versus* los dominados, para abrir la gama de análisis en la microfísica del poder-saber y desplazar las líneas trazadas en los mapas de los diarios de campo, en la restitución por medio del análisis de implicaciones. La restitución trae consigo el plan de los saberes para la colectivización, promoviendo la ruptura con la individualización de un supuesto sujeto-autor de la investigación, lo que es relevante cuando se trabaja con el análisis institucional a partir de Lourau, y con la historia a partir de Foucault.

Con esto se abren posibilidades para salir de la dualidad entre instituido e instituyente, trayendo el campo de fuerzas que opera en el diario como efecto potencializador de la multiplicidad y singularidad de la producción de la diferencia (Hess, 2000). De esta manera, se evitan las síntesis apaciguadoras y unitarias de un tiempo continuo y de una historia que se acomoda en las tradiciones morales y en el progreso funcionalista, de una dinámica binaria y de controles de variables entre el espacio y el tiempo (Cardoso Jr., 2001).

De otra manera, con la práctica del diario de campo emergen fuerzas intensivas moleculares, transversales y diagonales en la escritura de la investigación, que pueden llevar a formas insólitas e imprevisibles, y hacer estremecer así las cristalizaciones de lo instituido de las instituciones que determinan la metodología, el método y las teorías. Las herramientas se movilizan, pero no para aplicarlas entre las llamadas teoría y práctica o entre un sujeto y un objeto previo. Se deben separar estos objetivos ligados por su naturalización, para pensar junto con ellas, en vez de universalizarlas, permitiendo la invención y poder salir así de la reproducción técnico-científica estandarizada (Romagnoli, 2009).

Las matemáticas de Riemann trajeron contribuciones a la filosofía de la diferencia y al análisis de la transducción, al trazar la geometría diferencial que descentraliza cualquier coordenada priorizada como referencia universal (Deleuze, 2009). La física cuántica de Capra (2001), en *Punto de mutación* destaca que una mirada observadora transforma el acontecimiento observado y que no se debería pensar en lo lineal; en otras palabras, la investigación no debe limitarse a la lógica de causa y efecto.

De la misma manera, el diario de campo no es una representación que el investigador haya hecho sobre un objeto estudiado previamente, sino un dispositivo que permite emplear la estrategia de la transducción en su lógica de disociación disyuntiva y de mutación del escrito y del acto de ver, decir, pensar, leer y escribir (Hess, 2000). Decir es distinto de ver y escribir en este sentido, y esas prácticas se conectan por la transducción y la inmanencia; sin embargo, son distintas.

ALGUNOS ANÁLISIS FINALES

Prigogine (2011), en *El fin de las certidumbres*, critica el equilibrio energético de los sistemas y de los determinismos en la medida en que, al igual que en el mundo físico, sólo se puede pensar en posibilidades, en apuestas en las comunidades productoras de saberes que no se organizan por paradigmas, ni por un equivalente general de ciencia, a ser reproducido como único posible. El análisis institucional se apropia de tal pensamiento al problematizar la burocracia científica y los usos de técnicas ahistóricas.

La postura de la historia, y la ruptura de una transvaloración, planteada por Nietzsche permitió trabajar a Foucault y Deleuze con la perspectiva de discontinuidad y de singularización de los procesos de subjetivación (Lemos y Cardoso Jr., 2009). También permitió que problematizaran la creación de verdad y la politización de una ética de los estilos de existencia en relación con la escritura de la investigación, sin buscar soluciones utilitarias y sin proponerse traducir saberes clave previamente establecidos como universales y como constantes históricas. Pensar es crear por desplazamiento discontinuo y no reconocer las conciencias y objetos esencializados (Cardoso Jr., 2001).

Las contribuciones de estos autores apoyan la propuesta de la investigación-intervención y sostienen nuestra problematización de los discursos normativos hegemónicos que intentan regular la investigación y la producción del conocimiento. La investigación-intervención analiza el universo platónico de las certezas, al proponer la inseparabilidad del sujeto y del objeto, al desconfiar de lo lineal en la relación causa-efecto, de los orígenes, de las líneas rectas, de la neutralidad y de las verdades absolutas.

En conclusión, el diario de campo es una herramienta rica en posibilidades que tiene el investigador para llevar a cabo el análisis de implicación y de los movimientos instituyentes. Además, permite poner las prácticas

en perspectiva histórica y desnaturalizarlas, aplicando la transducción y los desplazamientos singularizantes en los procesos de subjetivación implicados en la investigación y en los encargos a ser cumplidos por el investigador en su trabajo cotidiano.

Para finalizar, cabe mencionar la dimensión ética del diario de campo y su aspecto político al intentar entrar en la disputa de las fuerzas de las múltiples relaciones de saber y de poder de las prácticas institucionales. La invención (la composición estética) de la investigación se dará justamente por lo nuevo y lo instituyente, engendrada en el movimiento de desplazamiento de las fuerzas, en procesos singularizantes, del azar de la combinación en la agencia de producción de la escritura artesanal de un diagrama.

En esa vertiente surgen las problematizaciones producidas fuera del reconocimiento reproductivo y así se hace posible provocar grietas en la lógica de las evidencias científicas y de la burocracia, que jerarquiza los saberes en sistemas de dominación (Rodrigues, 2011). Son por las preguntas de la historia que se arma la trama en un diario de campo como herramienta de la investigación-intervención, moviendo las subjetividades y las prácticas de saber y poder, como un montaje de un dispositivo de apertura de los procesos de subjetivación rumbo a la producción de libertades para operar de otra manera, componiendo una vida afirmativa.

La elaboración de un diario de campo y las narrativas históricas conllevan un diseño importante y rico de experiencia y creación en la investigación, posibilitando el trabajo vivo de la memoria y el registro de acontecimientos en las prácticas sociales. Los quehaceres cotidianos y la multiplicidad de los acontecimientos han llegado a ocupar un lugar relevante en la producción de los estudios y en el análisis de las experiencias en cuanto a modos de ser, de sentir, de pensar y de actuar en la historia del presente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Capra, F. (2001). *O ponto de mutação*. São Paulo: Cultrix.
- Cardoso Jr., H. R. (2001). *Tramas de clio: convivência entre filosofia e história*. Curitiba: Aos quatro ventos.
- Cardoso Jr., H. R. (2005). Para que serve uma subjetividade? Foucault, tempo e corpo. *Psicologia: reflexão e crítica*, vol. 18, núm. 3, pp. 343-349.

- Castro, C. (2008). *Pesquisando em arquivos*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Coimbra, C. M. B. y Nascimento, M. L. (2001). O efeito Foucault: desnaturalizando verdades, superando dicotomias. *Psicologia: teoria e pesquisa*, vol. 17, núm. 3, pp. 245-248.
- Coimbra, C. M. B. y Nascimento, M. L. (2012). Sobreimplicar. En T. M. G. Fonseca, M. L. Nascimento y C. Maraschin (coords.), *Pesquisar na diferença: um abecedário* (pp. 211-213). Porto Alegre: Sulinas.
- Deleuze, G. (2009). *Diferença e repetição*. Rio de Janeiro: Graal.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2013). *O que é a filosofia*. Rio de Janeiro: Editora 34.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2014). *Kafka: por uma literatura menor*. Belo Horizonte: Autêntica.
- Escóssia, L. (2012). Individuação e informação em Gilbert Simondon. *Informática na Educação: teoria e prática*. Porto Alegre, vol. 15, núm. 1, pp. 19-30.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Graal.
- Foucault, M. (2004a). A escrita de si. En M. B. da Motta (org.), *Michel Foucault: ética, estética e política* (pp. 144-162). Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- Foucault, M. (2004b). *A ordem do discurso*. Rio de Janeiro: Loyola.
- Foucault, M. (2009). *Arqueologia do saber*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- Foucault, M. (2010). *A hermenêutica do sujeito*. São Paulo: Martins Fontes.
- Foucault, M. (2012). *A coragem da verdade*. São Paulo: Martins Fontes.
- Hadot, P. (2014). *O que é a filosofia antiga*. São Paulo: Loyola.
- Hess, R. (2000). O movimento da obra de Renè Lourau. En S. Altoé (coord.), *René Lourau. Analista Institucional em tempo integral* (pp. 17-39). São Paulo: Hucitec.
- Lapassade, G. (1989). *Grupos, organizações e instituições*. Rio de Janeiro: Francisco Alves.
- Lemos, F. C. S. y Cardoso Jr., H. R. (2009). A genealogia em Foucault: uma trajetória. *Psicol. Soc.* [en línea], vol. 21, núm. 3, pp. 353-357.
- Lourau, R. (1988). *Le journal de recherche: matériaux d'une théorie de l'implication*. Paris: Méridiens Klincksieck.
- Lourau, R. (1993). *Análise Institucional e práticas de psicologia*. Rio de Janeiro: UERJ.
- Lourau, R. (2004). O instituinte contra o instituído. En S. Altoé (coord.), *René Lourau. Analista Institucional em tempo integral* (pp. 47-65). São Paulo: Hucitec.

- Mallatía, T. (2009). Cartas. Narrador, registo e arquivo. En C. Pinsky y T. R. de Luca (orgs.), *O historiador e suas fontes* (pp. 195-221). São Paulo: Contexto.
- Mezzadra, S. (2014). Em viagem. Michel Foucault e a crítica pós-colonial. En M. Artières, J. F. Bert, F. Gros y J. Revevl (coords.), *Michel Foucault* (pp. 337-348). Río de Janeiro: Forense.
- Paulon, S. M. y Romagnoli R. C. (2010). Pesquisa-intervenção e cartografia: melindres e meandros metodológicos. *Estudos e pesquisas em Psicologia*, año 10, núm. 8, pp. 85-102.
- Prigogine, I. (2011). *O fim das certezas: tempo, caos e as leis da natureza*. São Paulo: Editora UNESP.
- Rodrigues, H. C. (2003). Do arrependimento dos intelectuais ao triunfo da rosa - análise institucional, Estado e direitos humanos. *Psicologia em Revista*, Belo Horizonte, vol. 9, núm. 13, junio, pp. 89-108.
- Rodrigues, H. C. (2011). Intercessores e narrativas: por uma dessujeição metodológica em pesquisa social. *Pesquisas e Práticas Psicossociais*, vol. 6, núm. 2, agosto-diciembre, pp. 234-242.
- Romagnoli, R. C. (2009). A cartografia e a relação pesquisa e vida. *Psicol. Soc.* [en línea], vol. 21, núm. 2, pp. 166-173.
- Veyne, P. (2009). *Foucault, seu pensamento, sua pessoa*. Lisboa: Texto e Grafia.

5. PROCESOS PRODUCTIVOS CONTEMPORÁNEOS Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL: ALGUNAS CONSIDERACIONES

*Marcia Cavalcanti Raposo Lopes**
*Luiz Antonio Saléh Amado***

INTRODUCCIÓN

PENSAR EN LA transformación social y sus procesos sigue siendo, hasta la fecha, un gran desafío. La historia nos muestra que las sociedades y los sujetos se van transformando conforme pasa el tiempo; sin embargo, ¿cómo ocurre esa transformación? ¿Cómo es posible fomentarla al repensar sus posibles direcciones?

Discutir estas cuestiones nos impulsa a pensar sobre cómo funciona la sociedad, sus esquemas de continua (re)producción y sus espacios de diferenciación. Entre los innumerables abordajes posibles para examinar estas cuestiones, optamos por discutir las a partir del campo del trabajo, espacio privilegiado de producción de la existencia que instaura relaciones y prácticas sociales.

* Profesora investigadora del Laboratorio de Trabajo y Educación Profesional en Salud (Lateps), de la EPSJV/Fiocruz. Doctora en Psicología Social por la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ, 2006) y profesora del curso de Psicología de la Universidad Estácio de Sá. Correo electrónico: mlopes@epsjv.fiocruz.br

** Doctor en Psicología Social por la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ, 2006), profesor de la Facultad de Educación de la Baixada Fluminense (FEBF/UERJ) y del programa de posgrado en Políticas Públicas y Formación Humana (FPFH/UERJ). Correo electrónico: saleh@uerj.br

En este sentido, nos propusimos debatir algunos diseños que se han ido configurando en el ámbito de los procesos productivos de las sociedades contemporáneas. Así, tomamos el análisis de los espacios laborales, reestructurados en función de la nueva lógica flexible de la producción y la problematización de las crecientes iniciativas productivas de los sectores populares, como ejes de discusión para la reflexión sobre los límites y las posibilidades de movimientos transformadores en las sociedades contemporáneas.

El primer apartado del presente texto presenta una de las aportaciones del análisis institucional francés a la discusión sobre el concepto de institución, construyendo así el marco teórico que permitirá reflexionar acerca de nuestro objeto. El siguiente tiene como propósito analizar la reestructuración productiva y sus posibles efectos en el sentido de la transformación social y, finalmente, en el último contemplaremos el desarrollo de la economía de los sectores populares como actividad productiva alterna a la luz de la misma reflexión.

ENTENDER EL CONCEPTO DE INSTITUCIÓN Y EL PROCESO DE INSTITUCIONALIZACIÓN

Consideramos necesario presentar el concepto de *institución* empleado en el presente trabajo y, desde el inicio, queremos deshacernos del error causado por el entendimiento generalizado y según la acepción usada por campos disciplinarios y sociales de diversa índole. Se trata del uso ordinario de este concepto con el sentido de establecimiento, como escuelas, fábricas, hospitales, etcétera, lo cual nos da una indicación de cómo comprenderlo a partir de las características materiales y concretas asumidas por la institución.

No obstante, de acuerdo con el referente institucionalista, las instituciones son consideradas entidades abstractas, como algo que no se puede localizar inmediatamente, formas que producen y reproducen las relaciones sociales o forma general de las relaciones sociales, que son instrumentadas en establecimientos (Rodrigues y Souza, 1987).

Podemos describir a la sociedad como un tejido de instituciones que se articulan entre sí, que sirven para regular la producción y la reproducción de las actividades humanas y las relaciones entre las personas. Según Ba-remlitt (1992), las instituciones son lógicas, enunciados que, de acuerdo

con el grado de formalización asumido, pueden ser leyes o normas. En estos casos, generalmente son escritas, pero también pueden ser pautas o regularidades de comportamiento, lo que revela que la institución prescinde de este tipo de formalización.

Mientras tanto, las instituciones, al desempeñar el papel de reguladoras de la vida humana en sociedad, con suma frecuencia se materializan en dispositivos concretos: las organizaciones. Éstas asumen diversas formas materiales que abarcan desde organizaciones complejas, como un ministerio, hasta establecimientos pequeños, como escuelas, clubes, fábricas, etcétera. Baremblytt resume la idea de la siguiente manera:

las organizaciones son conjuntos, ya sea grandes o pequeños, de formas materiales que colocan en marcha, que concretan, las opciones distribuidas por las instituciones, enunciadas por las instituciones. Esto significa que las instituciones no tendrían vida, no tendrían realidad social, si no fuera mediante las organizaciones. Sin embargo, las organizaciones no tendrían sentido, no tendrían objetivo, no tendrían dirección, si no estuvieran informadas como lo están a través de esas instituciones (1992: 30).

Una de las principales aportaciones del pensamiento institucionalista a la problematización de la dinámica social es la investigación de las condiciones históricas de producción y reproducción de las instituciones. A diferencia de la tendencia de considerarlas universales y atemporales, el institucionalismo provee los instrumentos necesarios para el cuestionamiento de esta supuesta trascendencia social e histórica. Así, a partir de delinear ciertos aspectos de la institución, de plantear de manera explícita sus principales características, será posible entenderla no como “naturaleza”, sino a modo de prácticas construidas socialmente.

También, de acuerdo con el institucionalismo, el concepto de institución encierra otros dos conceptos: el de *instituyente* y el de *instituido*. Según Baremblytt (1992), el primero abarca los movimientos que generan o transforman a la institución, presentando características dinámicas, procesales, mientras que el segundo se refiere a los resultados de la acción instituyente, al desempeñar la función de organizadora de las actividades sociales, y, precisamente por ese motivo, puede considerarse vital para la sociedad. Sin embargo, cuando se ve exacerbada, suele caracterizarse por rigidez y parálisis, lo cual contribuye a la naturalización de las formas de dominio y de explotación. La relación dialéctica entre ambos conceptos otorga una

dinámica propia al proceso de institucionalización, ya sea dominado por procesos revolucionarios instituyentes o sometido al conservadurismo de las normas y regulaciones instituidas; se presentan, respectivamente, en forma permeable —constantemente abierta a la creatividad y a las transformaciones— o vedada —resistente a los movimientos instituyentes y restándole potencia a las fuerzas vivas—. De estos análisis surgen, por consiguiente, dos puntos que deben ser problematizados.

Sobre el primero es importante afirmar que no siempre las novedades o los cambios significan, obligatoriamente, la existencia de movimientos instituyentes. Para que un proceso se considere instituyente, no es suficiente que se presente sólo como algo diferente de lo anterior, sino que deberá cargar en su seno y de manera fundamental, el cuestionamiento de las relaciones y las prácticas instituidas. De esta manera, el estímulo para el cambio y la innovación debe ser problematizado cuidadosamente antes de ser considerado el elemento que provoca las rupturas de las estructuras instituidas.

Hay otro punto que exige una discusión más amplia que involucra los procesos de institucionalización. A fin de que determinados procesos de cambio se vuelvan efectivos, es decir, que ciertos movimientos instituyentes produzcan las transformaciones de las prácticas instituidas, ¿es necesario que traspasen los límites de la actividad revolucionaria, que avancen más allá del impulso creativo? La respuesta afirmativa a esta pregunta puede revelar la comprensión de que dichos elementos pueden ser recursos ricos en su capacidad de procesamiento; sin embargo, tienen poco aliento o acostumbran a ser de corto alcance, es decir, si no se institucionalizan, tienden a agitarse rápido o a restringirse a su origen local.

En otro orden de ideas, se argumenta que esos procesos sólo tienen valor como agentes propulsores de cambio, si permanecen libres de las amarras institucionales o, incluso, cuando ya se ha incursionado en la institucionalización, momento en el que sus fuerzas se debilitan y con ellas su potencial de transformación.

En el ámbito del análisis institucional, campo de conocimiento a partir del cual elegimos discutir los procesos socioinstitucionales, es común encontrar posicionamientos distintos frente a dicha cuestión, aunque haya concordancia en relación al hecho de que la institucionalización sea portadora de efectos indeseables.

Por una parte, se considera el proceso de construcción de instituciones necesario, a fin de que sucedan los cambios más efectivos. En realidad, más

que necesario, es inevitable, puesto que, de lo contrario, permaneceríamos eternamente en un “venir a ser” que jamás se materializaría en prácticas y relaciones que tengan algún sentido. Por otra, hay que alertar sobre la grave equivocación de promover la institucionalización de los movimientos instituyentes, teniendo en vista la tergiversación generada por este proceso en los objetivos iniciales del movimiento.

Al explorar un poco más estas posiciones, se percibe que el reconocimiento del carácter inevitable de los procesos de institucionalización en el juego institucional refleja el entendimiento de que lo instituido desempeñaría un papel histórico fundamental como regulador de las actividades sociales, sustentando y manteniendo la vigencia de las leyes, las normas y los estándares constituidos necesarios para el funcionamiento de la sociedad. Se trata de una visión heredada de las tradiciones jurídicas y sociológicas, cuya presuposición es que las instituciones aseguran la cohesión social. De acuerdo con Remi Hess, a partir de este punto de vista: “Las instituciones son la expresión y la garantía del orden social [...] ellas engloban las normas y las obligaciones de comportamiento (las normas jurídicas), así como a los grupos organizados en cuyo seno se llevan a cabo los procesos de aprendizaje y de socialización” (Hess, 2007: 148).

Pese a la actitud favorable con respecto a la institucionalización, los problemas potencialmente originados por este fenómeno, como la rigidez, el conservadurismo, etcétera, este punto de vista no los ignora. La sociedad, al igual que la vida, es un proceso, se encuentra en permanente transformación. De esta forma, la utilidad de los instituidos para la vida social es directamente proporcional a la capacidad que tengan las instituciones de acompañar los nuevos estados sociales, respondiendo adecuadamente al carácter mutable de la vida y de la sociedad (Baremblyt, 1992), así como a la posibilidad de mantenerse abiertas al cuestionamiento de los procesos de naturalización de las relaciones de dominación. Ésta, por cierto, es una de las principales razones del reconocimiento de la importancia otorgada a las actividades instituyentes y, por consiguiente, de la idea de institución como proceso. Hess (2007) recuerda la contribución de René Lourau y, en este sentido, cuando aquel desarrolla la teoría del análisis institucional, recupera la dialéctica incluida en el concepto de institución, y la define como el resultado del constante enfrentamiento entre lo que se da por sentado —lo instituido— y las fuerzas de subversión —lo instituyente.

Antes de que pasemos a otro punto de vista, cuyo objetivo es denunciar cómo se han ido desvirtuando los principios fundadores inducidos por

la institucionalización, vale la pena citar que los analistas institucionales, apoyados en Lourau y en el entendimiento de la dialéctica que envuelve al instituyente y al instituido, ya alertaban sobre el movimiento de recuperación de los procesos revolucionarios operados por las instituciones, con la finalidad de moldearlos de acuerdo con sus leyes y normas. En este caso, se trata de lo que el análisis institucional denomina *efecto Mühlmann*, es decir, el proceso de recuperación o integración de las fuerzas sociales minoritarias, de los movimientos innovadores, de la originalidad, etcétera, mediante su reconocimiento por parte del conjunto de las instituciones ya existentes. Por cierto, la posibilidad de convertir a las fuerzas instituyentes en formas equivalentes a las conocidas sería una condición, o un sacrificio, al que se someten los movimientos revolucionarios, muchas veces no percibidos por la mayoría de las personas, con objeto de garantizar la continuidad de su existencia. De acuerdo con Hess, el sacrificio:

se impone por la presión de otras instituciones y, en algún punto, por la presión directa del Estado y de la clase dominante, deseosos de que entren en sus filas, transformando en “materia social” de intercambio, a las fuerzas instituyentes del movimiento opositor (ideas, temas formulados por el movimiento) (Hess, 2007: 142).

Mientras que, para determinado punto de vista, la institucionalización conduce a las ideas, creaciones y a los movimientos instituyentes hacia la pérdida de su radicalidad. De acuerdo con otro enfoque, no es sólo la fuerza de estos movimientos o su potencial lo que se logra con su institucionalización, sino también el propio objetivo, al adular su propósito inicial. Como nos recuerda Remi Hess, estas reflexiones, construidas por Michel Authier, permiten visitar la teoría del análisis institucional, profundizando la revisión de los efectos provocados por la institucionalización, al explicar la adulteración de los movimientos instituyentes por el principio de la falsificación: la pérdida de sentido padecida por dichos movimientos en el momento de su paso hacia la institución.

El principio de la falsificación, según Hess, es la clave para comprender determinados fenómenos socioinstitucionales, como aquellos que se encuentran en las prácticas de determinadas instituciones, ya materializadas en organizaciones o establecimientos, en busca de reconocimiento por parte del Estado y de posibles cuotas de su presupuesto. Si una idea o un movimiento logra avanzar sin los recursos provenientes del financiamiento

estatal, puede mantenerse fiel a sus principios e independiente del poder hegemónico. De lo contrario, la disputa por los fondos públicos conduce a la falsificación de los ideales fundacionales. Esto es decisivo para el funcionamiento institucional, puesto que el reconocimiento por parte del Estado sólo se obtiene al hacer que fracase la razón de su existencia como institución (Hess, 2007).

Por lo tanto, este segundo punto de vista no menosprecia la dialéctica instituyente-instituido, pero la redefine en términos del compromiso que mantienen cada uno de sus elementos con los objetivos fundamentales de la institución. De esa manera, alertan sobre el hecho que, sin importar el deseo real de que se promuevan cambios amplios y duraderos en la sociedad, la institucionalización de prácticas y de movimientos instituyentes tiende a conllevar la falsificación de los intereses que originaron dichos movimientos. Como nos alerta Hess:

Bajo esta óptica, lo instituyente se define como lo que desarrolla una lógica de la verdad con relación al momento fundador. Lo instituido, por el contrario, es lo que falsifica el espíritu fundador de la institución [...] Los organizadores se olvidan con frecuencia del “porqué” de su trabajo organizacional. La institucionalización es, así, el recubrimiento de la profecía por parte de algo instituido, cuyo efecto es el de negar los objetivos iniciales de la institución para seguir sus objetivos propios, sin relación con la profecía del momento fundador (Hess, 2007: 154).

En realidad esta discusión parece concentrarse en torno a lo inevitable: el proceso de institucionalización o la falsificación que le es inherente. De esta manera, el dilema “institucionalizar o no institucionalizar” se inscribe en el campo de las acciones sociales y políticas, en el que reside la discusión acerca de las ventajas y desventajas de la institucionalización para la sociedad. Visto como fenómeno necesario para el equilibrio social, ¿el sesgo conservador de la institucionalización podría ser contrabalanceado por la presencia de fuerzas y estímulos provenientes de movimientos instituyentes, con miras a volverla sensible a los cambios y transformaciones de la sociedad o con base en los mecanismos de falsificación que implica, debería evitarse, estimulando así la multiplicación de fenómenos instituyentes que se desarrollan y se autodisuelven incluso antes de que lleguen a la fase de recuperación por parte del conjunto de instituciones sociales?

El reto es pensar en salidas para los *impasses* creados por iniciativas transformadoras en su origen, portadoras de ideales revolucionarios, pero que no logran que avancen sus banderas de cambio. En vez de eso, parecieran ser fagocitadas por el sistema institucional y, una vez que demuestran que no constituyen una amenaza, incluso reciben el aval del poder hegemónico, sirviendo, en cierto punto, para su reproducción.

En este sentido, necesitaremos problematizar algunas cuestiones si queremos avanzar en dirección a la formulación de alternativas. Inicialmente, no podemos ignorar los planteamientos de Authier (*apud* Hess, 2007) que alertan sobre la impropiedad de presentar a la institucionalización como algo inevitable. Esta descripción del juego institucional se asocia a ciertos tipos de sociedad en los que la conquista del poder se considera el único modo de socialización. Para ilustrar estos planteamientos, el autor cita algunos ejemplos de iniciativas cuyo objetivo no era la conquista del poder, sino la existencia y el ejercicio de prácticas alternativas a las hegemónicas, que se volvieron viables y generaron efectos durante el periodo de su existencia, sin que para ese fin fuera necesario llegar a la cima de la pirámide del poder. Son los casos, en particular, de las relaciones en red, como las que con frecuencia suelen encontrarse en el ciberespacio. El internet, por lo tanto, es el ejemplo ideal de espacio social de la actualidad que favorece la creación de relaciones construidas con base en otra lógica, diferente de aquella basada en la construcción piramidal del poder.

No obstante, al mismo tiempo que se multiplican los ejemplos de acciones sociales protagonizadas por grupos cuyo funcionamiento se ve limitado al momento instituyente, al autodisolverse poco tiempo después, de la misma forma no podemos ignorar la ampliación de los límites y de las posibilidades de los movimientos instituyentes, proporcionada por su legitimación a través del paso a la condición de institución. Si el proceso de institucionalización es portador de efectos colaterales como aquellos que vacían la fuerza de los movimientos originales, o incluso alteran sus objetivos fundacionales, esta es una cuestión que debe tratarse sin perder de vista el papel de los agentes institucionales en este proceso. Según Barembliitt (1992), quien otorga el dinamismo a las instituciones son los agentes: los seres humanos; son ellos los responsables por el desarrollo de las prácticas (discursivas y no discursivas, teóricas y técnicas), al brindar soporte a todo el movimiento. Cabe considerar, por lo tanto, a los agentes en el proceso de la institucionalización y, en ese sentido, su importancia como autores colectivos de los espacios institucionales.

REESTRUCTURACIÓN PRODUCTIVA Y MOVIMIENTO INSTITUYENTE

Después de la Segunda Guerra Mundial, con el fortalecimiento de la organización del trabajo fordista y la estructuración del Estado del bienestar social, especialmente en Europa y en Estados Unidos, se consolidó lo que Bauman (2001) llamaría la “modernidad sólida”. Apoyada en la dependencia mutua entre capital y trabajo que integraba la maquinaria pesada de las grandes industrias de producción masiva y una legión de trabajadores que la ponía en marcha, el orden social vigente se constituyó a partir de dispositivos importantes destinados a enmarcar continuamente a los sujetos en los espacios sociales establecidos, dispositivos destinados a atacar las anomalías, impedir que haya un distanciamiento de la norma, garantizando la reproducción continua del *statu quo*.

El uso disciplinado del tiempo y el valor de la satisfacción postergada forjaron al trabajador fordista que, al insertarse adecuadamente en la producción, garantizaron para sí mismos, junto con la protección del Estado, un espacio de reconocimiento e inserción social.

La década de 1970 fue testigo del inicio de la colisión de los pilares que soportaban a este sistema. La profunda recesión de 1973 puso en marcha un conjunto de procesos que gradualmente rediseñó el campo de la producción.

Las décadas de los setenta y ochenta fueron un periodo conturbado de restauración económica y de reajustes sociales y políticos.¹ En el ámbito social que se generó a partir de todas esas incertidumbres, una serie de experiencias puede representar el primer ímpetu del paso hacia un régimen de acumulación completamente nuevo, asociado a un sistema de regulación social muy distinto (Harvey, 2001: 140).

A partir de ahí se desarrolló lo que en la actualidad conocemos como acumulación flexible. Apoyado en la flexibilidad de los procesos de trabajo, de los mercados laborales, de los productos y estándares de consumo, impulsado por las nuevas tecnologías de la información, el régimen de los procesos fordistas reestructuró el sistema productivo y, evidentemente, también la ética de trabajo.

¹ Este texto y su datación se refieren básicamente al proceso de reestructuración productiva europeo que sólo fue implementado de manera más agresiva en Brasil, a partir de la década de 1990.

Esta reestructuración productiva, que marcó el inicio de la década de 1970, incorporó un patrón tecnológico y organizacional cuyo objetivo era suplantar la crisis generada a lo largo de esos años con sistemas de trabajo más eficientes y de mayor productividad.

Sobre la cotidianidad del trabajo cabe señalar, con base en los análisis actuales, dos tendencias contradictorias: por un lado, se destacan el intenso proceso de precarización y desprotección a la que está sometida una masa enorme de trabajadores, dejando extremadamente vulnerable su organización y dificultando en gran medida la lucha por sus intereses, ya bastante comprometidos en función de la férrea competencia por los puestos de trabajo. Por otro, se consagra al mismo tiempo la valorización del trabajo calificado, el rescate del saber del trabajador y el estímulo a su crecimiento y a su capacidad inventiva, aumentando la autonomía de los sujetos y su posibilidad de creación, así como la discusión crítica de los procesos laborales y, de formas más amplias, de las relaciones sociales que los determinan.

Es justamente en este punto en el que se sitúa nuestra pregunta: al analizar con mayor detenimiento la segunda tendencia, es posible percibir que la realidad del sistema productivo, que comienza a cobrar forma, combina los viejos mecanismos de control y vigilancia típicos de la producción fordista, como remuneración y promociones, con la inversión en la motivación, en la participación y en la motivación del empleado con su trabajo. “Los mecanismos de control sobre el trabajo, internalizados por el trabajador, deben potenciar la motivación, la cooperación y la responsabilidad” (Colbari, 2001: 122), produciendo, consecuentemente, un “sujeto trabajador”² diferenciado y, al mismo tiempo, una nueva estructura sociopolítica.³

Caracterizada por la flexibilidad y por ofrecer mayor “libertad” a los trabajadores, la nueva organización del trabajo requiere un sujeto creativo y autónomo, que no se limite a ejercer tareas preestablecidas, que sepa enfrentar no sólo los imprevistos rutinarios del trabajo, sino que sepa reflexionar, producir y transformar procesos y productos, garantizando que

² Al decir *sujeto trabajador*, nos referimos a un determinado patrón producido que no remite únicamente al sujeto empleado que está trabajando, puesto que este patrón afecta no sólo a quienes forman parte del mercado laboral, sino también a aquellas personas que no participan en él y desean participar. Aquí la noción de empleabilidad, así como la búsqueda constante de los sujetos que quieren encontrar un trabajo, aparece como una cuestión fundamental.

³ Toda esta nueva reorganización socioproductiva y subjetiva, que ya es bastante visible en el primer mundo, llega a Brasil con un cierto retraso. En este sentido, vale la pena resaltar que esta tendencia, aunque ya sea perceptible en algunos procesos productivos de nuestro país, no puede seguir considerándose como un patrón, indicando apenas un movimiento de transformación.

las empresas tengan ventajas competitivas en todo momento. Siguiendo la agilidad del capital, el nuevo trabajador necesita estar produciendo siempre, transformándose, lanzándose y adaptándose a situaciones nuevas. Además de eso, la nueva organización del trabajo invierte en la noción de equipo, reconoce la importancia de la escucha y del intercambio entre los trabajadores y propone una mayor horizontalidad en las relaciones laborales.

Aparentemente, se abre un espacio de revaloración del trabajador no sólo como instrumento productivo, sino como ser pensante y creador. Además, supone propiciar la construcción colectiva, la producción, los nuevos saberes y valores compartiendo e impulsando la transformación de lo instituido.

Mientras tanto, las cualificaciones requeridas para el nuevo trabajador se inscriben en otro registro. Vinculadas a los intereses y necesidades actuales que se plantean para las empresas en el nuevo capitalismo, la autonomía, la reflexión y la creatividad, por ejemplo, están conectadas a la preocupación por la productividad y a los problemas que perjudiquen el proceso de producción y acumulación, sin favorecer a la discusión sobre las prácticas hegemónicas del sistema vigente.⁴

Cabe recalcar, de igual manera, como nos muestra Richard Sennett (1999) que, a pesar de que se valore el trabajo en equipo y se proponga favorecer espacios grupales de producción, otro conjunto de aspectos fundamentales atraviesa a la nueva organización laboral que constituye a las sociedades contemporáneas: la falta de una trayectoria temporal, característica de una economía política continuamente replanteada, que desprecia cualquier rutina y tiene sus objetivos anclados en el corto plazo; la competitividad —incluso eludida— que se gesta en una sociedad en la que no hay espacio que garantice el reconocimiento para todos y las contradicciones —aunque encubiertas— de las relaciones líder-liderados (léase jefes-empleados).

Entonces, casi siempre, se crea una comunidad ficticia sin relaciones humanas constantes y objetivos durables, sin relaciones de confianza y con la presencia de relaciones de poder disimuladas sin que sea efectiva la figura de la autoridad correspondiente.⁵

⁴ Al respecto, véase André Gorz (2003).

⁵ La figura de autoridad se define aquí como “alguien que asume la responsabilidad del poder que usa” (Sennett, 1999: 136). Así, “la ausencia de verdaderos seres humanos diciendo ‘Yo le digo qué hacer’ o, en el caso extremo, ‘Voy a hacerte pagar por eso’, es más que un acto defensivo dentro de la empresa; esa ausencia de autoridad deja libre a quienes detentan el control para que cambien,

De esa forma, a pesar de estimular la autonomía y la inventiva de los trabajadores, y de valorar el trabajo en equipo, propiciando, en teoría, el intercambio y el reconocimiento mutuo de los individuos, la carga extremadamente individualista y productivista de la organización flexible estimula el aislamiento y la competencia. De igual modo, estos nuevos procesos productivos no pueden pensarse de modo separado del movimiento generalizado de precarización de las relaciones laborales que los acompañan, generando una enorme inseguridad en el conjunto de los trabajadores.

Con todo esto, difícilmente sea posible un proceso de complicidad que conlleve la construcción colectiva de referentes y la producción/creación de cultura, de conocimientos, de contornos subjetivos que escapen a la lógica instituida por las sociedades contemporáneas. En verdad, el espacio para la producción de lo nuevo —si es que realmente lo podemos llamarlo nuevo— parece absolutamente cercado por el propio nexo del capital, ya que se constituye a partir de valores y relaciones condicionadas por el sistema de mercado. Lejos de imprimir un movimiento instituyente, parece apenas vestir con un traje nuevo a las mismas formas de trabajo instituidas.

Es cierto que los nuevos contextos productivos impulsan cambios que se llevan a cabo rápidamente, no sólo en la vida cotidiana de los sujetos sino también en sus formas de vivir y entender los procesos sociales. Mientras tanto, este movimiento no garantiza reorganizaciones efectivas en la estructura del sistema social, por el contrario, parece favorecer su mantenimiento, al imponer nuevos controles y estructurar un sistema de poder sutil que reproduce la misma lógica.

En realidad, el ritmo frenético de los cambios y la velocidad acelerada que imponen a la cotidianidad configuran un mundo cargado de información y experiencia que envejece rápidamente al ser reemplazadas continuamente. Se imprime una dinámica social en la que la capacidad técnica de producción, la proliferación de la mercancía y la transformación continua de lo cotidiano inducen a la inestabilidad, dificultan los análisis críticos y favorecen el consentimiento pasivo y sin reflexión acerca de los procesos vigentes.⁶

adopten, reorganicen, sin tener que justificarse a sí mismos o a sus actos. En otras palabras, permite la libertad del momento, un enfoque que apenas vislumbra el presente. El cambio es el agente responsable, y no es una persona. Además, el poder sin autoridad permite a los líderes de un equipo dominar a los empleados negando la legitimidad de sus necesidades y deseos” (Sennett, 1999: 136).

⁶ Sobre esto, véase Mancebo (2003).

ECONOMÍA DE LOS SECTORES POPULARES Y REORGANIZACIÓN SOCIAL

Como vimos, los procesos productivos, cada vez más flexibles y en busca de “innovaciones”, no constituyen por sí solos un camino hacia el nuevo orden social. Estimular continuamente los procesos innovadores no siempre significa instituir valores y relaciones que rompan de forma efectiva con las ya instituidas. Regresamos, entonces, a nuestro cuestionamiento inicial: ¿cómo favorecer, de hecho, el reordenamiento de las relaciones sociales? ¿De qué forma tienen dichas relaciones condiciones para instaurarse en los procesos de producción de la existencia que nos permitan organizar nuevas relaciones sociales?

Pensando en que la nueva organización del trabajo y la revaloración del saber del trabajador no son suficientes para proporcionar espacios de producción de existencia comprometidos con otra lógica, distinta de aquella centrada en el mercado, las discusiones que hoy plantea el campo de las “actividades productivas alternativas” tal vez nos puedan ayudar.

Como nos muestra Souza Santos (2002), las líneas de pensamiento crítico que discuten estas cuestiones suelen centrarse en tres características negativas que son continuamente suscitadas por los procesos productivos capitalistas y que deben problematizarse. En primer lugar, el capitalismo genera desigualdades de recursos y de poder de manera sistemática. La separación entre capital y trabajo y la apropiación privada de los bienes públicos funcionan como motores que producen un rendimiento desigual y relaciones sociales marcadas por la subordinación del trabajo al capital. Así, las mismas condiciones que hacen posible la acumulación generan, en forma concomitante, desigualdades drásticas no sólo al interior de cada país, sino también entre los países en el sistema mundial. En segundo lugar, las relaciones de competencia que exige el mercado capitalista suscitan formas de sociabilidad empobrecidas y egoístas, basadas en intereses personales, codicias o miedo, en lugar de solidaridad. En tercer lugar, el creciente fomento del consumismo y la consecuente explotación progresiva de los recursos naturales en el mundo dañan y, más que eso, ponen en peligro las condiciones físicas de vida sobre la Tierra.

La construcción de una nueva lógica de relación y producción que incluya estas preocupaciones en detrimento del productivismo y del desarrollo, típicos de las sociedades capitalistas, parece ser el punto fundamental en los intentos de escapar de este modelo hegemónico. En este sentido, es fundamental, más que repensar la dinámica de la producción y la organi-

zación laboral, comprender el trabajo no solo por su propiedad de proveer el sustento de los individuos y de sus familias, sino por su inserción en una matriz de relaciones sociales, siendo él mismo un epicentro de relaciones y significados (Colbari, 2001).

Considerando el trabajo como elemento que constituye y está constituido por la cultura, y como uno de los puntos fundamentales de los procesos de subjetivación en nuestra sociedad, lo que debemos analizar, junto con el producto del trabajo propiamente dicho, es el conjunto de prácticas, valores y conocimientos que se materializan y se manifiestan en el plano de las relaciones que los trabajadores establecen consigo mismos, con su actividad, con los demás trabajadores y con la sociedad.

A estas alturas, es necesario resaltar que, como ejemplo de lo ocurrido con los procesos de producción flexibles, la estructuración de las actividades productivas alternativas no garantiza la ejecución de una lógica antihegemónica. Inmersas en el conjunto de la economía capitalista y construida por sujetos producidos a partir de sus nexos, muchas veces estas actividades, aunque constituidas al margen de la lógica mercantil, acaban por reproducir sus valores y se insertan de manera periférica en el funcionamiento de la economía global de modo que corroboran su reproducción. En general, el crecimiento y la institucionalización de estas actividades las reintroducen en las formas hegemónicas de producción, lo que nos obliga a analizarlas con cautela.

Según Ricardo Antunes (1999), la existencia de actividades desarrolladas por el Tercer Sector, como las de la economía solidaria, hace posible la incorporación de parte de los trabajadores excluidos por el desempleo estructural. Mientras tanto, para el autor, son equívocos los análisis que las consideran alternativas reales de transformación de la lógica mercantil.

Dada la falta de compromiso del sistema con los innumerables desempleados causada por la reestructuración productiva del capital, las actividades de la economía solidaria ocupan el vacío dejado por la destrucción de los mecanismos del Estado de bienestar social, en donde se habían consolidado o donde existían en forma precaria. De esta manera, no se puede dejar de verlas como funcionales al sistema. Por eso Antunes alerta:

Como mecanismo minimizador de la barbarie del desempleo estructural, ellas cumplen una efectiva (aunque limitadísima) parte de acción. Sin embargo, al ser concebidas como un momento efectivo de *transformación social a profundidad*, acaban por convertirse en una nueva forma de mistificación que pretende,

en la hipótesis más generosa, “sustituir” las formas de transformación radical, profunda y totalizante de la lógica societaria por mecanismos más aceptables y parciales, de cierto modo *asimilables* por el capital. Y en su versión más blanda y adecuada al Orden en realidad pretenden evitar las transformaciones capaces de *eliminar* el capital (Antunes, 1999: 114, las cursivas son del autor).

Así, en principio, la difusión y el fortalecimiento de la economía de los sectores populares, aunque haya sido inicialmente pensada en algunos de los nuevos parámetros ligados a las formas alternativas de producción, no nos llevaría a la problematización de las prácticas destructivas instrumentadas por el sistema capitalista.

Desde otro ángulo de análisis, es necesario reconocer que la arquitectura de estas actividades abre un campo de experimentación y producción instituyente que puede hacer que surjan fracturas en las estructuras dominantes. Es preciso, de cualquier modo, problematizar estas prácticas por medio de sesgos menos economicistas y entenderlas como procesos sociales más amplios, y no sólo como medios de subsistencia de las poblaciones excluidas. Como señala Kraychete:

Si lo que buscamos son formas de trabajo económicamente viables y emancipadoras, no hay cabida para pensar en la eficiencia económica y en el modo de gestión de forma separada. La eficiencia económica no es un fin en sí mismo, no es una meta que se autovalide, pero presupone la indagación: ¿eficiencia económica para cuáles objetivos? (2007: 37).

En este sentido, Coraggio propone la rediscusión de la noción de sustentabilidad de las actividades productivas alternativas. Discutir acerca de la sustentabilidad deja de ser una cuestión puramente técnica, ya que este debate conlleva necesariamente a problemas en el ámbito cultural y político.

La sustentabilidad va a exigir que el trabajo de los emprendimientos asociativos sea valorado socialmente, no sólo desde el punto de vista estrictamente comercial y del deseo que se comprendan más cosas, sino también desde el punto de vista cultural y desde la perspectiva ideológica. No es suficiente que se hagan las cuentas y que den un resultado positivo, para que haya sustentabilidad. Tenemos que ser reconocidos por la sociedad y, como tal, valorados por la sociedad (2007: 77).

Es preciso conectar los procesos de experimentación vinculados a las prácticas de producción alternativas a los intentos, a los ensayos de nuevas formas de relación, de nuevos sistemas culturales, de nuevas instituciones sociales, en fin, de nuevos procesos de subjetivación.

De esta manera, recuperando las discusiones anteriores, nos parece que más que señalar caminos y direcciones para la transformación social, sobrealorando movimientos de cambio en las estructuras productivas, es menester problematizar las posibilidades de difusión y consolidación de nuevas relaciones y prácticas sociales instauradas en estos espacios, ya sea en el interior de las empresas típicamente capitalistas o en los emprendimientos alternativos de los sectores populares.

Por un lado, las nuevas formas de relaciones propiciadas por la reestructuración productiva necesitan plantearse a la luz de las necesidades de los modos de producción y de acumulación actuales, que definen contornos bastante precisos sobre las características que los trabajadores “flexibles” deben desarrollar. La transformación de los procesos de producción instituidos sólo implicaría la transformación efectiva del orden social, en el caso de que fuera acompañada de la apropiación, por parte de los trabajadores, de los elementos que surgieron a partir del reordenamiento del campo laboral —autonomía, flexibilidad, creatividad— alterando así su sentido. Esto permitiría la construcción de otros modos de existencia a partir de las posibilidades abiertas, no exploradas por la organización flexible del trabajo.

Por otro lado, las actividades productivas alternativas deben considerar la importancia de debatir permanentemente sus objetivos, sus modos de articulación, su función, en fin, evitar que se reduzcan a lo económico y, por consiguiente, priorizar las relaciones y prácticas construidas de manera cotidiana. De esa manera, iniciativas antihegemónicas en el campo de la producción, como las de la economía solidaria, podrían difundirse, evitando, no obstante, sucumbir al tipo de institucionalización que conduce a la reapropiación de su potencia transformadora, pues mantendrían activas a las fuerzas instituyentes por medio de la problematización frecuente de sus relaciones y prácticas.

De esta manera, mediante la dialéctica instituido-instituyente, habría una oportunidad para la transformación de los procesos de producción instituidos. Como nos dice Campos, al hablar de estos mismos temas en el campo de la salud pública, la instauración de una nueva civilización está ligada a las condiciones para la constitución de sujetos que crean en la viabilidad de la alteración del *statu quo*. Así,

La lucha por la transformación de las instituciones [...] sólo alcanzará el éxito a partir de la valoración de aquel otro plano de lucha y se basaría en la hipótesis de que es posible REVOLUCIONAR LO COTIDIANO [...] al trabajar bajo la presuposición de que los mecanismos de dominación/explotación —los micropoderes— pueden cuestionarse e, incluso [contradecirse] durante la organización ordinaria y común de la vida en empresas, sindicatos, partidos, instituciones [...]. Y que eso puede suceder incluso cuando también se haya alterado el esquema más general de dominación a nivel del Estado, de la sociedad política y del mundo de la producción (1997: 67).

En realidad, es fundamental lograr reconstruir estilos de vida y de convivencia, extrañarse de nuestras formas cotidianas de relación, construyendo nuevas bases no sólo para la vida productiva, sino para la vida en forma general.

Según Guattari, a fin de enfrentarnos a la destrucción provocada por el capitalismo mundial, los engranajes sociales deben reconstruirse. Lo cual incluiría a las leyes, programas burocráticos, etcétera, pero, fundamentalmente, a la generación de prácticas innovadoras, el incentivo y la propagación de experiencias alternativas. Es, justamente, en la articulación “de la subjetividad en estado naciente, del *socius* en estado mutante, del medio ambiente en el punto en que pueda ser reinventado, que estará en juego la salida de las mayores crisis de nuestra época” (1990: 55).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antunes, R. (1999). *Os sentidos do trabalho*. São Paulo: Boitempo.
- Baremblytt, G. (1992). *Compêndio de análise institucional e outras correntes*. Río de Janeiro: Rosa dos Tempos.
- Bauman, Z. (2001). *Modernidade líquida*. Río de Janeiro: Zahar.
- Campos, G. (1997). Considerações sobre a arte e a ciência da mudança. En L. C. Cecilio (coord.), *Inventando a mudança na saúde* (pp. 29-87). São Paulo: Hucitec.
- Colbari, A. (2001). Resistência e adesão no universo das relações de trabalho. En L. Borges, M. das G. Moulin y M. Araújo (coords.), *Organização do trabalho e saúde* (pp. 113-131). Vitória: Edufes.
- Coraggio, J. L. (2007). Sustentabilidade e luta contra-hegemônica no campo da economia solidária. En G. Kraychete y K. Aguiar (coords.), *Economia*

- dos setores populares – sustentabilidade e estratégias de formação* (pp. 67-99). São Leopoldo: Oikos.
- Gorz, A. (2003). *Metamorfoses do trabalho*. São Paulo: Annablume.
- Guattari, F. (1990). *As três ecologias*. Campinas: Papirus.
- Harvey, D. (2001). *Condição pós-moderna*. São Paulo: Edições Loyola.
- Hess, R. (2007). Do efeito Mühlmann ao princípio de falsificação: instituinte, instituído, institucionalização. *Mnemosine*, vol. 3, núm. 2, pp. 148-163.
- Kraychete, G. (2007). Economia popular solidária: sustentabilidade e transformação social. En G. Kraychete y K. Aguiar (coords.), *Economia dos setores populares – sustentabilidade e estratégias de formação* (pp. 32-66). São Leopoldo: Oikos.
- Mancebo, D. (2003). Contemporaneidade e efeitos de subjetivação. En A. M. B. Bock (coord.), *Psicologia e o compromisso social*. São Paulo.
- Rodrigues, H. y Souza, V. L. (1987). A análise institucional e a profissionalização do psicólogo. En O. Saidon, *Análise institucional no Brasil* (pp. 17-35). Rio de Janeiro: Espaço e Tempo.
- Santos, B. y Rodriguez, C. (2002). Para ampliar o cânone da produção. En B. Santos (coord.), *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista* (pp. 23-78). Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Sennett, R. (1999). *A corrosão do caráter*. São Paulo: Record.

6. UNA MIRADA HACIA LA ESCUELA CON LENTES INSTITUCIONALISTAS*

*Estela Scheinvar**

Viven en mi innúmeros.
Fernando Pessoa/Ricardo Reis

UNA DE LAS relaciones que presentan más tensiones en la escuela actualmente, no sólo en las grandes ciudades brasileñas, sino también en muchos lugares del mundo, es lo que se ha denominado *falta de respeto a los maestros o falta de autoridad por parte de la escuela*. Las nuevas configuraciones económicas, políticas y sociales de finales del siglo xx han sorprendido a la escuela al dar acceso a casi toda la población. Frente a su nueva configuración, sus trabajadores se han sentido coaccionados, atribuyendo muchas de sus dificultades a problemas familiares o a problemas sociales. Esta comprensión, recurrente en la voz de los maestros, traduce la falta de

* El presente artículo se basa en el texto *Quando a escola não se reconhece como parte “do social”*, producido para un debate con trabajadores de la escuela organizado por el grupo de investigación ALEPH de la UFF, coordinado por Celia Linhares, y originalmente publicado en *Cadernos de Ensaios e Pesquisas*. Faculdade de Educação. RJ, Universidade Federal Fluminense, vol. 11, 2006, pp. 75-86.

** Profesora del Departamento de Educación de la Facultad de Formación de Profesores y del posgrado en Políticas Públicas y Formación Humana de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Realizó estancia posdoctoral en el Programa Infancia de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco de febrero de 2020 a marzo de 2021, con beca del Programa CAPES-Print. Proyecto de investigación con apoyo de la FAPERJ. Correo electrónico: estela@uerj.br

discusión sobre la escuela como producto y productora de las relaciones sociales. Muchos de los maestros preocupados y comprometidos con el escenario de tensión que asola su ambiente de trabajo, al buscar herramientas que contribuyan para la producción de movimientos instituyentes, cuentan historias de comportamientos de estudiantes y sus familias, de casos particulares, y lo social tiende a ser asumido como un agente externo, indeseado, que invade la escuela, disociado de la vida escolar y de las situaciones que viven como problemáticas. Aun las difíciles condiciones laborales son poco referidas.

Disciplina, responsabilidad, respeto, aprendizaje, entre tantos otros aspectos, son presentados como principios morales fundamentales a los que todos se debieran adherir, atribuyendo las dificultades escolares a su omisión en la convivencia diaria. Tales principios no se problematizan, ni se cuestionan los múltiples significados que cada uno de ellos pudiera tener, así como tampoco se analizan las relaciones como condición para el trabajo pedagógico. Frente a tales quejas, René Lourau emerge como un importante intercesor para los análisis, al proponer pensar cualquier práctica como una producción histórica que va instituyéndose y acaba por cristalizar relaciones que toman el formato de una institución, en la medida en que no nos preguntamos cómo surgieron y qué formas adoptaron. Así, cuando se enuncia la responsabilidad o la función del profesor, se presupone que todos tendrían la misma concepción, sin ninguna contextualización o comprensión, por entender las relaciones como un dato instituido y, por lo tanto, como una institución. Como dice el autor: “Las relaciones sociales reales, así como las normas sociales, hacen parte del concepto de institución. Su contenido es formado por la articulación entre la acción histórica de individuos, grupos, colectividades, por un lado, y las normas sociales ya existentes, por el otro” (Lourau, 2004a: 71). Las normas también son producidas históricamente, pero de manera general, referidas como tabúes incuestionables, sobre todo en la rígida disciplina institucional, sea en la escuela, en la relación médica, en la familia, etcétera. Desde esta perspectiva, lo que se espera de las personas, bajo las etiquetas de responsabilidad, compromiso, buena educación, entre tantos otros principios morales, se naturaliza, sin poner en cuestión ni su producción ni los efectos de la práctica institucional en los comportamientos.

A las personas se les exige, de forma mecánica, la implementación de valores o comportamientos y, bajo una sólida lógica positivista, se les considera transgresoras cuando no se someten a ellos. Entender lo que no se

espera y se desea institucionalmente como un error es una perspectiva fundamentada en esencias, como plantea Durkheim:

Pues todo lo que es real tiene una naturaleza definida que se impone, con la que es preciso contar y que, aun cuando consigamos neutralizarla, jamás es vencida por completo. Y, en el fondo, esto es lo que de tan singular tiene el concepto de la coerción social, pues todo lo que implica es que las maneras colectivas de actuar o de pensar tienen una realidad fuera de los individuos, los cuales se ajustan a ella todo el tiempo (Durkheim, 2001: 30).

“Ajustarse a una realidad” es un deber, una consigna, según el pensamiento positivista, defendida sin pensar en lo que ha sido construido como un proceso histórico, social, cultural económico; sin pensar en las prácticas como técnicas que echan a andar estrategias sociopolíticas. El análisis institucional ubica las relaciones en los establecimientos en su dimensión histórica y, por lo tanto, política, cuestiona las verdades instituidas y da objetivación a lo que se quiere construir de forma colectiva, desatando las restricciones a las inteligibilidades diversas. Pensar a partir de una norma que preexiste, exime a todos de un análisis de lo que se produce institucionalmente y de lo que se instituye como tal, como norma. Su efecto es importante al ser asumidas como entidades que están por encima de los actos, los deseos, de las producciones subjetivas, en fin. Lourau pone en debate tal perspectiva entendiendo que

la institución no es un nivel de la organización social... que actúa a partir de lo externo para regular la vida de los grupos o las conductas de los individuos [...] pertenece a todos los niveles del análisis: en el nivel individual, en el nivel de la organización (hospital, escuela, sindicato), en el grupo informal o no formal encontramos la dimensión de la institución (2004a: 71).

La institucionalización es una práctica sostenida en parámetros de verdad que impiden el pensamiento múltiple y opera por la coacción desde los actos que puedan parecer más “insignificantes”. Como cuando un maestro de forma inadvertida dice “ahorita no” a un estudiante que se armó de valor para llevarle una angustia, hasta aquellos que tienen visibilidad colectiva, como lo que se instituye como indisciplina o insubordinación.

De hecho, una situación recurrente en el debate escolar es la insistencia en la indisciplina de niños y jóvenes como causa de los problemas sociales;

una afirmación basada en una producción según la cual el joven tiene una naturaleza rebelde. Premisa que, por sí misma, exime en parte a escuela, padres, medios de comunicación, políticas públicas, formas de ejercicio del poder en cualquier instancia, de lo que se llama “desmanes” de la juventud. Sin problematizar lo que produce la escuela y lo que se produce en ella, así como las condiciones sociales y políticas que atraviesan la vida de las nuevas generaciones, la naturalización de la condición rebelde del joven justifica un sinnúmero de actos coactivos, sobre todo por estar basada

en los conocimientos hegemónicos de la medicina y de la biología, entre otros, [que] han afirmado, por ejemplo, que determinados cambios hormonales, glandulares y físicos, típicos de esa fase, son responsables por ciertas características psicológico-existenciales que serían propias de la juventud (Coimbra y Nascimento, 2005: 338).

Un pensamiento mecánico que no da visibilidad a las prácticas políticas y pedagógicas desconsidera los campos de fuerza que constituyen las relaciones de poder y produce, como efecto, una demanda de *mayor y mejor* control. La indisciplina de niños y jóvenes puede ser entendida como todo movimiento: actitud, deseo, acto, que lleva a que los grupos definidos como responsables por el control de las nuevas generaciones se quejen y denuncien su incapacidad de controlarlos, en función del comportamiento de sus subordinados. “Sentir-se incapaz de controlarlos” es una expresión, por un lado, de la potencia depositada sobre tales segmentos; de la institucionalidad del control comportamental como función preponderante de la escuela. De otro lado, tal expresión indica que el comportamiento individual es el responsable por poner en riesgo las estructuras instituidas.

El comportamiento individual de los que tienen que obedecer o de los que tienen que ser obedecidos es el eje analítico de una sociedad basada en la privatización de la vida —sea por medio de bienes o afectos— y en la coacción como mecánica central. Jerarquía, obediencia y orden son conceptos que tienden a ser reforzados en cada intento de comprender y enfrentar las situaciones.

Resulta difícil construir un ejercicio analítico, como proponen los institucionalistas,¹ descentrado de funciones preestablecidas. En general, no

¹ *Movimiento institucionalista* es la denominación de los grupos que contestan la heterogestión y la práctica profesional a partir de dogmas. Con sus diferentes corrientes proponen dispositivos de

sólo las historias acaban por ser poco a poco individualizadas, sino las propuestas para enfrentarlas también, sea por medio del biologicismo que explica un comportamiento por razones fisiológicas, sea por medio de explicaciones personales-comportamentales de los involucrados.

Independientemente de la repetición de un tipo de queja por parte de los trabajadores de la escuela, es difícil encontrar movimientos organizados, colectivos, para pensar la implicación de las prácticas de la escuela en esas producciones. Concluir que la conducta de niños y jóvenes o la actitud de profesores ponen en riesgo el buen funcionamiento institucional no sólo es una forma de sublimar a todas las personas en su posibilidad individual, sino también de entenderlas por encima del contexto social y ver a la escuela como víctima de formaciones políticas y subjetivas frente a las que estaría sometida sin control. La centralidad que ha adquirido la categoría *indisciplina* ha contado con el soporte de algunos especialistas de las áreas humana y social, cuando la atribuyen a la existencia de “familias desestructuradas”, a la “negligencia familiar”, a la “falta de dedicación de los trabajadores”, en fin, a problemas familiares íntimos y, por ende, externos a la escuela. Éstos, conjugados con la creencia en la naturaleza rebelde del joven, inducen a la exigencia de mayor rigor en el control de los trabajadores y en el orden familiar, así como a la actualísima demanda de dar límites a niños y jóvenes en los lugares donde conviven de forma sistemática, como en la casa y en la escuela, convirtiendo los problemas personales, domésticos y pedagógicos en escalas comportamentales. Se trata de una producción compuesta por innumerables hilos de la historia que cuentan la emergencia y la actualización de la sociedad moderna, cuya problematización urge e instiga.

LENTES PARA MIRAR LAS PRÁCTICAS COTIDIANAS

Uno de los lentes que nos permite mirar las relaciones cotidianas de la escuela y construir un campo analítico es la perspectiva genealógica que, en el entendimiento de Foucault, se propone “ver históricamente como se producen efectos de verdad en el interior de discursos que no son en sí ni verdaderos ni falsos”, pero tienen la carga de un saber histórico que se actualiza, naturalizando las relaciones (Foucault, 1982: 7). Contrariamente a

intervención institucional, entre los cuales se puede destacar el autoanálisis. En este texto se presentan, especialmente, las ideas de René Lourau, que hace parte de tal movimiento en Francia, y que propone el socioanálisis.

una mirada histórica, a todos los que son definidos como responsables por el proceso pedagógico se les exigen resultados finales —ciertos resultados finales— alcanzados por medio de comportamientos afines a los modelos hegemónicos, modelizando las prácticas, sin que haya espacio para percibir y mucho menos potencializar los procesos singulares. Al contrario, éstos acaban por ser inhibidos y, con ellos, los posibles devenires de las relaciones. La naturalización de las relaciones es una forma de interdicción de los flujos instituyentes.

Lourau puede ser un buen aliado para pensar la tensión provocada por el constante refuerzo de las prácticas instituidas. Contrariamente a la idea de que una institución es algo dado, ella remite a relaciones que no *son*, sino que fueron instituyéndose en un proceso de cristalización. Ese es el proceso que interesa analizar, a partir de su marco institucional, lo que implica pensarlo a partir de relaciones de todos los órdenes, como social, económico, moral, etcétera. Entender el proceso de configuración de las fuerzas sociales instituyentes, las fuerzas que producen las instituciones, es uno de los caminos posibles por medio de lo que Lourau llama el método del socioanálisis: un “proyecto teórico y político de referencia democrática y libertaria (campo de análisis)”, propuesto como un “dispositivo de análisis colectivo en situación (en el campo de intervención)” (Lourau, 2004b: 227); una propuesta inserta en los movimientos que hacen y deshacen las relaciones institucionales, como dice el autor, rompiendo “aquí y ahora, frente a las situaciones concretas, con la separación entre teoría y práctica” (Lourau, 2004c: 141) y aventurándose por caminos orientados por la “desaparición de los niveles individual, interindividual y grupal en el análisis de tales problemas” (Lourau, 2004c: 145).

A partir de tal referencia, uno de los recursos que he utilizado para discutir en el campo empírico el sentido y la exterioridad con que se entiende la dimensión social (o el sistema social, como lo llama Lourau) en relación con la escuela —y por lo tanto a la escuela en cuanto parte inherente del proceso histórico-social— ha sido la relación que ella establece, en Brasil, con el consejo tutelar.² Al investigar la relación entre el consejo tutelar y la escuela sobresalen los estudiantes y sus familias como problema, y llama la atención la omisión de los trabajadores de la escuela como posibles responsables por

² El consejo tutelar es un órgano municipal instituido por la ley federal brasileña 8069, de 1990, el Estatuto del Niño y del Adolescente, encargado de atender las demandas de violación de derechos de niños y adolescentes.

los conflictos. No necesito decir que la dimensión social, política y cultural, tampoco aparece registrada en los archivos en los que fue realizada la investigación.³ Así, de acuerdo con tales archivos, ha sido posible problematizar la centralidad de la disciplina de los alumnos y traer al debate los siguientes aspectos: 1) la idea según la cual el aprendizaje es múltiple, versátil, más allá de los muros escolares, y 2) la producción de la subjetividad-individuo como uno de los efectos del proceso de disciplinarización.

1) Para Deleuze, el aprendizaje es un movimiento que va más allá de los métodos escolares, por ser el método una máquina de control de la que “el aprendizaje siempre escapa”.

Nunca se sabe de antemano cómo alguien va a aprender —qué amores hacen de alguien bueno en latín, por medio de qué encuentros se hace uno filósofo, en qué diccionarios se aprende a pensar. Los límites de las facultades se encajan unos en los otros bajo la forma fracturada de lo que trae y transmite la diferencia (Deleuze, 2006: 271).

Contenido académico ha sido un concepto y una técnica para inhibir la diferencia e instituir el aprendizaje en el cerco del contenido que se puede controlar. Los procesos instituyentes pueden escapar de la moralización con que se leen las prácticas; son vida, pulsán e instituyen saberes con significaciones múltiples. Frente a la repetición de movimientos entendidos como conservadores, rebeldes, violentos, prácticas consideradas inaceptables de manera general, mecánicamente se descalifica su dimensión instituyente y su posible potencia. Cuando repudiamos algo, entender su emergencia da sentido, incluso a lo que se rechaza para poder construir un diálogo y establecer las diferencias como una posibilidad pedagógica. Muchas de las prácticas, que desterritorializan los saberes hacia campos impensados por una escuela basada en un único modelo, son negadas por medio de su liquidación o de la descalificación de aquellos que son definidos como transgresores. Lo que interesa resaltar —aunque parezca obvio— es que, como dice Silvio Gallo, “el aprendizaje no puede circunscribirse a los límites de un salón de clase [...] él ultrapasa todas esas fronteras, rompe mapas y puede instaurar múltiples posibilidades” (2003: 104). Un pensamiento que

³ “Movimentos sociais, escola e direitos da criança e do adolescente”, proyecto de investigación realizado entre 2006-2008 en la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), bajo mi coordinación.

nos convoca a formular un análisis institucional en el que las dinámicas y las experiencias conduzcan nuestro pensar y no el juicio sobre los actos o la búsqueda de escalas para medirlos; un pensamiento que nos convoca a interrogar lo que sucede en el espacio donde se dan las relaciones y lo que ese espacio tiene que ver con ellas.

Pudiera sonar evidente la propuesta de los llamados institucionalistas, si no fuese la fuerza del pensamiento positivista en las prácticas institucionales que entiende que la acción y el pensamiento:

Son cosas que tienen una existencia propia. El individuo las encuentra ya formadas y no puede hacer que sean o no de un modo distinto de como son; está, pues, obligado a tomarlas en cuenta, y tanto más difícil (aunque no decimos imposible) es para él modificarlas cuanto que, en grados diversos, participan de la supremacía material y moral que la sociedad tiene sobre sus miembros (Durkheim, 2001: 30).

Moral y sociedad son asumidas en el discurso de Durkheim como algo externo, impuesto, inevitable, natural, clamando por obediencia. Un contraste con el trabajo institucionalista, que se basa en la interrogación de las implicaciones de todos los inmersos en el campo en cuestión, como plantea Lourau: “¿Cuál es el escándalo del análisis institucional? Tal vez el de proponer la noción de implicación” (1993: 9). Las implicaciones refieren “el análisis de los ‘lugares’ que ocupamos, activamente, en este mundo” (1993: 14), subvirtiendo la pretendida objetividad y neutralidad del quehacer profesional: “Compostura contraria a esos sistemas objetivos, exteriores al hombre, que no estudian a la institución sino como reglas de funcionamiento social” (Lourau, 2004a: 73).

El incumplimiento de las metas y de lo que Rousseau llama “contrato social” no es percibido como una opción, sino como un boicot, una incapacidad del individuo o un reto al orden establecido, asumido como natural. Todo comportamiento diferente del definido como cierto por los que adoptan modelos y están en una posición de mando no tendrá espacio de escucha o análisis, sino que caerá en las tramas de la infracción y será sometido a las normas disciplinarias que castigan tal comportamiento. Lo que está en juego, a partir de Guattari (1981), es un movimiento que huye de las totalizaciones que las subjetividades dominantes imponen, lo cual causa que las prácticas se deslicen del lugar de la transgresión hacia el lugar de ruptura, de “procesos de singularización”. Presentes en las normas, están los modos

de subjetivación con los efectos que producen, sean éstos de obediencia o de otras posibilidades que escapan a lo previsible. La lógica dicotómica positivista que demarca lo que está bien y lo que no, lo normal y lo patológico, se deconstruye cuando se consideran múltiples efectos como posibilidades, dislocando las verdades cristalizadas asumidas como naturales, hacia terrenos inusitados. Los actos asumidos como indisciplinados, desde la mirada de lo múltiple, de lo singular, no traen una preocupación con su regularidad, sino que instalan un debate sobre el sentido de las relaciones, del funcionamiento de las prácticas, de las lógicas de poder instituidas, que dan visibilidad a procesos instituyentes que pasan desapercibidos cuando son capturados bajo la forma de transgresión. En palabras de Guattari:

Hay un intento de eliminar lo que llamo de procesos de singularización. Todo lo que sorprende, aunque sea leve, debe ser clasificable en alguna zona de encuadramiento, de referenciación. No sólo los profesores, sino también los medios de comunicación de masa (los periodistas, en particular) son muy dotados para ese tipo de práctica (Guattari y Rolnik, 1996: 43).

Por no tener un espacio instituido y, más todavía, por ser coaccionados cuando se muestran evidentes o incómodos, los procesos de singularización tienden a ser movimientos espontáneos e individuales. En general no se configuran orgánicamente, aunque indiquen fuerzas presentes, vivas, en la búsqueda de espacios de creación. Se puede observar la emergencia de fuerzas que, si no fueran sofocadas, tendrían que inventar dispositivos para intervenir en las relaciones instituidas, afirmando los procesos de singularización, potencializando su expresión instituyente.

A través de ese prisma, la indisciplina no es un error, sino un embate, potencia, posibilidad de nuevas virtualidades y, como plantea Heckert en relación a una experiencia de la que ella participó, “en los modos de gestión que están en acción en la escuela se expresa la multiplicidad de líneas y será en la composición de estas líneas que se gesten maneras que aprisionan y expanden las posibilidades de crear prácticas educativas que faculten ejercicios de autonomía” (Heckert, 2004: 16).

2) La producción de la subjetividad-individuo puede ser analizada a partir de los registros de los archivos del consejo tutelar que presentan situaciones, como si fuesen parecidas o repetitivas. Situaciones frente a las que, en muchos casos, los equipos de las escuelas y del consejo tutelar manifiestan su compromiso buscando nuevas prácticas que den respuestas a

los tiempos vividos; a las relaciones en las que la escuela está inserta. Sin embargo, puede percibirse que, aun cuando son cuidadosas, atentas, tales prácticas mantienen un abordaje individualizado, abstraído de las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales de las bases de cuyo contexto emergen.

Ciertamente, tanto la escuela cuanto el consejo tutelar son territorios de poder-saber, productores de modos de subjetivación “como el de la esencialidad y del ‘modo-de-ser-individuo’. Tales creencias son fuertes expresiones del capitalismo, con su referencia idealista-metafísica, presentificadas en el orden político-social” (Coimbra y Leitão, 2003: 9). Una perspectiva presente en los argumentos centrados en las características familiares y en la necesidad de que la familia busque enfrentar las situaciones, es proponer o llevar a cabo acciones, ya que “la creencia en las esencias produce la reificación del individuo. El ‘modo-de-ser-individuo’ será el responsable y el atributo del sujeto que es, sin embargo, apenas una de las formas posibles de subjetividad en nuestro mundo” (Coimbra y Leitão, 2003: 12). El “modo-de-ser-individuo” es una forma que inhibe los movimientos instituyentes que pasan desapercibidos; son desvalorizados o despotencializados porque se distancian de los ideales predefinidos y plantean referencias también distanciadas de la mirada intimista hacia la persona (alguien del equipo pedagógico, estudiante o personas involucradas con él/ella).

En muchos momentos, lo que se reconoce como un problema es la expresión de una fuerza que se disloca de lo que está instituido, haciendo estremecer las verdades en las que lo normalizado se asienta. Lourau entiende que “lo instituido acepta lo instituyente cuando puede integrarlo, es decir, convertirlo en un equivalente a las formas ya existentes” (1977: 15), o sea, se puede decir que el proceso de equivalencia es una forma de captura. Así, transformar una fuerza instituyente en un problema particular o puntual es un modo de afirmar lo que está instituido, despotencializar o intentar eliminar las fuerzas instituyentes.

La subjetividad-individuo es uno de los efectos del proceso de disciplinización que la práctica pedagógica produce, por medio de métodos y estímulos tales como la competitividad. No se trata de despertar una curiosidad sobre un tema y tener un afán por su profundización, sino de que los alumnos se destaquen por cumplir tareas, por obedecer, por hacer las cosas como se les enseña, por ser los primeros a conseguir, individualmente, los hechos que indiquen que los efectos de normalización funcionan eficientemente. La subjetividad-individuo es fundamental para la lógica privada de

la sociedad capitalista, para el funcionamiento del proceso productivo y, con él, del proceso de control político. Coherente con las nuevas demandas del mundo moderno, la escuela garantiza la construcción de un saber que va mucho más allá de los contenidos formales (geografía, matemáticas, gramática, etcétera), garantizando sobre todo la incorporación de técnicas de domesticación por medio de mecanismos que en nada se asemejan a los rudos métodos tradicionales de control. La tecnología del poder pasa a ser una estrategia esencial al ejercicio de la dominación.

La división social del trabajo, la designación de los individuos a sus puestos de producción no dependen únicamente de los medios de coerción o del sistema de remuneración monetaria; más bien, y tal vez de modo más fundamental, de las técnicas de modelización de las agencias inconscientes que actúan por los equipamientos sociales, por los medios de comunicación, por métodos psicológicos de adaptación de todos los tipos (Guattari, 1981: 171).

LO COTIDIANO POR MEDIO DE LA PRODUCCIÓN DE LA SINGULARIZACIÓN

Pensar en un individuo libre, no obstante, vinculado a relaciones de trabajo en las que se inserta de forma puntual o fragmentada—sea porque el trabajador asalariado no posee los medios de producción, sea porque participará en sólo uno de los momentos del proceso de producción, sin condiciones de dominar el proceso productivo como un todo o, sea aun, porque su condición de trabajador no asegura ni la propiedad ni el acceso a los bienes que produjo— es pensar en la producción de un individuo-máquina que acepte y se reconozca desposeído, fragmentado y explotado. Sin duda, el orden que lleva a la obediencia, a la repetición de movimientos que caracterizan el proceso productivo del cual el trabajador participa y el reconocimiento de la alienación de su producción, o la desapropiación del producto de su trabajo es un orden maquínico al que desde temprano el sujeto tendrá que ser insertado y del cual se apropiará naturalizándolo.

Para que se inicie la producción industrial en serie hay que producir cuerpos dóciles en serie. Son movimientos concomitantes, vinculados, engranajes de la misma máquina que escupirá objetos repetitivos, absorbiendo movimientos repetitivos, acordes al ideal de la sociedad del capital, que es la reproducción del capital; su reproducción tan rápida cuanto posible. Esa agilidad, básica para la realización del ciclo del capital, tiene como con-

dición la eficiencia que, a su vez, depende de la capacidad de inserción de la fuerza de trabajo a la lógica y al ritmo con que las máquinas operan. Personas obedientes y ordenadas, tal vez, sean el producto más precioso e indispensable para la realización del capital. No se trata sólo de obedecer, sino de confundirse con una pieza, de ser un engranaje de forma tan imantada que en el fluir del montaje no se reconozca en donde acaba el trabajador y en donde se inicia la materia inerte: ambos se convierten en seres inertes con su obediencia-máquina.

Una demanda de domesticación que rechaza las fuerzas múltiples y los procesos instituyentes que los análisis colectivos pueden provocar. En oposición a la producción de rupturas y dislocaciones en función de la producción de diferencias, niños y jóvenes son convocados desde temprano a “sumarse a los procesos” y a no alterar el orden, para efectivamente “contribuir”. Una operación que requiere el silenciamiento para el funcionamiento del mundo moderno, para la producción de la vida en serie. La normalización, característica de la sociedad capitalista centrada especialmente en niños y jóvenes, ha sido cada vez más difícil, no por cuestiones genéticas, como quieren los especialistas en pedagogía, psicología, servicio social, medicina y áreas colindantes, cuando indican tratamientos orgánicos, comportamentales o recetas morales para la práctica familiar.

La constatación cada día más enfática, de que las normas disciplinarias no conducen al éxito individual, ha convertido a las enseñanzas instituidas en espacios de tensión y violencia. Guattari (1981) plantea que es fundamental la infantilización como función de la economía política y de la subjetiva para cementar la condición de dependencia del Estado. Para ese autor, dicho proceso se da mediante la segregación producida por sistemas jerárquicos fijos y de culpabilización, instrumentalizados por modelos totalitarios de formas de ser, pensar, sentir... Interesante idea, precisamente por señalar la búsqueda de la solidez de los movimientos, del control de cuerpos y mentes, en un sistema mutante, que depende de su capacidad de circulación y actualización para sobrevivir.

La lógica de fijar modelos de comportamiento por medio de discursos que refuercen relaciones instituidas es paradójica, sin el reconocimiento formal de las actualizaciones que suceden en un mundo cuya marca es la actualización permanente de las verdades y de las potencialidades. Un ejemplo sería el trabajo y refuerzo a un modelo de familia que no corresponde a la realidad de muchos estudiantes. Los movimientos instituyentes, que se filtran por la afirmación de vidas múltiples, han sido silenciados y

negados en el trabajo pedagógico hegemónico, a pesar de su presencia contundente en la vida.

Ante tal cuadro, las áreas de recursos humanos y *marketing* enfatizan la creatividad, la espontaneidad, el “arréglatelas” para poder acompañar la inestabilidad contemporánea, al mismo tiempo que el proceso pedagógico afirma la continuidad, la repetición y la contención como condición de sobrevivencia. Interesa discutir fenómenos tales como la violencia en la escuela —a los cuales se atribuye gran responsabilidad de la exclusión escolar— en una perspectiva genealógica que, según propone Foucault, implica el análisis de procesos no a partir de un sujeto, sino de su constitución en la trama histórica, o sea, de los sentidos que adquieren los sujetos, sus acciones y las acciones sobre ellos.

Abordar las acciones de modo técnico tiene un efecto paralizador, mientras que un abordaje político tiene un efecto potencializador de su dimensión instituyente. Bauman (2003: 105) denuncia la práctica de “despojar toda interferencia colectiva en el destino individual para desreglamentar y privatizar”. Así, estructuras constituidas por relaciones de violencia pasan desapercibidas por funcionar mediante mecanismos que operan individualizando lo social, haciendo de alumnos, familias, equipos pedagógicos, consejeros tutelares, responsables por conflictos corporificados en la escuela, sin pensar en la producción de los espacios y de los modos de subjetivación presentes en ellos.

Deleuze nos ayuda a pensar que los llamados problemas de la escuela, cristalizados en instituciones naturalizadas, pueden contribuir a construir otras maneras de ser escuela, con la resignificación de los conceptos con los que se trabaja, convirtiéndolos en sucesos, acontecimientos, y no en una institución pétrea. Una intervención cotidiana de afirmación de lo que Deleuze llama “una educación menor”, por entenderla como un acto militante cotidiano de revuelta, de resistencia, de creación, de singularización. En el decir de Gallo, “hoy, más importante que anunciar el futuro, parece ser producir cotidianamente el presente, para posibilitar el futuro” (2003: 71).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Z. (2003). *Comunidade: a busca por segurança no mundo atual*. Rio de Janeiro, Zahar.
- Coimbra, C. y Leitão, M. B. (2003). Das essências às multiplicidades: especialismo psi e produções de subjetividades. *Psicologia e Sociedade*, vol. 15, núm. 2, julio-diciembre, pp. 6-17.
- Coimbra, C. y Nascimento, M. L. (2005). Ser jovem, ser pobre é ser perigoso? *JOVENes—Revista de Estudos sobre Juventud*, vol. 9, núm. 22, enero-junio, pp. 338-355.
- Deleuze, G. (1990). *Conversações*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Deleuze, G. (2006). *Diferença e repetição*. Rio de Janeiro: Graal.
- Durkheim, É. (2001). Las reglas del método sociológico. México: FCE.
- Foucault, M. (1982). Verdade e Poder. En M. Foucault, *Microfísica del Poder*. Rio de Janeiro: Graal Ed.
- Gallo, S. (2003). *Deleuze & a Educação*. Belo Horizonte: Autêntica Ed.
- Gramsci, A. (1978). *Maquiavel, a política e o Estado Moderno*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Guattari, F. (1981). *Revolução Molecular: as pulsações políticas do desejo*. São Paulo: Brasiliense.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (1996). *Micropolítica. Cartografias do Desejo*. Petrópolis, RJ: Vozes.
- Heckert, A. (2004). *Os processos de luta por escola pública: memórias e invenções cotidianas*. Vitória-Proyecto de investigación. Departamento de Psicologia, Universidade Federal do Espírito Santo.
- Lourau, R. (1977). Análisis institucional y cuestión política. En R. Lourau *et al.*, *Análisis institucional y socioanálisis*. México: Nueva Imagen.
- Lourau, R. (1993). *René Lourau na UERJ. Análise Institucional e Práticas de Pesquisa*. Rio de Janeiro: UERJ.
- Lourau, R. (2004a). Objeto e método da análise institucional. En S. Altoé (coord.), *René Lourau: Analista Institucional em Tempo Integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2004b). O campo socioanalítico. En S. Altoé (coord.), *René Lourau: Analista Institucional em Tempo Integral*. São Paulo: Hucitec.
- Lourau, R. (2004c). O Estado na análise institucional. En S. Altoé (coord.), *René Lourau: Analista Institucional em Tempo Integral*. São Paulo: Hucitec.

7. LÍNEAS, RAYAS Y GARABATOS. CONSIDERACIONES SOBRE EL PRESENTE

*Katia Aguiar**
*Vanessa Fonseca***
*Raphaella Daros****

[...] el verdadero problema del hombre reside en una forma de vida que lo hace cómplice de lo que supuestamente combate o quiere liberarse, cómplice del poder que lo captura. Es esencial desconstruir la complicidad que hay en nosotros.

L. Fuganti

APERTURA, ARRIESGÁNDOSE A PRESENTAR UN PLAN DE ESCRITURA

LOS PAÍSES OCCIDENTALES erigieron sus fortalezas a expensas del robo y la explotación del resto del mundo. Lo sabemos. Las estrategias de invasión, ocupación y dominación son cada vez más indagadas y conocidas. Predominan en las páginas de los libros, de los informes de investigación, en los espacios de los medios de comunicación alternativos, haciendo cada vez

* Docente de la licenciatura y del posgrado del Instituto de Psicología de la Universidad Federal Fluminense, Estado de Río de Janeiro. Brasil. Correo electrónico: katiafaguiarpsi@gmail.com

** Psicóloga, doctora en Psicología. Universidad Federal Fluminense (UFF). Niterói. Estado de Río de Janeiro. Brasil. Correo electrónico:vnfonseca@gmail.com

*** Psicóloga. Programa de Posgrado en Psicología Institucional. Universidad Federal de Espírito Santo (UFES). Vitória. Estado de Espírito Santo. Brasil. Correo electrónico: raphadaros@gmail.com

más hincapié en las denuncias y las historias contadas, en especial por los pueblos tradicionales nativos de los territorios.

Si podemos retroceder en el tiempo y reconocer que estas prácticas acompañan nuestra historia, es cierto que también podemos hablar de una pereza moral, además de teórica y política, cuando nos contentamos con demostraciones de las similitudes entre el pasado y nuestro presente “esto ha sido así desde que el mundo es mundo” (Foucault, 1986: 11). Dudar de las pruebas, una cuasiadvertencia que nos invita a dar importancia al acceso a las instalaciones del nuevo orden del mundo y en ellas dar seguimiento a sus especificidades, cuestionando lo que lo diferencia de los regímenes anteriores.

Esta es, ciertamente, una de las fuerzas que nos mueve a escribir lo siguiente, menos por la aceptación de un deber y más por la comprensión de que se trata de un movimiento necesario para el ejercicio de una cierta localización, pero también inacabado y abierto a la experimentación de temporalidades inciertas. No es sino la indispensabilidad de mirar el mundo que nos rodea y sus condiciones determinadas. Este movimiento, necesario y deseoso, nos pone por delante de nuestros intereses invertidos en estudios e investigaciones, favorece el análisis de nuestras implicaciones y puede sugerir otras rutas de investigación.

Antes de plantear la propuesta del presente artículo, nos parece pertinente plantear algunas consideraciones sobre nuestra inserción en el movimiento institucionalista, de forma más concreta en lo que se ha denominado *análisis institucional* en Brasil.

Desde la década de 1960, ante los desafíos que presentan las condiciones sociopolíticas y económicas de América Latina, subdesarrollada por la reiterada extorsión, expropiación y explotación de sus más variadas formas de riqueza material e inmaterial, hemos encontrado contribuciones para la construcción de otro paradigma de investigación en los campos de la ciencia directamente involucrados con la constitución de lo que pensamos humano y social. Dichas contribuciones se han venido generando en una miríada de procesos que a lo largo de las décadas han involucrado a profesionales, investigadores y la sociedad en su conjunto, en diversas acciones para la transformación de esas condiciones.

En Brasil, los caminos de estas prácticas se amplían diversificando los diálogos, promoviendo rompimientos y composiciones a veces insospechadas entre los conocimientos procedentes de diversos campos de referencia, en un ejercicio que nos atrevemos a llamar *antropofágico*. Nos referimos, pues, a los procesos que operamos entre nosotros y que nos llevan a afirmar

particularidades en las tramas del análisis institucional. Los movimientos de resistencia de la década de 1960, las experiencias de la pedagogía y del Teatro de los Oprimidos, la orientación latinoamericana de grupos y de psicología social, los aprendizajes en los movimientos sociales y las comunidades de base, entre otros, desafiaron, agitaron y se fusionaron en lo que provenía de las referencias francesas del análisis institucional. Lo cual ya nos llevó a afirmar: “nos movemos deliberadamente hacia un territorio provisional, en el que las definiciones, cuando se utilizan, son tan solo estrategias de paso de un sentido posible” (Saidon, 1991: 13).

Más que una teoría que abarque la totalidad de los problemas estableciendo matrices conceptuales, lo que buscábamos era construir un plano de consistencia en el movimiento heterogéneo grupal-institucionalista. En éste, nuestra forma de hacer investigación (cualitativa) se disloca de los “planes de acción” y de las “formas de participación” definidas *a priori*, asumiendo la dimensión de intervención. En esta perspectiva, la implicación del intelectual-investigador no se refiere sólo a la politización de las demandas y encargos, investigando-interpretando las condiciones de su producción social, sino que exige que nos establezcamos en estas condiciones, en un engendramiento siempre presente, y que hagamos de nuestra propia investigación-formación una materia de intervención.

En suelo brasileño encontramos formas de hacer tanto el trabajo como la intervención institucional con enfoques diferenciados de las referencias francesas en sus tendencias socioanalíticas y esquizoanalíticas. Aunque la problematización de las influencias y las posibles composiciones de estas tendencias no sea objeto de nuestro artículo, es importante indicar el énfasis micropolítico en nuestros análisis. Entendemos que la investigación-intervención afirma radicalmente la imposibilidad de cualquier neutralidad, posicionando nuestros cuerpos en la inmanencia de las fuerzas, haciendo que las interferencias movilizadas en los encuentros, que son materia de análisis, y activando la capacidad de creación en los procesos de subjetivación. Como indicamos anteriormente, “desde la perspectiva de la inmanencia, el enfoque esquizo-analítico considera planos o dimensiones de lo real más allá de lo concreto y de la presencia. La realidad no solo es lo visible, y la subjetividad no se limita al ‘yo’” (Aguiar y Rocha, 2007: 659). Lo que se produce es el resultado del encuentro de múltiples dimensiones o *líneas de fuerza* entrelazadas, sin que ninguna de ellas tenga el papel de unidad trascendental —una textura ontológica que, mediante composiciones, fabrica nuevas figuras, estados inéditos en nuestra actual consistencia subjetiva.

En este artículo, la búsqueda de soluciones no guió el proceso de la escritura, sino que, aunque las tensiones de los desarrollos pueden a veces llevar a un *impasse*, nos arriesgamos a un plano de escritura. Siguiendo las huellas de una teoría de la multiplicidad, encontramos que “escribir nada tiene que ver con significar, sino con topografiar, cartografiar, aunque se trate de regiones que aún estén por llegar” (Deleuze y Guattari, 1995: 13). De ahí que nos arriesgamos a redactar un texto que se genera en la conjugación entre líneas de escritura y líneas de vida.

Convocadas por nuestras prácticas como trabajadoras sociales, reflexionaremos sobre cómo operan ciertas demandas y políticas promotoras de los derechos humanos. Inmersas en las luchas por la igualdad y la justicia, nos motiva la creencia de que la cuestión humana debe prescindir de las fórmulas simplificadoras. Precisamente debemos tener cuidado con las salidas rápidas y consensuadas.

Siguiendo algunas líneas, traemos los esbozos de un ejercicio de rastreo de fuerzas para *plantear el problema*. Con qué líneas es necesario romper para habitar las fronteras, las encrucijadas, los cruces, metáforas de las luchas sociales que denuncian las formas colonizadoras de la búsqueda de justicia. ¿Cómo podemos romper con la lógica normalizadora que rige a la política, las instituciones occidentales y las leyes que pretenden garantizar tales derechos? ¿Cómo romper con las prácticas normalizadoras colonizadoras y prescriptivas, en medio de la convocatoria de los saberes y especialidades que nos constituyen como trabajadores sociales?

Si con una teoría de la multiplicidad podemos afirmar que estamos hechos de líneas, el análisis de nuestras implicaciones se despliega *rastreando algunos riesgos*, para *interrogar nuestras prácticas* y aprehender algunos de sus efectos. Algunos riesgos ya son viejos conocidos, como el de entrar por los caminos de los especialistas silenciando voces. Otros, sin embargo, son capturados por los efectos desestabilizadores generados en nuestros cuerpos, pero aún no podemos nombrarlos. Sin embargo, en la condición de innominables, dichos riesgos pueden llevarnos a presentir, a acceder a percepciones y afectos nacientes, a evaluar cada vez de diversas maneras nuestras labores con los más involucrados en los procesos. Pueden surgir como inquietudes y pueden llevar a una decisión política, para decidir por una política de investigación que acoge y pone en análisis aquello que, en medio de las prácticas, vibra en nuestros cuerpos.

Estas líneas de fuerza, a veces imperceptibles en sus movimientos de deriva, pueden abrir el acceso a los procesos que se producen y aparecen en la multipli-

cidad —las subjetivaciones, las totalizaciones, las unificaciones (Deleuze y Guattari, 1995: 8). Accediendo a los procesos de constitución de lo que se pone como verdad, cuestionar certezas, desnaturalizando, agrietando los puntos de cristalización. *Ensayando garabatos, abriendo caminos de investigación*: como una apuesta que, más allá de los orígenes y las finalidades segmentarias, favorezca la creación de otras formas de vida.

SIGUIENDO ALGUNAS LÍNEAS Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En el nuevo orden del mundo, de asentamiento del proyecto neoliberal, sabemos de una economía que articula de un modo singular las zonas de vulnerabilidad, los márgenes de tolerancia, un sistema de información general y la constitución de consensos; estrategias vinculadas a la posibilidad de una rápida intervención en lo que es intolerable para el poder; coerciones e incitaciones que arman los engranajes del autoengendramiento y del autocontrol social (Foucault, 1986). El acceso a los hechos en tiempo real acelera la difusión de noticias cargadas de asombro, indignación y miedo. Reacciones afectivas que, lejos de ser naturales, se producen ya sea por el descubrimiento de que no vivimos en la “aldea global”, o por los efectos abrumadores de un clima de amenaza, propagado y generalizado, que pretende mantenernos en polarizaciones.

El nuevo orden mundial traza caminos rectos que conducen a abismos. En cada esquina, ciudad, en los pliegues de alguna colina, en los márgenes de un nuevo recinto, proscritos, precarios, hambrientos, sin tierra y sin techo, cuerpos desvalidos nos aparecen y nos parecen etapas terminales de procesos acelerados de deshecho. El nuevo orden del mundo impone sus caminos rectos mediante procedimientos ilusorios de flexibilización y descontrol, en un flujo permanente de información y bienes, incitando a los humanos y no humanos a la construcción de máquinas, en acoplamientos sucesivos simuladores de movimiento y transformación. La capitalización de los excedentes, de las creaciones y desviaciones se lleva a cabo dentro de un proceso que es también de apropiación de riquezas y de reenvío de los remanentes a las líneas de segmentación dura, impregnantes en los marcos normativos (clase, género, edad, profesión, ciudadanía).

Sin embargo, las explosiones de cuerpos rebasan, invaden las calles, grafitean los muros, cantan, ocupan, declaman, protestan. Las categorías y las nomenclaturas se rompen y filtran diversas formas de pensar-vivir,

probando otras trayectorias —cis, trans, homo, hetero—. También filtran reivindicaciones, representaciones e insistencias que pueden reafirmar destinos. ¿Cómo escapar de las emboscadas del reconocimiento?

El nuevo orden del mundo debe enfrentarse a cuerpos cada vez más “pobres para la deuda, numerosos para el confinamiento” (Deleuze, 1992: 224), intensamente desterrados y expatriados para encajar en alguna regulación migratoria, demasiado híbridos para alguna ciudadanía. El nuevo orden mundial amontona los cuerpos en fosas poco profundas, enjaula a los niños y actualiza las estrategias para restringir a las mujeres, haciéndolas vivir “una alienación de sus cuerpos, de su ‘trabajo’, y hasta de sus hijos, más profunda que la que experimenta cualquier trabajador” (Federic, 2017: 180). El nuevo orden tamiza al criminalizar las resistencias a la expropiación y militarizando las disputas por recursos naturales, exterminando mundos.

Al barricar las carreteras en un breve lapso, nos permiten ver la diversidad de motivos, intereses, afiliaciones y argumentos que se enjambran cristalizando, lo que se conoce como huelga.¹ Aunque los cuerpos trabajadores se unen en la formación de otro cuerpo (sindicato), la diversidad de motivos y formas de estar en el camino confunde y perturba los análisis que insisten en el encuentro de un líder, de un centro de comando. Lo que encontramos son fuerzas, tensiones, líneas enmarañadas de continuidad y ruptura; oscilantes, deshacen mandatos, jerarquías y rayan otros contornos; endurecidas, moralizan el movimiento e invierten en el reconocimiento y la negociación. En el contexto de la reciente huelga de camioneros en Brasil, los agentes han logrado una visibilidad importante y algunos avances “interrumpiendo el flujo de básicamente todos los insumos necesarios para la sociedad brasileña”, se nos notifica que “cuando las vías institucionales para reivindicar los derechos ante el Estado fracasan, al parecer la única alternativa es el bloqueo” (Berzins, 2018: 95).

Cada paro es un encuentro. Con carne asada, bebida y música. Con discusión política, con vida. Interrumpir los flujos del capitalismo no debe ser una tarea

¹ Una situación emblemática de esta realidad fue la reciente huelga de camioneros en mayo de 2018, en Brasil. Según Berzins (2018), de acuerdo con los análisis del Comité Invisible (2016), el movimiento tuvo un amplio y profundo impacto en la sociedad con ciertos paralelismos con los movimientos de junio de 2013. Lo anterior confirma la percepción de que estamos viviendo una época que, junto con el crecimiento de movimientos conservadores, también se caracteriza por muchas situaciones de insurgencia similares. En este sentido, el autor llama la atención a la importancia de mantener en buen estado nuestras herramientas militantes, planteándonos esta tarea como cotidiana.

exclusivamente negativa, sino que también debe llevar el contrapunto de la propuesta alternativa. Construyendo sus formas de confraternización, de intercambio, sus formas de aprendizaje y manteniéndose siempre abierto al análisis de implicación, al análisis de coyuntura y a pensar en los siguientes pasos. Se sabe que un paro no es eterno. Se sabe que esa suspensión de la vida cotidiana tiene un periodo razonablemente corto. Así que saquemos el mayor partido de esa suspensión, para que cuando la vida regrese a su curso habitual algo se haya quedado más allá de las marcas de fogatas, los montones de escombros y cadenas a lo largo del camino (Berzins, 2018: 100).

En el nuevo orden, el control social funciona en las dimensiones de los grandes contornos y de los detalles, dos segmentariedades que forjan, al mismo tiempo, dos tipos de vigilantes: los miopes (molares/duros) y los de visión amplia (moleculares/flexibles), y “lo que vigilan son los movimientos, manifestaciones repentinas, infracciones, disturbios y rebeliones que tienen lugar en el abismo” (Deleuze y Guattari, 1996: 73). Seguir las vibraciones, mínimos movimientos en las microsegmentaciones, captar los cambios; observar las dualidades, los marcos binarios, recortar y sobrecodificar lo existente a favor del mantenimiento de modelos.

Todo es político. Buscamos, siguiendo algunas líneas de organización molar, de segmentación dura (percepciones y sentimientos), visibilizar cómo los problemas que hemos colocado alcanzan contornos, rellenos y anexos. Con otras líneas de segmentaciones más delgadas (*micropercepciones*, *afectos*) que operan, captan y sienten diferente a la organización, accedemos a algunos movimientos, potestades de deriva de un cierto estado de las cosas.

El nuevo orden del mundo, visto como una dimensión molar, con la dureza de las estrategias que producen consensos, se encuentra presente en la criminalización de las prácticas de resistencia —estas mismas micropercepciones y afecciones— que oscilan entre la captura y el desplazamiento de lo que se produce como un orden a seguir. Suturas, cortes, grietas, “toda esta cadena y trama de poder se sumergen en un mundo que se les escapa, un mundo de flujos mutables” (Deleuze y Guattari, 1996: 111), líneas de fuga de la centralización/totalización. En la inmanencia mutua, entre líneas, en las líneas de fuga inmanente del campo social, el desentrañar nos presenta las tensiones: en el mundo que se nos escapa las rupturas pueden crear, pero también ganar el curso de la destrucción, la línea de abolición, la línea de muerte.

En el nuevo orden del mundo, los combates se insertan entre políticas de la existencia entendidas aquí como tesisuras, formas de gestionar el registro de conjuntos binarios (representaciones), y sus relaciones de doble dependencia recíproca, con flexibilidad, creatividad permanente en múltiples combinaciones moleculares (creencias y deseos). Más allá de las contradicciones, nos interesa el hecho de que algo se filtra, se les escapa a las organizaciones, un flujo mutable, un flujo convulsivo, creador (quanta micropolítico) siempre subyacente a la línea sólida y a los segmentos (Deleuze y Guattari, 1996: 95).

Pensar con líneas y flujos nos permite trazar un espacio donde las tres modalidades coexisten, se mezclan y se transforman —líneas duras, de corte; líneas flexibles, de grietas; quanta o “líneas” de fuga, de ruptura—. Permite evocar diferentes temporalidades en el montaje de una analítica práctica y política a la vez: “la práctica no viene después del establecimiento de los términos y sus relaciones, sino que participa activamente en el trazado de las líneas, enfrentándose a los mismos peligros y variaciones que ellas” (Deleuze y Guattari, 1996: 78). En este sentido, buscamos intercesores que pudieran contribuir a la construcción de un campo de consistencia, prestando atención a los efectos que se podrían ver en las conexiones, en las composiciones, en los bloqueos y obstáculos, en los riesgos de un escape.

En este mundo, el de las facilidades neoliberales, persisten las disputas en este nuevo orden, siempre mediadas por el sistema judicial, que nos vemos obligados a recurrir a las leyes con la intención de buscar algún reconocimiento, a derechos que nos den acceso a servicios, a la justicia para ejercer los derechos. Una época paradójica en la que las luchas por los derechos hacen avanzar una economía entrelazando modulaciones persuasivas —de amortiguación de tensiones mediante políticas de inclusiones precarias— con incidencias represivas de silenciamiento de las deserciones, en políticas de encarcelamiento y diversas mortificaciones. Buscamos lo justo. Sin embargo, lo que es justo y por derecho parece haberse transfigurado, barbarizado, modulado, anexo a los engranajes de la regulación de las formas de coexistencia.

Lo que tenemos como máxima expresión del nuevo orden mundial es la expansión de la función judicial en el cuerpo social, en su doble movimiento de invasión (capilarización) en la más mínima parte de la vida y de condensación (tomada para sí) de las funciones de distintas instituciones —procesamientos permanentes entre planos, micro y macropolíticos, en un orden sostenido por el control—. Actualización de una forma de operar

el poder que se lleva a cabo en la “regulación legal de todos los comportamientos como una modalidad de gobierno” (Lobo, 2012: 29). El derecho ya no es un derecho, es beneficio, ganancia, privilegio; mercancía que se intercambia por buen comportamiento, un premio que se conquista en la política de los decretos. En estas condiciones, el ejercicio del derecho adquiere otras tensiones: ya no se trata sólo de la reivindicación dirigida al Estado, sino de todo un campo de disputas, de litigios que se instalan en las relaciones de proximidad —entre grupos, individuos, instituciones, entre movimientos sociales, entre nosotras las trabajadoras sociales.

Foucault (1977; 1979; 2015) nos insta a considerar alejado de una concepción jurídico-política del poder, la promoción de los derechos y las tensiones de ese proceso. No se trata de pensar en recetas, fórmulas o normas para salir de la opresión, sino de afirmar la necesidad de problematizar las prácticas que nos afectan, produciendo formas de vida. En esta dirección de nuestro análisis consideramos la política que se hegemoniza en la representación parlamentaria, en las organizaciones y normas instituidas, como adyacente a tantas otras políticas difusas, a veces dispersas, que también compiten en la producción de subjetividades. Desde la perspectiva micro-política, muchas prácticas se convierten en políticas, ya que “están imbuidas de relaciones de fuerzas, expresan regímenes deseosos y gobiernan la vida”. Por eso se habla de “política de lo cotidiano, de la familia, de la subjetividad, del cuerpo, del deseo” (Hur, 2018: 45) y, añadiríamos, de investigación.

La aprehensión de la modulación judicial nos llegó primero como *microperceptos* —malestar e inquietud— efectos en nosotros de las prácticas punitivas y sus diversas penalizaciones que comenzaron a aparecer, cada vez con mayor intensidad, como procedimiento y como reivindicación. Estas prácticas están presentes en los procesos de formación y trabajo, en los diferentes campos en los que actuamos y por diferentes cuerpos, individuales y colectivos. Observamos que no son exclusivas de ningún credo religioso, de ninguna clase social, de ninguna adjetivación política como izquierda o derecha. Recordamos que, si desde un funcionamiento disciplinario se activó la estrategia de “insertar más profundamente en el cuerpo social el poder de castigar” (Foucault, 1977: 76), en el actual régimen de poder, se está desarrollando una nueva definición e institucionalización de lo que es judicial, expansión de lo judicial (Lobo, 2012: 29), de los flujos de penalidades.

Nos llaman la atención las notas de una analítica del presente, que indica que los derechos sociales, hasta hace poco un dispositivo agregador de

controversias, en el nuevo orden del mundo se están volviendo obsoletos, e incluso abolidos, mientras se refractan y se dispersan en derechos de minorías (Passetti, 2007). Los efectos secundarios de una sociedad de control en la que el Estado:

organiza su seguridad en policías, fuerzas armadas de superficie, heredadas de la sociedad disciplinaria, y los sistemas de vigilancia [satélites, servicios de información y denuncias]. Llegó a contar con la sociedad civil organizada, ejerciendo también múltiples controles. Con esto se resguardó de la *multitud* y la *sitió* (Passetti, 2007: 25).

Rodear, asediar, aterrorizar, controlar al aire libre. Sitar como estrategia colonizadora para forjar supervivientes, condenar a muchos a la lógica en la que “es la muerte del otro, su presencia física como un cadáver, lo que hace que el sobreviviente se sienta único” (Mbembe, 2018: 62). Pensando con las líneas, hablamos de la transformación de una línea de fuga cuando la mutación es reemplazada por la destrucción, por la abolición. Siguiendo su funcionamiento, nos acercamos a la especificidad de los microfascismos percatándonos de que “pueden cristalizarse en un macrofascismo, pero también flotar por sí mismos en la línea flexible, bañando cada célula minúscula” (Deleuze, y Guattari, 1996: 110), como un virus.

No podemos dejar de observar que el sistema judicial ejerce una selectividad en la población que es detenida. No es el cumplimiento de una ley lo que establece el castigo necesariamente, sino un régimen en el que la infracción sólo se percibe cuando es cometida por parte de una población marcada por su color, clase social y género. La persecución policial está dirigida a la población negra. ¿Es posible proponer una ley que no recaiga sobre esta población? ¿Qué otras construcciones del mundo nos librarían de aquellas que invierten en una ley para castigar? ¿Cómo podemos promover los derechos sin tutela?

Aunque entre nosotros la obra *Vigilar y castigar* (Foucault, 1977) haya ganado desde la década de 1970 una rápida popularidad, aprovechando las críticas a la función de la escolarización en el surgimiento y consolidación del capitalismo, revelando un sistema disciplinario de adiestramiento de los cuerpos, distribución del espacio y control del tiempo, las aportaciones de estos estudios, sumadas a lo que hoy encontramos en *La sociedad punitiva* (Foucault, 2015) conforman y nos ofrecen una genealogía de la forma-prisión. Ella nos hace ver las líneas de coemergencia del campo de la delincuencia y de las prisiones, en el contexto de la posrevolución francesa, cuando ésta se construye como un

nuevo ilegalismo en el intento de frenar las luchas sociales que amenazaban a las clases dominantes.

Como señala Candiotta (2012), en los estudios foucaultianos el apriamiento se muestra como un medio eficaz para producir delincuencia, que llega a normalizarse, convertida en algo económicamente útil. Lo anterior hace evidente la proximidad entre las tecnologías que se encuentran en el sistema penitenciario y las que se utilizan en otras instituciones sociales; el autor también señala que la prisión, al ser “la forma concentrada de las instituciones médicas, psiquiátricas, pedagógicas e industriales [...] exonera a todos esas instituciones de ser prisiones, en el sentido de que queda reservada sólo para aquellos que hayan cometido una infracción, un delito o un crimen” (Candiotta, 2012: 20).

La prisión, junto con los sistemas judicial y legislativo, genera y está preparada para gestionar los ilegalismos, haciendo que “jueguen unos contra otros”. Junto con las ganancias económicas mencionadas, se anuncia la ganancia política: “cuantos más delincuentes haya, más aceptará la sociedad los controles policiacos” (Pol-Droit, 2006: 49 y 50). En nuestro presente, en medio de amenazas de todo tipo, en un contexto de pérdidas y daños a veces irreversibles, la naturalización de las sanciones y los castigos tiene en la forma-prisión su forma más acabada (Foucault, 1977) y en el genocidio la cúspide de “gestión policiaca y policialesca de la vida cotidiana de los pobres” (Batista, 2013: 66).

Como figura, la judicialización condensa cuestiones derivadas de diversas prácticas sociales y pone a orbitar el sistema judicial. En su refutación de las prácticas, opera mediante la individualización y su desdoblamiento como culpabilización, criminalización y castigo; se vale del respaldo legal como correlativo a la exención de intereses y al bien común. Encontramos una constelación de intercesores que pueden apoyarnos a ampliar los análisis, acompañándonos en la proliferación de situaciones cotidianas y conceptos que actualmente delinear un campo problemático: la judicialización de la vida.

En el nuevo orden del mundo, en sus condiciones determinadas, con la oportunidad que aquí se presenta de convertir en escritura algunos hallazgos de los estudios e investigaciones que avanzan como régimen de coproducción, a partir de nuestra presencia en distintas actividades de formación con profesionales, grupos e integrantes de movimientos sociales, queremos reafirmar la posición de tensión que asumen los llamados trabajadores sociales en nuestro presente. Como personas que trabajamos en la “pro-

ducción de subjetividad” y cuya profesión consiste en “interesarse por el discurso del otro”, vivimos en una encrucijada política y micropolítica con el desafío permanente de “hacer que se mantengan los procesos singulares que se encuentran casi en la tangente de lo incommunicable —articulándolos en una obra, un texto, en un modo de vida consigo mismo o con algunos otros, o en la invención de espacios de vida y libertad de creación” (Guattari y Rolnik, 2005: 186).

Rastreado algunos riesgos, interrogar nuestras prácticas

La judicialización surge para nosotros como un problema en el campo de la intervención de la psicología social, que seguimos nombrando aquí con la condición de que nuestra comprensión de la implicación de nuestras prácticas —decir y hacer— en la producción de lo que afirmamos cuidar (criticar, intervenir, actuar, reparar), de lo que no sólo definimos, sino que producimos como nuestro objeto. Dicha actitud reafirma que, más allá del reconocimiento de una neutralidad imposible, nuestras implicaciones y los efectos de nuestras prácticas son materia de análisis en los procesos de investigación-intervención.

En medio del llamado permanente a elegir entre prestar nuestros cuerpos al juego de los intereses macropolíticos o a la invención micropolítica, tenemos que enfrentarnos a los riesgos insistentes de convertirnos en moduladores del control, incluso con la intención de organizar fuerzas que parecen resistir o escapar a las incidencias de biopolíticas en las prácticas cotidianas. Para nosotros, esa elección ética no es sólo una cuestión de voluntad/valor, sino de producción subjetiva, de construcción de otras lógicas, de otros posibles. Por este motivo, tomaremos aquí algunas líneas que hilan como problemáticas las relaciones entre los trabajadores sociales y los derechos humanos, señalando que hemos iniciado una conversación que en la actualidad nos parece infinita.

Por medio de los estudios de Foucault, podemos entender cómo se cruzan los modos de vida con prácticas, discursivas y no discursivas, en la docilización de los cuerpos y la regulación de las poblaciones. Observamos que Foucault retoma el modelo jurídico (dialógico) presentado como un camino de emancipación y protección de los saberes reducidos y sometidos. En este camino, el autor abordará las relaciones entre las normativas de conducta y la centralidad del sujeto del conocimiento, cuestionando el

modelo de humanidad desarrollado por distintas prácticas —entre ellas las psicológicas, médicas y educativas— que, con sus tecnologías y sus mandatos con el dispositivo científico, contribuyeron a la perpetuación y universalización de una idea del hombre (Aguiar, 2012: 64 y 65). Este análisis se realiza por medio del reconocimiento de la relación entre sujeto y poder, entendiendo las relaciones de poder como intrínsecas a las concepciones del sujeto, como producción de modos de existencia.

El eurocentrismo que conduce al análisis de los derechos humanos y de las leyes nacionales no sólo ha universalizado los sujetos, sino que ha creado las condiciones de normalidad, de pensamiento, de representación política. A partir de la judicialización se crean fórmulas listas para luchar políticamente, basadas en sistemas correctivos y disciplinarios que favorecen la lógica del colonizador y de las élites. Así, la tradición democrática de las sociedades occidentales se ha mantenido gracias a la estrecha relación con la disciplina normalizadora de los sujetos (uniformidad e individualización). En el liberalismo, la libertad se logra por medio de la ley, establecida sobre la base de una cierta idea de autonomía, en la que son prioritarias las habilidades atribuidas a los procesos de desarrollo humano que conducen a la centralidad de la razón y al control de las pasiones. Los que no han alcanzado o están fuera del alcance de dichas habilidades son percibidos como incivilizados, faltos de control y necesitados de tutela.

Las prácticas judicializantes se centran y se repiten especialmente en grupos minoritarios o mayorías populares, como preferimos llamarlas aquí. La lógica del derecho, vinculada a un sujeto universal, se ha utilizado para legitimar las demandas de los grupos dominantes que definieron los parámetros de su ejercicio. Crenshaw (2002) nos ofrece un claro ejemplo de esta cuestión cuando observa cómo se manifiestan las diferentes formas de opresión a través de la intersección de los marcadores sociales de género y raza:

Si bien la Declaración Universal garantiza la aplicación de los derechos humanos sin distinción de género, en el pasado los derechos de la mujer y las circunstancias específicas en que se cometen abusos contra ellas se formularon como distintas en la visión clásica de los abusos de los derechos humanos y, por lo tanto, marginales dentro de un régimen que aspiraba a su aplicación universal. Sin embargo, dicho universalismo se basaba sólidamente en las experiencias de los hombres. En consecuencia, a pesar de la garantía formal, la protección de los derechos humanos de las mujeres se vio comprometida, ya que sus experiencias podían definirse como distintas de las de los hombres. Así

que, cuando las mujeres eran encarceladas, torturadas o se les negaban otros derechos civiles y políticos, de manera similar a lo ocurrido con los hombres, esos abusos se percibían obviamente como violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, cuando las mujeres, bajo custodia, eran violadas, golpeadas en el ambiente doméstico o cuando alguna tradición les negaba el acceso a la toma de decisiones, sus diferencias con los hombres volvían esos abusos “periféricos” tratándose de garantías básicas de los derechos humanos (Crenshaw, 2002: 172).

La observación de Crenshaw nos parece importante porque, además de puntualizar la forma diversa y desigual en que los diferentes grupos se ven afectados por la aplicación de la ley, poniendo de relieve el carácter discriminatorio y opresivo de los regímenes democráticos, nos abre el camino para alejarnos de las categorías que pretenden ser universales, para acercarnos a las situaciones-problema para observar, ver cómo funcionan. De esta manera, encontramos entrelazadas en una línea dura, de marco, como las de clase y género, y también líneas flexibles que nos dejarán ver modulaciones en la operacionalización de una ley, por ejemplo: ¿cómo nos organizamos y buscamos soluciones a las opresiones en las prácticas cotidianas? ¿Podría la concepción microfísica del poder, de un poder positivo que se ejerce en el ámbito de la norma, alejándose del ámbito de la ley, ampliar nuestro campo de análisis?

Algunas tensiones que encontramos en situaciones de lucha por garantizar los derechos de las mayorías populares parecen estar relacionadas con una forma de promoción de la justicia, en la que la posibilidad de escuchar las distintas voces y los diversos factores que cruzan las vidas y las relaciones se ha visto limitada por la prisa y por un ímpetu económico de producción de salidas para hechos que exigen un análisis cauteloso y lento. El reduccionismo de la complejidad de las situaciones que exigen justicia se basa en el intento de naturalizar y normalizar lo que se entiende por vida humana y actuar sobre los que no se ajustan a las normas.

El ser humano considerado capaz de adquirir las habilidades para participar en procesos democráticos, el que tiene voz, es tomado como modelo, universalizado, induciendo que situaciones disímiles sean ajustadas a marcos comunes. La lucha, el movimiento por la justicia en diversos campos, no ha escapado de esta fórmula, que plantea interrogantes para la pauta y las estrategias de los movimientos sociales que, al tratar de institucionalizar estas reivindicaciones, lo hacen reproduciendo esa misma lógica.

Al enfrentarse a diversas opresiones sociales, las leyes han sido a menudo activadas como soluciones finales, quedando la complejidad de la vida, aunque no es desconocida, socavada por la elaboración de propuestas hacia una sociedad más justa. Sin embargo, como advierte Lobo (2012), la demanda de leyes, reglamentos y controles surge en la actualidad, como mencionamos, en una relación ajustada a la función judicial que, más que determinar lo que es lícito y lo que es ilícito, hace que los mecanismos de protección funcionen como una de las técnicas de administración de las poblaciones consideradas vulnerables.

Podemos decir de la judicialización como proceso que, más allá de las sanciones y castigos del sistema penal, se inscribe en el orden de la información, de las denuncias, de las culpabilizaciones, capilarizándose y multiplicándose en nuestro mundo,

de tal manera que sólo entendemos la libertad por la violación, por la vulnerabilidad que se hace necesaria para volvernos presas fáciles y obedientes de esta economía de poderes que, en nombre de la protección y la seguridad, pretende obstruir las intensidades de la vida (Lobo, 2012: 29).

La obstrucción de las intensidades de la vida y la reducción de la complejidad operan en la invisibilidad de las variaciones de composición y de rupturas entre líneas que dibujan grandes contornos de organizaciones binarias (mujer-hombre, negro-blanco, niño-adulto, pobre-rico) y las que pueden hacer vibrar las desviaciones, las creaciones. Lo que tenemos es

menos la afirmación de imponderabilidad o de lo incalificable que acecha en la diversidad (de la vida) que la búsqueda de nuevas fronteras que puedan delimitar, contener nuestras zonas oscuras, aquellas atribuidas a las pasiones e identificadas como posibles barbaries (Aguar, 2012: 63).

El modelo que sirve de referencia para la judicialización se establece en la articulación de ciertos marcadores sociales: blanquitud, masculinidad, heterosexualidad, adultez, plenitud de las capacidades físicas, capacidad productiva, poder adquisitivo. De esta forma, observamos que los castigos previstos en las referencias jurídico-dialógicas en las que se ancla la idea de justicia suelen afectar a algunas personas, especialmente aquellas que se identifican en la superposición de diversos marcadores como, por ejemplo, las mujeres negras, pobres, lesbianas. En el enfrentamiento de las

situaciones en las que las desigualdades y la opresión están presentes en las relaciones, se revela la multiplicidad de fuerzas que cruzan la garantía de lo que es justo.

Como ejemplo de la cuestión que aquí se plantea, presentamos el caso del matrimonio en la niñez o la adolescencia, situación a la que nos enfrentamos en nuestras prácticas como trabajadoras sociales. Recientemente se ha producido una movilización internacional en torno a esta cuestión, que repercute en la vida de muchas niñas y mujeres. Con base en informes de matrimonio infantil en varios países de África, Asia y América Central, una organización no gubernamental de Brasil llevó a cabo una investigación sobre esta cuestión, con el fin de señalar pruebas de la existencia del problema en este país (Taylor *et al.*, 2105). En Brasil, los datos recabados en la última encuesta del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE, 2010) indican que, en el rango de edad de 10 a 14 años, había 22 849 niños y 65 709 niñas en uniones estables. Sin embargo, según las entrevistas realizadas a mujeres adolescentes en la investigación coordinada por esta organización en Brasil, a diferencia de los países donde el matrimonio es forzado en la infancia, en el país existen uniones consensuadas entre adolescentes o entre niñas adolescentes y hombres adultos (Taylor *et al.*, 2015). En general, las niñas quieren casarse por los modelos que las rodean, por las historias románticas que les hacen imaginar a sus parejas como los salvadores de sus vidas de privación económica y sexual, para liberarse de las restricciones sexuales de los padres, porque imaginan que al casarse serán libres y adultas, por recomendación de sus padres por haberse embarazado o para no ser mal vistas socialmente, o incluso porque se cree que no queda más por hacer para que la vida se transforme. Sin embargo, como consecuencia de ello, las niñas terminan bajo el poder de su pareja, se ven sobrecargadas por las tareas domésticas y sufren diversas formas de violencia, por ejemplo. Para prevenir estos efectos en la vida de las adolescentes, la prohibición del matrimonio se ha convertido en la agenda.

Frente a esta solución, ¿cómo acoger la posibilidad de que las jóvenes puedan elegir esta relación? Si en este grupo de edad desear y consumir el matrimonio puede producir injusticias y violencia, ¿cuáles son las alternativas para evitarlas? Y sobre todo, inmersos en las prácticas judicializantes, ¿qué es lo que no hemos observado en las relaciones fuertes que establecen las adolescentes? ¿Qué pueden, reclaman y crean estas jóvenes? En el caso de las políticas para la infancia, el simplismo de las salidas ha producido contradicciones en el concepto de sujeto de derechos. De forma opuesta a

la búsqueda de la afirmación del lugar como sujetos de derechos de la niñez y la adolescencia, sus vidas no dejan de ser protegidas por el Estado y por los adultos. La protección de la infancia y la adolescencia se ha reducido a la negación, la prohibición y el control. La promoción de sus derechos tiene lugar de manera negativa, es decir, mediante una lista de imposibilidades de experiencias en la infancia, y no de manera positiva, con el estímulo del poder y la presentación de posibles caminos para la vida en esta etapa (Cheviateres y Fonseca, 2013).

No está por demás enfatizar que aquí nos referimos a la infancia pobre y negra, a niñas. Son ellas las que desean casarse por falta de alternativas. Por lo tanto, es en ellas donde la justicia obtendrá las respuestas más rápidas, en forma de tutela y negación. Así pues, la promoción de los derechos de los niños cruzados por ciertas líneas sociales es también la negación de otros derechos, en la que se activa todo un campo de corrección y vigilancia.

Esta es la lógica que produce un campo de fuerzas en la constitución de las prácticas sociales, que a veces resulta en la opresión recurrente de las mayorías populares hacia la normalización de la sociedad. ¿Cómo se puede escapar del esfuerzo de facilitar, reducir, recortar bordes y tensiones, si esta es la forma misma de la constitución y fundación de las ciencias humanas y legales?

Para nosotras, problematizar en el trabajo social la lógica que se hegemoniza con dichos marcadores es una condición para los procesos de singularización. Tales procesos se entienden aquí como algo que puede frustrar los mecanismos de “interiorización de los valores capitalistas, algo que puede conducir a la afirmación de valores en un registro particular, independientemente de las escalas de valor que nos rodean y acechan por todos lados” (Guattari y Rolnik, 2005: 55-56).

Ahora bien, como señalan varios autores, especialmente Foucault, a medida que entendemos que “nuestras prácticas no habitan o no se sitúan en espacios de significado y negociación entre individuos homogéneos, amorfos y asépticamente funcionales” (Domènec, Tirado y Gomes, 2001: 123-125), nos situamos forzosamente ante las exigencias producidas en medio de la inmanencia de una “posición que se coloca entre las imposiciones y las exposiciones”, convocándonos al ejercicio constante de la práctica reflejada de la libertad ante el “carácter circunstancial de las alianzas” (Foucault, 2006a). “¿Quién dice la verdad? Individuos que son libres, que organizan un cierto consenso y se encuentran insertos en una cierta red de prácticas de poder e instituciones coercitivas” (Foucault, 2006a: 283).

Dicho esto, ¿cómo podemos romper con las prácticas normalizadoras, colonizadoras y prescriptivas en medio de la convocatoria de conocimientos y especialidades que nos constituyen como trabajadoras sociales?

ENSAYANDO GARABATOS Y ABRIR CAMINOS DE INVESTIGACIÓN

Entendemos que sólo nos ha sido posible construir trayectorias a partir de nuestras inserciones en el campo de las psicologías, en el ejercicio permanente de la desviación del encargo social que nos fue asignado históricamente. En este sentido, buscar y crear intercesores (Deleuze, 1992) para dar paso a las inquietudes e incalificables que nos toman; sostener problematizaciones (Foucault, 2006b) de lo que se presenta como evidencia y ejercer el análisis de nuestras implicaciones (Lourau, 1993) como crítica a los lugares que ocupamos nos obligan a prestar atención al presente y nos exigen otra temporalidad en el ejercicio de nuestras acciones. Interesarse por el discurso del otro se acerca a la idea de actuar en la relación con ese otro, a través del esfuerzo de problematizar y desnaturalizar los discursos de ese presente que nos constituye, ampliando el índice de transversalidad en las prácticas (Guattari, 1981).

Sin embargo, desde la perspectiva micropolítica, el trabajo sobre y con los discursos no es suficiente para una problematización que entendemos como efectiva: la cual coloca en duda las inversiones del deseo. Entendemos que el lenguaje se refiere a la conciencia, anclada en un cierto régimen de códigos ya conocidos, vinculada al interés y, por tanto, articulada a segmentaciones como las mencionadas anteriormente —clase, género, edad, profesión, ciudadanía...—. Será necesario considerar un régimen de paralelismo comunicativo, entre el registro de las formas actuales del mundo (códigos, representaciones, lo visible de la existencia) y el registro de las fuerzas que agitan al mundo (saber-del-cuerpo, afectos, lo invisible de la alteridad). Desde esta perspectiva, que incluye tanto las disociaciones como las intersecciones entre los registros, podremos acceder a los modos de inversión deseables y ampliar la comprensión de cuestiones como las que giran en torno al problema de la distancia entre lo que se declara y lo que se hace, por ejemplo.

En los procesos de formación de las trabajadoras sociales debemos lidiar con el derecho y lo humano como conceptos/figuras que, al naturalizarse, se evocan como universales. La naturalización es la operación que vacía la dimensión sociopolítica de las prácticas, haciendo que muera la historia,

las condiciones de emergencia, que implican deseos, intereses y necesidades en disputa, favoreciendo el mantenimiento de versiones presuntamente neutrales y justas de las prácticas. En relación con los derechos humanos, es enterrar sus vínculos con el capitalismo e incluso con el surgimiento de la delincuencia, ocultando los efectos serviles hacia la difusión de los dispositivos de seguridad.

Afirmamos que pensar con las líneas, sus movimientos, estancamientos y rupturas desestabiliza la vida normalizada y reactiva que nos toma a todas como la única forma posible de vivir. Lejos de la esencia universal del hombre, podemos pensar en los derechos “como diferentes modos de sensibilidad, diferentes maneras de vivir, de existir, de pensar, de percibir, de sentir; en definitiva, diferentes maneras de estar en el mundo” (Coimbra, 2011: 89). Como hemos sugerido anteriormente (Aguar, 2012), esto no significa que tengamos que eliminar lo que llamamos derechos humanos o libertad, sino que no podemos decir que la libertad o los derechos humanos tengan que limitarse a ciertas fronteras. En palabras de Foucault, “lo que me asusta del humanismo es que presenta una cierta forma de nuestra ética como un modelo universal válido para cualquier tipo de libertad” (Foucault, 1995: 149-150).

Consideramos difícil y necesaria nuestra apuesta, en tiempos de reactivación de las líneas fascistas, en tiempos en los que “el racismo es indispensable como condición para poder condenar a alguien a la muerte, para poder condenar a los otros a la muerte”. Tiempos en los que “la función asesina del Estado sólo puede asegurarse, siempre que el Estado funcione en el modo de biopoder, por medio del racismo” (Foucault, 1999: 306). En la invitación a vivir en la encrucijada política y micropolítica que se constituye en el complejo ejercicio del trabajo social, entendiendo que actuamos en la producción de la subjetividad, nos planteamos los riesgos de convertirnos en moduladoras del control: pacificando contradicciones y disolviendo resistencias “por las prácticas de inclusión y por el aumento de las penalizaciones, propias de los controles jurídicos, policíacos y normalizadores” (Passetti, 2007: 12). Después de todo, como nos advirtieron Guattari y Rolnik:

desde el punto de vista micropolítico, cualquier práctica puede o no ser policialesca; ningún cuerpo científico, ningún organismo de referencia tecnológica garantiza una orientación justa. [...] La garantía de una micropolítica procesal sólo puede —y debe— encontrarse en cada paso, de los organismos que la constituyen, en la invención de modos de referencia, modos de praxis.

[...] Para el profesional de lo social todo dependerá de su capacidad de articularse con las agencias de enunciación que asumen su responsabilidad a nivel micropolítico (2005: 37-38).

Ciertamente este es uno de los desafíos en la encrucijada para exigir la inserción de la “producción de lo político en la creación de lo social” (Negri, 2002: 425), y no lo contrario. La inseparabilidad entre la actividad política y la acción social puede provocar que el trabajador social asuma un modo de vida específico, un *ethos*, operando a favor del movimiento, produciendo espacios de expresión y conexión para “la diversidad de experiencias y posiciones involucradas en la producción de las políticas” (Guizardi, 2008: 425), mientras se problematiza lo que se plantea como norma de vida (Daros, 2016).

Vivir en la encrucijada es hacer visible lo que no necesariamente está oculto en el entramado de las relaciones de fuerza del poder. Trabajar para dar paso a la multiplicidad de voces y, a partir de una intervención atenta, producir eco, funcionar como un estratega, cuyas tácticas se dirigen a estas voces y a su potencial de resonancia en los espacios colectivos de expresión.

El saber de un intelectual siempre es fragmentario. Lo que existe son los actos de provocación mediante los cuales los trabajadores, los locos, los presos, los negros y los homosexuales empiezan a rebelarse contra las situaciones opresivas no de un sistema sino de una sociedad normalizadora que siempre rechaza la diferencia. Estas insurrecciones no son producto de una movilización originada por las reflexiones de un intelectual, ni el resultado de un proceso de toma de conciencia colectiva, sino la indicación de una resistencia directa y objetiva contra los dispositivos (Vivar y Soler, 2012: 222).

Sabemos que no siempre es posible que el subalterno hable, pero que la gente del seguro puede tener una función antinormalización, mostrando la representatividad y lugares de habla, estos entendidos aquí como nuestras implicaciones. Sabemos que, a veces, no basta con “adoptar una postura” “se necesitaría un mínimo de control sobre los medios de expresión” (Deleuze, 1992: 192) y que “[...] no basta con ‘dar la palabra’ a los sujetos involucrados —lo que a veces puede ser una conducta formal e incluso jesuítica— es necesario crear las condiciones para un ejercicio total, léase paroxístico, de esta declaración. La ciencia no tiene nada que ver con medidas justas y buenos compromisos” (Guattari, 1981: 38).

Al reconocer las prácticas sociales —discursivas y no discursivas— como un campo de intervención y “tarea” de todo aquel que se llame a sí mismo trabajador social, afirmamos, por lo tanto, el poder de actuar principalmente como estrategia, como aquel que se da cuenta de que no toda encrucijada ocurre mediante la forma de la bifurcación, sino de múltiples cruces en los que se forjan transversalizan las luchas sociales. Y en esta variabilidad se pueden abrir infinitas posibilidades de caminos y, al mismo tiempo, se pueden producir otros de manera subjetiva.

Para el trabajador social que se presenta como estrategia, la tarea no es instruir a los sujetos para que se conviertan en ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes estampados en la universalidad de los legalismos, sino pensar las prácticas sociales en sus manifestaciones de poder y problematizarlas. Una forma de pensar y actuar que involucra la desnaturalización de lo instituido y la aprehensión de las inversiones del deseo, trabajando por políticas de subjetivación libertaria que garabateen territorios existenciales.

Lo que importa es instrumentalizar la crítica y no los sujetos; es cuestionar las prácticas y no sus actores. De esta manera, el trabajador social, como la concepción de un intelectual específico de Foucault,

ya no es el que sostiene por sí solo los valores de todos, que se opone al soberano o a los gobernantes injustos y hace oír su clamor hasta la inmortalidad; es el que sostiene, con algunos otros, al servicio del Estado, o contra él, poderes que pueden favorecer o destruir la vida para siempre. Ya no es un cantante de la eternidad, sino un estratega de la vida y la muerte (Foucault, 1979: 11).

En este sentido tendemos “[...] a pensar en las cosas como un conjunto de líneas por desenmarañar, pero también cruzar” (Deleuze, 1992: 200). La encrucijada nos hace ver, en la proliferación de bifurcaciones, una miríada de líneas/caminos, poderes inventivos de los mundos. Encontramos resonancia de esta función antinormal de la filosofía, en los estudios de las “ciencias encantadas de la macumba” y de la “pedagogía de las encrucijadas”, pistas para ampliar el análisis de nuestros lugares que se sostienen entre las tensiones de la blancura y de la condición de mujeres-feministas. Ensayando un enfoque, el concepto de cruce nos da acceso a otras prácticas que, en la espiral de un tiempo ancestral, ya apuntaban a “los poderes que esculpen los binarismos impuestos” (Simas y Rufino, 2018: 119).

De este modo, además de la búsqueda de soluciones eficaces a las problemáticas opresivas y opresoras relacionadas con las cuestiones judicia-

zadas, la lucha que aquí se propone se lleva a cabo mediante una apuesta por la producción de las reuniones, impregnada de una escucha atenta y abierta que se sobreponga a los discursos especializados, estandarizados, prescriptivos, judicializantes y, a la vez, judicializables. De ahí la necesidad ineludible de retomar inmediatamente el significado de la palabra *atención*, para que se entienda no en su connotación disciplinaria coercitiva, sino “como un instrumento de selección de encuentros, a través del cual los seres distinguen, en cada cuerpo y en cada acción, la potencia del poder, la diversidad de la diferencia, la movilidad del nomadismo, el placer del deseo” (Sant’anna, 2005: 109). En este sentido, “intentar estar atento es un primer gesto para inviabilizar las acciones que borran tanto nuestras singularidades como las que nos rodean” (Sant’anna, 2005: 110).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguiar, K. (2012). Práticas de formação e a produção de políticas de existência. *Psicologia & Sociedade*, vol. 24, número especial, pp. 60-66. Recuperado de: <<https://doi.org/10.1590/S0102-71822012000400010>>.
- Aguiar, K. y Rocha, M. L. (2007). Micropolítica e o Exercício da Pesquisa-Intervenção: Referenciais e Dispositivos em Análise. *Psicologia – Ciência e Profissão*, vol. 27, núm. 4, pp. 648-643.
- Batista, V.M. (2013). O alemão é muito mais complexo. En V.M. Batista, *Paz armada* (pp. 55-102, Cadernos de Criminologia). Río de Janeiro: Revan.
- Berzins, F. A. J. (2018). *Ocupatese: Ensaio sobre ativismo carioca à luz de junho de 2013*. Tesis de doctorado. Río de Janeiro: Universidade Federal Fluminense, Instituto de Ciências Humanas e Filosofia, Unversidade Federal Fluminense.
- Candiotto, C. (2012). Disciplina e segurança em Michel Foucault: a normalização e a regulação da delinquência. *Psicologia & Sociedade*, vol. 24, número especial, pp. 18-24. Recuperado de: <<https://doi.org/10.1590/S0102-71822012000400004>>.
- Cheviateres, L. y Fonseca, V. (2011). Direitos sexuais de crianças e adolescentes: uma reflexão foucaultiana. En C. M. B. Oliveira y R. B. Monteiro, *II Colóquio sobre Direitos Sexuais da Criança e do Adolescente no marco dos Direitos Humanos* (pp. 71-79). Nova Iguaçu: UFRRJ.
- Coimbra, C. M. B. (2011). Ética, direitos humanos e biopoder. *Verve*, núm. 20, pp. 85-100.

- Crenshaw, K. (2002). Documento para o encontro de especialistas em aspectos da discriminação racial relativos ao gênero. *Estudos Feministas*, vol. 10, núm. 1, pp. 171-188.
- Daros, R. F. (2016). *Implicâncias e implicações de uma trabalhadora social: a participação social do PAC Favelas-RJ em análise*. Tesis de doctorado. Río de Janeiro: Instituto de Ciências Humanas e Filosofia, Universidade Federal Fluminense.
- Deleuze, G. (1992). *Conversações*. Río de Janeiro: Editora 34.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1995). *Mil platôs: Capitalismo e esquizofrenia* (vol. 1). Río de Janeiro: Editora 34.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1996). *Mil platôs: Capitalismo e esquizofrenia* (vol. 3). Río de Janeiro: Editora 34.
- Domènec, M., Tirado, F. y Gomes, L. (2001). A dobra: Psicologia e subjetivação. En T. T. Silva (coord.), *Nunca fomos humanos: Nos rastros do sujeito* (pp. 111-136). Belo Horizonte: Autêntica.
- Federic, S. (2017). *Calibã e a bruxa: Mulheres, corpo e acumulação primitiva*. São Paulo: Elefante.
- Foucault, M. (1977). *Vigiar e punir: História da violência nas prisões*. Petrópolis: Vozes.
- Foucault, M. (1979). *A verdade e as formas jurídicas* (4a ed., Série Letras e Artes). Río de Janeiro: PUC.
- Foucault, M. (1981). Verdade e poder. En M. Foucault, *Microfísica do poder* (pp. 1-14). Río de Janeiro: Graal.
- Foucault, M. (1986). Ordem interior y control social. *Cuadernos de Marcha*, vol. 2, núm. 9, pp. 11-12.
- Foucault, M. (1995). O sujeito e o poder. En P. Rabinow y H. Dreyfus (coords.), *Uma trajetória filosófica* (pp. 231-249). Río de Janeiro: Forense Universitária.
- Foucault, M. (1999). *Em defesa da sociedade*. São Paulo: Martins Fontes.
- Foucault, M. (2006a). A ética do cuidado de si como prática da liberdade. En M. B. Motta (coord.), *Ditos e escritos V: Ética, sexualidade, política* (2a. ed., pp. 264-287). Río de Janeiro: Forense Universitária. Era.
- Foucault, M. (2006b). Polêmica, política e problematizações. En M. B. Motta (coord.), *Ditos e escritos V: Ética, sexualidade, política*, 2a. ed., pp. 225-233. Río de Janeiro: Forense Universitária.
- Foucault, M. (2015). *A sociedade punitiva*. São Paulo: Martins Fontes.
- Fuganti, L. (2009). Biopolítica e produção de saúde: um outro humanismo? *Interface (Botucatu)*, vol. 13, suplemento 1, pp. 667-679. Recuperado de: <<https://doi.org/10.1590/S1414-32832009000500017>>.

- Guattari, F. (1981). *Revolução molecular: Pulsações políticas do desejo*. São Paulo: Brasiliense.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2005). *Micropolítica: Cartografias do desejo*. Petrópolis: Vozes.
- Guizardi, L. F. (2008). *Do controle social à gestão participativa: Perspectiva (pós-soberanas) da participação política no SUS*. Tesis de doctorado. Río de Janeiro: Instituto de Medicina Social, Universidade Estadual do Río de Janeiro.
- Hur, D. U. (2018). *Psicologia, política e esquizoanálise*. Campinas: Alínea.
- Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) (2010). *Censo Demográfico 2010*. Recuperado de: <<http://censo2010.ibge.gov.br/>>.
- Lobo, L. F. (2012). A expansão dos poderes judiciários. *Psicologia & Sociedade*, vol. 24, número especial, pp. 25-30. Recuperado de: <<https://doi.org/10.1590/S0102-71822012000400005>>.
- Lorau, R. (1993). *Análise institucional e práticas de pesquisa*. Río de Janeiro: UERJ.
- Mbembe, A. (2018). *Necropolítica*. São Paulo: n-1 edições.
- Negri, A. (2002). *O Poder Constituinte: Ensaio sobre as alternativas da modernidade*. Río de Janeiro: DP&A.
- Passetti, E. (2007). Poder e anarquia: Apontamentos libertários sobre o atual conservadorismo moderado. *Verve*, núm. 12, pp. 11-43.
- Pol-Droit, R. (2006). *Michel Foucault: Entrevistas*. São Paulo: Graal.
- Saidon, O. (1991). Introdução. En V. R. Kamkhagi y O. Saidon (coords.). *Análise Institucional no Brasil* (pp.11-16). Río de Janeiro: Espaço e Tempo.
- Sant'anna, D. B. (2005). Transformações do corpo: controle de si e uso dos prazeres. En M. Rago, L. B. L. Orlandi y A. Veiga-Neto (coords.), *Imagens de Foucault e Deleuze: Ressonâncias nietzschianas* (pp. 99-110). Río de Janeiro: DP&A.
- Simas, L. A. y Rufino, L. (2018). *Fogo no mato: A ciência encantada das macumbas*. Río de Janeiro: Mórula.
- Taylor, A., Lauro, G., Segundo, M. y Greene, M. (2015). *Ela vai no meu barco: Casamento na infância e na adolescência no Brasil*. Río de Janeiro: Promundo.
- Vivar y Soler, R. D. (2012). O estatuto do intelectual específico em Michel Foucault. *Revista Barbarói*, núm. 37, pp. 215-234.

Análisis institucional: diálogos entre Francia y Brasil, se terminó de imprimir en marzo de 2022, la edición y producción estuvo al cuidado de Logos Editores. José Vasconcelos, 249-302, col. San Miguel Chapultepec, 11850, Ciudad de México, tel. 55.55.16.35.75, logos.editores@gmail.com. La edición consta de 500 ejemplares más sobrantes para reposición

En esta antología confluyen miradas y escuelas que componen lo que desde mediados del siglo xx se denomina análisis institucional, reúne un valioso acervo sobre el debate internacional y en especial latinoamericano en torno a esta corriente de pensamiento. El objetivo es establecer un puente de comunicación entre los autores franceses, brasileños y mexicanos que han generado un amplio campo de discusión en los distintos ámbitos universitarios y aportes teóricos al análisis institucional.

El análisis institucional propicia un campo de conocimiento fértil y vigente, en términos metodológicos y teóricos, para pensar y problematizar las investigaciones que realizamos, en la medida en que es muy frecuente el trabajo en instituciones y grupos. Las herramientas del análisis institucional, propuestas por pensadores franceses, han fortalecido la discusión sobre el campo y las intervenciones en el mismo, así que esta obra contribuirá a conocer su implementación en Brasil y los debates en los que su experiencia ha redundado.

Asimismo, las investigaciones realizadas en la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones adoptan los aportes institucionalistas y cuentan con nuevas referencias metodológicas.

